Sophie Saint Rose



# Algo único

Sophie Saint Rose

# Índice


Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

# Capítulo 1

Opal subió las escaleras del porche. Se quitó el sombrero golpeando con él su pierna y levantó una buena capa de polvo rojo. —Mierda. —Entró en la casa y tiró el sombrero sobre el aparador antes de ir hacia la cocina.

Su tía sonrió al verla. —¿Tienes hambre? He hecho costillas de cordero.

Cogió una cerveza de la nevera y apoyó la cadera en el fregadero tirando la chapa en el cubo de la basura que tenía al lado. —Me muero de hambre —dijo agotada.

Betty la miró preocupada. —¿Un mal día?

—Un día pésimo. El tractor se ha estropeado. Otra vez.

—Oh, cielo, lo siento. ¿Qué vas a hacer?

Apretó los labios antes de beber de su cerveza. Tragó yendo hasta la mesa y se dejó caer en una de las sillas. —Estamos en la ruina. No tengo ni para reparar el tractor. Las reses que nos quedan no darán para pagar ni los impuestos. —Rio por lo bajo. —Es que ni sé cómo se me ocurrió comprar ganado, soy una ranchera pésima.

—Niña, no digas eso. Has hecho lo que has podido estos últimos tres años y nos iba bien, pero la sequía de este año lo ha arrasado todo.

Miró por la ventana, hacia la caseta de madera que estaba a cien metros. —Debería bajar a ver si encuentro algo.

Su tía palideció. —Ni se te ocurra.

—Necesitamos el dinero o terminarán embargándome la finca. ¿Y a dónde iremos?

—¡He perdido a mi padre y a mi hermano por esa mina, no pienso perderte a ti y me importa una mierda la finca, así que ya te puedes ir olvidando! Venderemos las joyas, los muebles, lo que sea, ¡pero tú no incumplirás la promesa que le hiciste a tu padre justo antes de morir! ¡Te pidió que nunca bajaras, que cerraras la mina y es lo que harás!

Dejó la cerveza sobre la mesa. —Tía, ahí abajo hay el mejor ópalo negro de Australia.

—Bah, cuatro piedras sacó tu abuelo y con ellas pudo hacer esta casa, pero mi hermano solo sacó ópalo blanco sin apenas valor para el riesgo que se corre. ¡Y su insistencia la pagó con su vida! ¡No sé ni cómo se te ocurre sugerirlo siquiera!

Apretó los labios. —Está bien, no te sulfures.

Betty se acercó y cogió sus manos. —Saldremos de esta, ya verás. Estás algo decepcionada por lo del tractor, pero es que hemos pasado un mal verano. Pero empezará a llover, ya lo verás.

Forzó una sonrisa. —Tienes razón. Lo del tractor me ha alterado. Olvídalo. Mañana lo arreglaré.

Su tía sonrió y la abrazó. —No sé qué haría sin ti, no me quedaría nada. Por favor, olvida esas ideas locas. Siempre podemos vender la casa e irnos a la ciudad.

Odiaría vivir allí después de criarse en esa casa. Era su herencia, sus raíces, no podía perderla y no pensaba hacerlo. —Veremos cómo van los próximos seis meses.

Su tía se alejó ligeramente y acarició su sien apartando un mechón de cabello rubio clarísimo herencia de la familia. —Ve a

ducharte y comeremos esas costillas que están para chuparse los dedos.

Cogió su cerveza. —Eso no lo dudo, eres la mejor cocinera de Queensland.

Jadeó. —De toda Australia, bonita.

Rio por lo bajo empezando a subir las escaleras, pero perdió la sonrisa poco a poco. Cuando empujó la puerta de su habitación, fue directamente hacia la ventana y vio la caseta que cubría el agujero. Una profundidad de trece metros. Trece metros la separaban de la estabilidad, de despreocuparse del dinero. Dejó la botella sobre el alféizar de la ventana y se quitó la sucia camiseta apretándola entre sus manos. Trece metros. Trece metros malditos.

Un año después

Abrió el maletero de su pick-up y Opal sacó varias bolsas para llevarlas hasta el porche. Sonrió a su tía que tenía la pierna estirada sobre un taburete. —¿Cómo vas?

—Ya no me duele nada.

—Tú no la fuerces por si acaso. No vaya a ser que fastidies la prótesis y la liemos. Ya te dirá el traumatólogo cuando puedes pegar saltos por ahí.

Su tía jadeó. —¿Cuándo he pegado yo saltos por ahí, niña? —Opal rio entrando en la casa. —Ni que fuera un mono.

Después de dejar las bolsas salió de nuevo y le dijo —Perdona, ¿pero no te has roto la rodilla al subirte a un taburete?

—Me he roto la rodilla porque la tenía hecha polvo.

—Pues eso. —Bajó los escalones y escuchó el motor de un coche. Se puso la mano sobre los ojos para ver como una camioneta que no conocía se acercaba por el camino. —¿Quién es?

Su tía negó con la cabeza. —No le conozco.

Bufó cogiendo las bolsas que le quedaban y cerró el capó para entrar en la casa. —Si es del banco dile que no estoy.

—¿Crees que no te ha visto? —preguntó divertida.

—A ver si así pilla la indirecta de que no quiero verle.

Entró en casa y fue hasta la cocina. Empezó a sacar las cosas de la bolsa y abrió la puerta de uno de los armarios superiores para meter unas galletas cuando vio que la camioneta se detenía ante la

ventana. Cogió la leche con calcio de su tía y la iba a colocar cuando escuchó —Buenos días.

Esa voz grave le llamó la atención y cerró la puerta del armario para mirar por la ventana. Al ver a un moreno guapísimo se le cortó el aliento. Sin poder evitarlo dio un paso hacia la ventana para verle mejor. Estaba de perfil y sonreía a su tía. —Soy Mike Parsons.

—Encantada Mike. Betty Birkelund.

—¿Noruega?

—Mi marido lo era, ¿cómo lo sabes?

—Pasé allí una temporada cuando estuve en el ejército y conocí a un hombre que se apellidaba así.

—En el ejército americano, ¿no es cierto?

—¿Se me nota?

—Algo. ¿Y qué te ha traído por Australia, chico?

Él miró hacia la casa y Opal se pegó a la pared para evitar que la viera. —Vengo por trabajo, señora.

—¿Buscas trabajo?

—Así es.

—Pues no vas a tener suerte, nuestro rancho no va tan bien como para contratar a nadie. Mi sobrina se encarga de todo.

Opal estiró el cuello para verlo mejor. En ese momento Mike observaba a su tía. —No me refiero a trabajar en el rancho, de eso no sé mucho, pero sí sé picar piedra.

Y los músculos de esos brazos daban fe de ello. Madre mía, si casi no le cabían en la manga de la camiseta. Sus ojos recorrieron su rostro. Tenía barba de cuatro días y no era por nada, pero le hacía aún más sexi si eso era posible. Se moría por saber el color de sus ojos. Si los tenía azules, sería para montarle un altar porque no había un espécimen como ese a cien kilómetros a la redonda. ¿Qué decía de cien? Al menos doscientos. Que buen material había en los Estados Unidos…

Mike apretó los labios. —Tengo entendido que ustedes tienen una mina.

—No estás equivocado, pero nuestra mina está cerrada.

Él apoyó el pie en el primer escalón del porche y se adelantó. —Pero la tienen.

—No la llaman la mina maldita por nada —dijo su tía muy seria—. Ahí abajo han muerto más de cuarenta hombres. Mi

hermano fue uno de ellos.

—Eso me han contado, pero necesito el empleo. La concesión que me habían prometido, era un timo que ya se había explotado millones de veces.

Su tía sonrió. —Harry Winston, ¿no es cierto?

—He venido desde los Estados Unidos para explotar esa mina y no pienso irme con las manos vacías. He conseguido que me devuelvan el dinero que dejé en depósito, necesito una concesión y la suya está casi sin explotar, según me han dicho. Si me permitiera trabajar en ella, podríamos llegar a un buen acuerdo.

—Eso no tienes que hablarlo conmigo, la mina es de mi sobrina.

Opal se llevó la mano al pecho sin saber qué hacer. Dios, ese hombre era un sueño y trabajaría a cien metros de su casa dándole a ganar algo de dinero si le decía que sí, pero no le duraría mucho antes de que la espichara. Y si le decía que no, se iría. No volvería a verle nunca. Se mordió el labio inferior, qué dilema. Suspiró negando con la cabeza, no quería su muerte sobre su conciencia. Caminó sobre el suelo de madera y Mike se tensó enderezándose para verla

aparecer en la puerta. Opal apoyó el hombro en el marco observándole fijamente. —Largo.

Se tensó por su rechazo. —Señora…

—Señorita, señorita Flaherty —dijo su tía rápidamente—. Se llama Opal.

—Mike Parsons, mucho gusto.

—¿Quieres una cerveza, chico? Niña, ¿dónde están tus modales?

Le miró a los ojos. Le dio un vuelco al corazón al darse cuenta de que eran azules. No, no… No era justo que para un hombre que le gustaba, tuviera que dejarle ir… Mierda. —No hay cerveza que valga, largo.

Él entrecerró los ojos provocándole un vuelco en el estómago. —En el trato al que llegué con Winston trabajaba la concesión por el treinta por ciento. Cincuenta, cincuenta.

Miró a su tía y levantó una ceja.

—Es un buen trato puesto que él corre con todos los riesgos.

¿Pero qué decía? Habían quedado en que no podía bajar nadie, ¿por qué cambiaba de opinión?

Su tía sonrió. —¿No crees?

—No niego que puede ser un buen trato. —La advirtió con la mirada. —Pero se juega el pellejo.

—Ese es problema mío, Opal.

Escuchar su nombre de sus labios fue como vivir un sueño. Un sueño muy erótico, leche. Notó como sus pezones se endurecían con fuerza y gimió esperando que él no lo notara, pero cuando Mike miró sus pechos como si nada supo que por mucho que se cruzara de brazos ya no podía disimularlo. Así que se enderezó caminando hacia él. —Sería problema mío cuando tuviera que sacarte de ahí. No quiero más funerales por culpa de esa mina, así que la respuesta es no. —Puso los brazos en jarras. —¿Me he explicado con claridad?

—He gastado cuarenta mil dólares en material, necesito esa mina.

—Búscate otra.

—¡Empieza la temporada, no hay concesiones disponibles! Sesenta, cuarenta.

Betty le miró preocupada. —Niña, ha invertido mucho dinero.

—Ese no es problema mío. Lo que sí sería problema mío, es que tuviera que encargarme de su cuerpo y llamar a su familia.

—No tengo familia, así que puedes enterrarme donde quieras.

—¡Qué no! ¡Mi mina está cerrada!

—Te la compro. Te compro tus tierras, la casa, todo…

Levantó una ceja. —¿Y cómo piensas pagarlo si estás llorando por cuarenta mil dólares? —preguntó con ironía.

—Con las ganancias que saque de ahí. Con mi cuarenta por ciento te lo pagaré.

—Niña…

—Sé que os queréis ir, os lo compro todo. ¡Joder, si quieres largarte no sé por qué no te da igual lo que haga en la mina!

Se mosqueó por su tono. —¿Quién te ha dicho que quiero vender mis tierras?

Parecía confundido. —Me lo han dicho en el bar del pueblo. Tu tía se lo dijo al cura en el hospital hace un par de semanas, creo...

Asombrada miró a su tía. —¿Por qué le has dicho eso al cura?

—Después de lo del verano pasado he pensado mucho en esto. Siempre vamos cortas de dinero y trabajas de sol a sol para nada, así que pensé que si podíamos venderlas sería una ayuda para ti. ¡Esta propiedad se ha convertido en una carga, un lastre en tu cuello que poco a poco te va asfixiando y ya está bien! Estoy

dispuesta a irme de la casa que me ha visto nacer porque tengas otra vida, algo mejor.

—¡Yo no quiero otra vida! —Tensa siseó —¡Mis tierras no se venden! —Fulminó a Mike con la mirada. —¡Ahora largo!

Entró en la casa dejándoles con la palabra en la boca y Betty forzó una sonrisa. —Es algo cabezota.

—Eso ya lo veo —dijo entre dientes—. Ha sido un placer conocerla.

—Vuelve cuando quieras —dijo como si nada.

Desde la ventana de la cocina vio cómo iba furioso hacia la camioneta y se subía para arrancarla dando dos acelerones que demostraban que no le gustaba irse con las manos vacías. Se alejó levantando polvo y Opal apoyó las manos en el fregadero soltando el aire que estaba conteniendo. Se había ido.

Escuchó la muleta de su tía sobre el suelo de madera y miró hacia allí. —No puedo creer que hayas dicho que voy a vender.

—El año pasado sufriste tanto para sacar el rancho adelante…

—¡Ya te he dicho que las cosas van bien! ¡Pagamos las facturas, tenemos comida y ya no se retrasa un solo pago!

—¿Y el año que viene? ¿Y si hay otra sequía? —Caminó hacia ella. —Eres joven y siempre estás aquí encerrada. ¿Has visto a ese hombre? —Opal se sonrojó. —Ya veo, pues si quieres casarte algún día con alguien así tendrás que salir del rancho, vamos digo yo, ¡porque no van a venir a buscarte aquí!

—Él ha venido.

A su tía se le cortó el aliento. —¡Dios mío, te gusta! ¡Te gusta y le has echado!

—¡Lo que no entiendo es que tú le hayas animado! ¡Lo juramos! ¿Me lo recuerdas continuamente para que ni se me ocurra bajar y a ese tío le das alas?

Betty se sonrojó. —Niña, es que es tan guapo que es imposible negarle nada. —Abrió los ojos como platos. —¿Has visto que brazos?

Sonrió sin poder evitarlo. —Tía, ¿estás necesitada?

—No sabes cuánto.

Se echó a reír. —¿Qué?

—Oye, que no estoy muerta. Aunque ese levantaría hasta a tu bisabuela de su tumba. Qué hombre.

—Es para morirse de gusto, pero no le conocemos. Hasta es de otro país y quieres meterle aquí, en nuestra mina.

—Es tu mina, la decisión es tuya, pero si ganamos algo de dinero sería una solución, ¿no? No tendrías que dejar la casa y podrías trabajar menos, a ver si así me haces tía abuela.

Chasqueó la lengua. —Morirá, se nota que no tiene experiencia. No sacaremos nada de esto.

—Ha estado en el ejército y …

—¡Y le han engañado en la concesión! ¡Eso es de novato!

—Tú podrías darle algunos consejos. Puede que ya no bajes, pero tenemos la minería en las venas. Y si consigue algo, yo puedo pulir las piedras para que saque más. Es el equipo perfecto.

Apretó los labios y su tía se acercó cogiendo su larga trenza y colocándola a su espalda. —Piénsalo por favor, estoy muy preocupada por ti, trabajas de sol a sol. O vendemos o dejamos que alguien explote la mina para darte un respiro. Lo necesitas. Además, tú no bajarías lo haría él.

Se mordió el labio inferior. —¿Y si le pasa algo?

—Asume el riesgo. —La miró fijamente. —No es tu responsabilidad, pero quieres protegerle, ¿no es cierto?

—Me sentiría culpable. ¿Un novato en la mina maldita? No durará nada.

Su tía suspiró sentándose a la mesa de la cocina. —Tienes razón sería ruin, ¿no es cierto? Sería como aprovecharse hasta que le llegara la muerte. Y con lo guapo que es sería una pérdida enorme.

—Tía, si fuera feo también sería una pérdida enorme. —Se volvió. —Olvidémonos del tema. Ahora nos va bien y cuando venda las reses nos irá aún mejor. El negocio va a crecer, lo presiento.

—Dios te oiga, niña. Y entonces contratarás un vaquero que te ayude.

—Eso mismo.

—¿Hoy irás al pueblo a tomarte algo con los amigos?

Miró por la ventana por donde se había ido Mike y sintió unas ganas enormes de ir, pero si le veía puede que terminara por convencerla, así que negó con la cabeza. —Tenemos nuestro programa favorito, ¿recuerdas?

—Uy, es verdad. Hoy echan a alguien. Será interesante. Vamos a hacer la cena.

# Capítulo 2

Montada sobre su caballo observó la manada que bebía en el abrevadero. El día anterior había llovido y sonrió porque hasta olía de manera diferente. Volvió su caballo y al darse cuenta de la hora que era decidió volver a casa. —¡Portaos bien! —gritó a las reses antes de lanzarse a galope. Se acercó a casa y entró en el establo por la puerta de atrás dejando a Color en su sitio. Lo cepilló a toda prisa antes de ponerle agua. Le tiró el pienso en su comedero y acarició su cuello.

—Montas muy bien.

Se sobresaltó volviéndose y Mike se cruzó de brazos como si se pusiera a la defensiva. —¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿No te dije la semana pasada que no? ¿Qué tenemos que hablar tú y yo?

—No suelo darme por vencido, sino no sería minero.

—Los mineros están todos locos. —Colocó la silla de montar en el soporte y cogió la escoba para barrer el establo porque hacía unos días que no lo barría.

Mike la observó. —Necesitas ayuda. El trabajo del rancho es demasiado para ti.

—Lo que no se puede hacer no se hace y listo. —Se encogió de hombros como si le diera igual. Le miró de reojo. —¿No te vas?

—Todavía no hemos hablado.

Suspiró apoyando el codo sobre el mango de la escoba. —Muy bien, suéltalo.

—Mi trato fue más que justo.

—No me interesa ningún trato.

—Te lo pido por favor, no he encontrado nada que merezca la pena.

—No sabes si mi mina merece la pena.

—Por eso te pido que me dejes bajar una vez. Si no consigo nada me iré, si consigo algo me dejas continuar.

Suspiró tirando la escoba a un lado. —Sabes que esta relación que quieres iniciar es cuestión de confianza, ¿no? Conozco a muchos que se guardan las piezas y hacen que no han conseguido nada para no repartir ganancias. ¿Cómo sé yo que tú no eres uno de esos?

—¿Te has cansado ya de ofenderme?

—No —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. Puedo seguir toda la noche. No te conozco de nada.

—¿Quieres que te pague la concesión sin porcentaje? Te doy cien mil dólares y lo que saque ya sea mucho o poco será para mí. Si no consigo nada no perderás nada.

—Ni de coña. No pienso perder el control de mi mina. Y no está disponible, leche. —Pasó a su lado para ir hasta la casa y al ver a su tía en el porche gritó —¿Por qué no le has echado?

—Ay, niña, es que me da penita.

Puso los brazos en jarra. —¿Otra vez? ¡Llevas toda la semana sacando el tema cada vez que me descuido, no podemos hacer nada por él! —Se volvió hacia Mike y se sobresaltó porque estaba justo detrás. —¡No podemos ayudarte!

—Sí que puedes. Déjame bajar una vez, una sola vez y te lo demostraré.

Entrecerró los ojos. —¿Tan desesperado estás por encontrar algo?

—Necesito medio millón de dólares y los necesito cuanto antes.

—¿Para qué?

—Un amigo los necesita para pagar su defensa. El ejército le acusa de algo muy grave. Ese dinero es lo que nos costaría el abogado. Me salvó la vida, se lo debo.

—No creo que tu amigo estuviera de acuerdo con que arriesgaras tu vida para salvar su pellejo.

—Se enfrenta a cadena perpetua. Las penas militares son mucho más duras que las de los civiles.

—¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada. Un mando se sobrepasó con una soldado y él que lo vio le iba a denunciar. Su error fue que se lo dijo y el teniente denunció primero. Dijo que le había golpeado cuando le había dado una orden.

—¿Y por un golpe de nada se enfrenta a cadena perpetua?

—Ese mamón se presentó lleno de golpes. Le acusan de intento de asesinato.

—Y lo de la chica no ayuda a la causa, ¿no?

—Tú lo has dicho. He conseguido un abogado que me ha dicho que puede sacarle de esta. Si existe una oportunidad, pienso intentarlo. Déjame bajar.

Se mordió el labio inferior porque era evidente que era una persona de fiar. Y debía ser muy buen amigo para arriesgarse así por alguien a quien quería. Pero había muchas cosas en contra. —¿Has sacado ópalo antes?

—He sacado oro en el Yukón.

Sonrió con ironía. —Esto es totalmente distinto. No tienes ni idea de dónde te metes.

—Parece que tú sí que lo sabes.

—Demasiado bien. Ven conmigo.

Caminó hacia la caseta con él detrás y su tía gritó —¡Ni se te ocurra bajar, Opal!

—Tranquila tía. ¡Lo dejaré en manos de este camicace! —Se llevó la mano al cuello y sacó la tira de fino cuero de la que colgaba la llave. Sintiéndolo detrás cogió el enorme candado y lo abrió sabiéndose observada. —¿Estás seguro de esto?

—Por supuesto.

Le miró a los ojos. —Cincuenta cincuenta, es lo justo.

—Gracias.

—Mi tía pulirá las piedras y sacaremos más, pero…

—¿Pero?

—Te voy a dar unos consejos y espero que los cumplas a rajatabla, sobre todo porque esta no es una mina al aire libre y estarás a trece metros bajo tierra a una temperatura de más de cuarenta grados.

Él asintió como si se la tomara muy en serio. —Dime.

—Siempre lleva agua contigo, si la acabas subes a por más. Siempre al menos una botella llena contigo colgada de tu cinturón, una luz en la frente y quiero que abajo haya una bombona de oxígeno.

—¿Y eso de qué me va a servir si se derrumba?

—Mi padre murió por las heridas, pero gracias a ese equipo pudimos sacarle aún con vida.

—¿Llegó al hospital?

—Sí, cuando vieron lo que tenía se dieron cuenta de que era imposible salvarle. —Intentó no emocionarse recordando ese

momento. —Pero si sus heridas hubieran sido otras, se hubiera salvado. Al menos tendrás una oportunidad.

—De acuerdo. ¿Por qué esta minería es distinta a sacar oro?

Abrió la puerta mostrando el agujero y la escalera que descendía. —Porque esta tierra es muy distinta, parece firme pero una simple vibración puede provocar una tragedia.

—¿Y si pongo puntales?

—Por supuesto que puedes ponerlos, pero en este lugar no han servido de mucho. —Agarró la lámpara de la pared y la encendió dándosela antes de coger otra.

—¿Vas a bajar? —preguntó sorprendido.

—Si quieres saber de qué se trata, tengo que enseñártelo. No se lo digas a mi tía o tendrás que largarte. —Sonrió. —Dirá que eres una mala influencia.

Se colgó la lámpara del brazo y agarró la escalera para empezar a bajar por el tubo de acero que aseguraba el agujero de trece metros que llegaba a la galería. Pisó los restos de piedra y miró hacia arriba. Viéndole bajar parecía que el agujero era mucho más estrecho. —¿Vas bien?

—Sí, tranquila.

Se apartó para que se pusiera a su lado. Él levantó la lámpara mirando a su alrededor. La luz mostró el pasillo central y las dos bifurcaciones a izquierda y a derecha.

—Nunca vayas por la derecha.

—¿Por qué?

—El hermano de mi abuelo decidió ir por la derecha. Era el mayor y nadie le rechistaba después de que su padre muriera en la mina. Pues empezó a cavar y se le cayó encima la antigua casa. Con su mujer embarazada dentro.

—No jodas.

—Por eso mi abuelo hizo la nueva más lejos. Y quiero conservarla, así que tú a la izquierda.

—¿Qué le pasó a la mujer?

—¿Tú qué crees? Heredó mi padre.

—Hostia… —dijo mirando a su alrededor.

Ella le tendió el cabo y un casco. Mike se lo puso. —Nunca te lo quites y siempre lleva esa cuerda atada a tu cintura. Si hay un derrumbe no verás nada a causa del polvo. Guíate por ella para llegar al agujero.

—De acuerdo.

Se puso el casco y se acercó a la pared más cercana. —¿Qué ves?

—Piedra.

Ella señaló un punto que brillaba bajo la luz de la lámpara. —¿Ves esta rayita? Es ópalo blanco. Pero los hay de muchos colores. Cuando veas color detente de inmediato. Cuanto más grande la pieza más valiosa es y puede que la destroces con el pico. Esto no es oro que se puede fundir para hacer una pieza más grande, una pieza de ópalo como mi puño sería lo que necesitas para convertirte en alguien muy rico de la noche a la mañana.

—Entiendo.

—Y si lo que ves es negro con pintitas brillantes de otros colores has encontrado uno de los ópalos más valiosos que existen. Eso es lo que estás buscando aquí para resolver tus problemas. Esta zona es famosa por el ópalo negro. Después te enseñaré unas fotos. Ahora atento, si encuentras algo que parece cuarzo del que salen muchas pirámides no intentes sacarlo solo. Si lo rompes perderá mucho valor. Llámame y lo sacaré yo.

—¿Vas a bajar?

—Por una pieza así bajaría al infierno. El último que vi se vendió por doscientos mil dólares.

—Joder…

—¿Con qué vas a trabajar?

—Había comprado una perforadora.

—Muchos trabajan con ellas, pero estropean muchas piezas.

—Tengo un martillo neumático.

—Mejor, pero no es que sea lo más efectivo. Demasiadas vibraciones al chocar con la piedra.

—¿Insinúas que debo usar un pico? —preguntó asombrado.

—Es lo mejor —dijo dando por zanjada la discusión—. El tubo aspirador lo tengo yo. —Lo señaló en el suelo. —Pero el generador lo pones tú con la gasolina.

—Hecho.

—Yo te ayudaré arriba para revisar la piedra que suba y evitar que se nos escape nada.

—Estupendo. —Dio un paso atrás mirando el techo. —Hace un calor asfixiante.

—Es lo que hay. Bajará unos cuatro grados, pero será más o menos así siempre. Por eso no se puede trabajar en verano, sería

imposible. Las máquinas no soportan esas temperaturas.

Él asintió y Opal se le quedó mirando. —¿Por qué ópalo si no sabes nada de él? ¿Por qué no oro en el Yukón?

—Porque un amigo me dijo que con el ópalo no necesitaba un equipo, que podía buscarlo solo.

—Ese tío no sabía de lo que hablaba. En una explotación se necesitan al menos dos personas. Una que cabe y otra que recoja las piedras. Revisarlas se pueden revisar después, pero el que pica no puede hacerlo continuamente.

—Sería agotador.

—Tú lo has dicho. Cuando hay una concesión, y lo sabes por las explotaciones de oro, hay que aprovechar el tiempo que dura el contrato y no puedes pararte a descansar porque estás tú solo. Esto es igual. Más lento, más artesanal pero no es un trabajo que se pueda hacer solo si tienes prisa. Y tú la tienes.

—Al menos os tendré a vosotras en el exterior.

—Ven, te enseñaré mi colección y unas fotos para que te hagas una idea.

Empezó a subir, pero él se quedó abajo. Frunció el ceño bajando de nuevo y le vio agachado en el suelo. —¿Te has mareado?

—Mira esto.

Se agachó a su lado y vio que tenía algo en la mano. Se lo cogió y lo levantó para iluminarlo con la lámpara. Ópalo verde unido a la piedra. Era pequeñito, pero tenía un color realmente hermoso que brillaba con bonitos destellos naranjas. —Tu primer ópalo, felicidades.

—Joder, esto es más emocionante que el oro.

—No dejes que se te meta en la sangre. Si se lo permites nunca serás libre. —Se la puso en la mano y se la cerró en un puño. —Guárdatela de recuerdo, esa no la vendas nunca. Es una tradición.

—De acuerdo —dijo mirándola a los ojos.

Opal se sintió incómoda, avergonzada por ser tan intensa y forzó una sonrisa. —Salgamos, hay mucho que hacer. Pero antes cenaremos. —Empezó a subir con agilidad y cuando llegó arriba colgó el casco y la lámpara. Él subió e hizo lo mismo. —¿Has bajado hace poco?

La miró sorprendida. —¿Por qué piensas eso?

—Esta lámpara es nueva.

—Necesitaba el generador y tuve que bajar a dejar el tubo —dijo antes de salir. Vio la cara de alivio de su tía y la saludó con la

mano.

—Estaba muerta de preocupación. ¿Cuántos de los tuyos han muerto ahí abajo?

—Todos. —Le advirtió con la mirada. —Así que no la cagues. Puede que pienses que exagero, pero esto no es ninguna broma. Mi padre murió con tres mineros hace cuatro años. Desde que mi familia está asentada en estas tierras ya han muerto cuarenta personas. Lo mejor que harías es subirte a tu camioneta y largarte de aquí cagando leches.

—No pienso hacer eso. Es mi oportunidad, no voy a desaprovecharla.

—Como quieras, pero te lo advierto, si no sigues mis reglas te echaré a patadas, ¿me has entendido?

—Sí, jefa.

No se quedó muy a gusto, pero ya había cedido, ya no había marcha atrás porque la palabra de un Flaherty era sagrada. Cerró la puerta y puso el candado.

—¿Hay robos?

—Siempre los ha habido, por eso mi abuelo hizo la casa tan cerca, para pegar un tiro si era necesario. Aunque ahora, lo último

son los drones. Controlan las explotaciones alejadas de todo y en cuanto se van los mineros acceden a la mina para picar en las zonas calientes. Puse la caseta cuando la cerré para evitar facilitarles las cosas.

—¿Y de esos nunca se ha quedado ahí abajo ninguno?

Levantó una ceja. —Veintiocho.

—Hostia, ¿de veras?

—¿Te crees que yo tenía tanta familia? Casi todos los muertos son de fuera. Por eso la llaman la mina maldita. Pero mira algo, bueno tiene eso, porque los intentos de robos han disminuido exponencialmente con los muertos que me iba encontrando.

—¿Te los encontrabas tú?

—A veces el sheriff viene por aquí y me pregunta si me han reventado el candado. Si es que sí buscamos abajo y varias veces nos hemos encontrado el cadáver. Pero a veces están en otras explotaciones. Hay muchas minas abandonadas. Hay gente de la que no se vuelve a saber nada porque se metieron donde no debían.

—Joder, qué panorama.

—La vida por aquí es así. —Subió las escaleras del porche y le dio un beso a su tía. —Ahora hago la cena.

—Ya la he hecho yo, niña.

—Tía no puedes estar tanto de pie, lo sabes de sobra.

Chasqueó la lengua. —Es una tirana.

—Se nota que lo que quiere es cuidarla.

Betty sonrió de oreja a oreja. —Claro que sí, me quiere con locura, pero a veces es un poco absorbente.

—¿Absorbente yo? Qué tontería. —Le agarró la cerveza que tenía en la mano. —Estás tomando medicación.

—Niña, déjame vivir.

Puso los ojos en blanco entrando en la casa. —¿Una cerveza, Mike?

—Lo agradecería. —Se sentó en la barandilla mirando fijamente a su tía.

Esta sonrió. —Pregunta lo que quieras.

—Ella bajaba, ¿no es cierto? —Su tía asintió. —¿Desde cuándo? Es muy joven y si su padre murió hace cuatro años…

—La primera vez que bajó lo hizo con diez años. El mismo día que nos enteramos de que su tío tenía cáncer. Los médicos son caros, chico.

Él asintió. —¿Sacó alguna vez algo interesante?

Betty se adelantó. —Si alguien ha sacado algo valioso de esa mina, ha sido mi niña.

—Cuénteme.

—Dos días antes de morir su padre, bajó sola después de llegar del instituto. Ella no usa martillo neumático ni nada por el estilo, pica como los de antes, como lo hacía su abuelo. Poco a poco con paciencia para sacar la mejor pieza. El hecho es que estábamos a punto de cenar y entró en la casa dejando ante su padre una pieza tan grande como su dedo pulgar. El ópalo era negro con unos colores destellantes en verde. El ópalo más bonito que haya visto nunca.

—¿Cuánto le dieron por él?

—Cuarenta y tres mil dólares por gramo. —Él levantó una ceja sorprendido. —Y eran siete gramos. Trescientos mil dólares.

—¿De veras?

—Con ese dinero pagamos el funeral de los chicos y de mi hermano, pagamos deudas del hospital de mi marido que eran una barbaridad y arregló parte de la casa que estaba en malas condiciones. Compró la camioneta, el tractor y la ganadería.

—Y se convirtió en ranchera.

—Como le prometió a su padre en su lecho de muerte no volvió a bajar para picar. Si que ha bajado por otras cosas, como para…

—Sí, ya me he enterado.

—Cada vez que baja es para algo malo. Odio ese agujero, me ha quitado a casi todos los que he amado. No pienso perderla a ella. —Le advirtió con la mirada. —Así que no le pidas ayuda, ¿me has oído? Tiene un corazón demasiado grande y bajará ayudarte. Eso solo sucederá por encima de mi cadáver.

—Tranquila, lo he entendido.

Él asintió mirando hacia la puerta donde Opal salía con una cerveza en la mano y un montón de fotografías en la otra. —Aquí tienes, échales un vistazo mientras me ducho.

Cogió las fotos y sus dedos se rozaron provocándole un estremecimiento, pero Opal disimuló mirando a su tía. —¿Advirtiéndole?

—Más vale que se entere bien desde el principio.

Él pasó una foto mostrando un ópalo negro con subtonos azules. La piedra estaba pulida y brillaba de manera increíble. —No parece real —dijo pensativo.

—Cada pieza es única, en color, en reflejo, en forma… Incluso los ópalos blancos tienen una belleza única. —Le mostró su colgante. —Esta pieza me la regaló mi padre. Es ópalo blanco, pero mira que destellos violáceos.

—¿Qué valor tiene esa?

—Unos tres mil el gramo.

Hizo una mueca. —Está muy bien.

—Todas las piezas blancas tienen valor. Desde diez dólares el gramo hasta seis mil las de alta calidad. No dejes escapar nada, chico.

—No lo haré. —Bebió de su cerveza y siguió mirando las fotos. —Esto es mucho más interesante que descubrir una veta de oro.

Betty rio. —No sé cómo es buscar oro, pero esto es como buscar una aguja en un pajar. Hay que picar mucho para encontrar algo así.

—Lo encontraré.

# Capítulo 3

Después de ducharse en tiempo récord, Opal escuchó esas palabras a través de la ventana abierta. Parecía muy convencido de lo que decía. Y era evidente que era un hombre que no se rendía cuando algo se interponía en su camino. Eso puede que fuera un problema que le llevara a cometer errores, a correr riesgos. Preocupada miró hacia la caseta de madera teniendo una sensación horrible en su interior. ¿Estaba cometiendo un error? Ahora no se podía echar atrás. Solo rezaba para que no le sucediera nada porque no sabía si podría llevar ese peso sobre su conciencia. Asegurándose la toalla sobre sus pechos fue hasta el espejo de su tocador y empezó a cepillarse su larga melena. Juró por lo bajo porque como no se había echado acondicionador se le enredaba en las puntas. Era hora de cortárselo. Suspiró tirando del peine para desenredar el cabello y cuando al fin terminó fue hasta el armario pensando en

qué ponerse. Sin darse ni cuenta miró el vestido de flores que tenía en frente. ¿Ella con vestido en la finca? Qué disparate. Pero aun así cogió la percha para mirarlo bien. Tampoco era muy de vestir. Estaría cómoda. Lo puso sobre la cama y cogió la ropa interior de algodón blanca que siempre se ponía. Cuando estuvo vestida se miró de nuevo al espejo y chasqueó la lengua exasperada. —¿Es que estás tonta? Es un minero, nada más. No piensa en ti de esa manera. Además, la va a cascar, así que olvídate que bastantes problemas tienes ya. —Descalza bajó las escaleras y cuando entró en la cocina allí estaban los dos. Mike ayudaba a su tía con la ensalada.

Betty sonrió mirándola maliciosa porque se había puesto vestido. Ella la advirtió con la mirada y esta rio por lo bajo antes de decir —¿Y tus zapatos, niña?

Sorprendida se miró los pies. —Oh mierda, se me han olvidado.

Su tía rio. —Como siempre. Te he dicho mil veces que no se puede ir descalza por la casa.

—Sí, tía.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mike dejando la ensalada en el centro de la mesa mientras Opal desaparecía.

—Varias veces hemos visto alacranes o arañas.

—No jodas.

—Esto es el campo. —Miró de reojo hacia la puerta y susurró —A su perro lo mató un escorpión hace dos años. El veterinario no pudo hacer nada. Fue un disgusto. Era un perrito monísimo que la adoraba y ella a él. Lo pasó mal. —La mirada de su tía se entristeció. —Aquello fue la puntilla después de lo de su padre y lo de mi marido.

—Lo entiendo, yo tuve perro siendo niño y se crea un vínculo muy fuerte con ellos.

—¿Qué le pasó?

—Se murió de viejo. Tuve suerte, pude disfrutar de él quince años. Pero sentía que me faltaba algo. Había estado conmigo casi toda mi vida y de repente se había ido. Era durísimo llegar a casa y que no te recibiera. Fue cuando ingresé en el ejército.

—Es increíble los vínculos que se crean con los animales, ¿verdad? Desde que el pequeño no está parece que a la casa le falta vida.

—¿Y otro perro?

—Dice que ni hablar, que no será King. Que le quiere a él y que no le vale otro. Que no se puede sustituir como no se puede sustituir un padre.

Mike asintió y en ese momento llegó Opal ya calzada con unas sandalias. Ella sonrió mostrando una caja en las manos. —Se me había olvidado traerte mi colección. Para que te des cuenta del brillo, se aprecia mejor que en las fotos.

—Gracias.

Dejó la caja sobre la mesa y levantó la tapa. Él estiró el cuello y asombrado se acercó para ver como sacaba unas cuantas de distintos colores. Eran láminas finas que estaban entre la piedra. —Estas están sin pulir. —Cogió una colocándola de costado. —¿Ves la línea?

—Sí, que azul tan increíble.

—Si ves algo así detente e intenta seguir la línea, a veces hay suerte y se encuentran piezas algo más grandes.

—¿Por qué se forma esto?

—Por el sílice de la tierra —dijo la tía—. La presión, la temperatura… Al parecer hay muchos factores.

Dejó la piedra sobre la palma de su mano y cogió otra con un color rojo que no tenía destellos. —¿Esto también es un ópalo?

—Sí. —Rio por la confusión que mostraba su rostro. —Tú si ves color te detienes.

—Color.

—Exacto, así lo llamamos nosotros. —Dejó las piedras sobre la mesa y fue a buscar la bandeja del pollo al horno. Al regresar vio que había sacado algunas más.

—Parecen delicadas.

—Son delicadas. No son como el oro o los diamantes. Pero tampoco son como para que temas tocarlas. —Dejó la bandeja en el centro de la mesa. —A cenar.

Se sentó frente a ella con una color turquesa en la mano. Parecía fascinado. Miró de reojo a su tía en la cabecera de la mesa y esta hizo una mueca. —Otro que se deja llevar por la fiebre del ópalo.

—Cena —dijo ella secamente.

Él suspiró cerrando la caja. —Es muy mandona, ¿no? Y eso que no tiene a nadie a su cargo.

Se sonrojó mientras su tía reía por lo bajo. —¿Te estás quejando?

La miró a los ojos. —Ya he estado en el ejército y no me gustó la experiencia.

Uy, uy que le estaba echando un pulsito. —Mira majo, mientras estés en mis tierras, harás lo que yo te diga y me da igual que te parezca bien o mal, ¿me has entendido?

—Entendido, jefa.

—Pues eso, ahora cena que tienes aún mucho trabajo por delante.

Secando los platos vio como desmontaba la caseta que rodeaba el pozo. —No le has dejado ni respirar entre bocado y bocado —dijo su tía divertida.

—No está aquí para charlar, está aquí para trabajar. Cuanto antes se largue mejor. —Dejó el plato en la alacena y se volvió hacia ella. —Eso si lo consigue.

—Tengo un buen presentimiento.

—Pues yo tengo uno pésimo.

Su tía la miró sorprendida. —No fastidies.

—Algo no está bien. No sé qué es, pero algo en mi interior me está advirtiendo. Igual debería decirle que se largara.

—¿Después de decirle que sí? Niña, no puedes hacer eso. Creerá que juegas con él.

Ambas miraron hacia Mike que tiraba una de las paredes de madera en la parte de atrás de la camioneta para llevarlas al garaje, porque en cuanto se fuera ella pensaba colocarlas de nuevo. Al ver el sudor que recorría su cuello sintió mariposas en el estómago. —No me gustaría que le pasara nada.

—Es lógico, niña. Somos humanos, no sería plato de gusto tener que sacarle del agujero. Pero necesita el dinero y parece buena persona. Y es evidente que es trabajador. En cuanto termine eso irá a por su material. Tengo la sensación de que va a trabajar toda la noche.

—Espero que no se le ocurra trabajar todas las noches para aprovechar la bajada de temperatura. El generador no nos dejaría dormir.

—Si hay que sacrificarse un tiempo por conseguir color, yo no pienso protestar.

Salió del gallinero con los huevos en la mano y escuchó el sonido de un martillo en la parte de delante de la casa. Mierda, iba a despertar a su tía y no había pasado buena noche. A toda prisa corrió para rodear la casa y vio que cerca del agujero había puesto una especia de polea con un cable de metal. Se acercó a él. —¿Para qué es esto?

—Para que me saque en caso de necesidad —dijo atornillando la base al suelo.

Levantó una ceja viendo como el cable de acero acababa en una turbina con motor. Vaya. —Te sacaría de manera mecánica, imagino —dijo intentando no ser demasiado irónica.

—Exacto.

—¿Y cómo te atas a ella?

Levantó el extremo que tenía un mosquetón. —Esto va al cinturón.

—Al cinturón. ¿Y va por control remoto? ¿O tengo que activarlo yo?

Mike se incorporó con la llave inglesa en la mano. —No Opal, no va por control remoto. Creí que era un sistema mejor que el de salir tirando de una cuerda.

—Ese sistema es el más antiguo y el más eficaz.

—Suéltalo de una vez.

—Si hay un derrumbe y tú estás al otro lado, esto tirará tanto de ti que te arrastrará con rocas y todo, eso si no te parte por la mitad porque los cinturones están preparados para no romperse. Son como los que usan los escaladores. ¿Lo vas pillando? Y si estás a este lado del derrumbe y enciendo esto, puede tirarte por el camino e irás golpeándote hasta llegar al agujero. ¿Eres flexible? Porque lo más lógico es atarse el cinturón por delante y es así como tirará de ti. Te quedará la espalda echa un Cristo si te saca de ahí sin sentido tirando de tu pelvis. Eso si no te matas de los golpes que te darás en la cabeza porque ya habrás perdido el casco.

Él gruñó tirando el cabo al suelo y Opal sonrió. —Oye, pero te será útil para sacar o meter herramienta. Incluso sacos de piedra si es que se nos estropea el tubo aspirador. —Sonrió de oreja a oreja. —Por cierto, buenos días.

—Buenos días —dijo entre dientes mientras ella se alejaba.

—¡Desayuno en una hora! ¡Buenos días, tía!

—¿Qué es eso?

—¡Nuestro amigo nos ha salido inventor!

Su tía entrecerró los ojos desde la ventana. —Ni se te ocurra usar ese chisme, ¿me oyes? ¡En nuestra mina no! ¿Quieres que te saquemos a pedacitos?

Gruñó de nuevo mirando la polea. —Estupendo Mike.

Era mediodía cuando se acercó a galope a la casa. Se moría de sed y estaba hambrienta. Además, tenía curiosidad por comprobar cómo le iba a Mike. Al llegar al rancho no le vio cerca del agujero y supuso que estaba con su tía, porque en ese momento hacía un sol de justicia. Dejó a Color en el establo y se quitó el sombrero yendo hacia la casa. Miró hacia el agujero y vio que el generador estaba listo para iniciar el trabajo. Bien, no tardaría en empezar. A partir de ahora le ayudaría por las tardes. El ganado no la necesitaba en la zona donde lo había dejado, pues tenía comida y agua. Subió los escalones del porche en dos saltos y abrió la mosquitera para entrar en la casa. —Ya estoy aquí.

—Menos mal. Niña, no sale desde hace mucho.

Se acercó a la cocina y vio que su tía estaba sola. —¿Y Mike?

—¿No te lo acabo de decir? —Señaló el agujero. —¡Lleva sin salir al menos tres horas!

—¿Ya ha bajado?

—Dijo que quería empezar a picar cuanto antes.

—¡El generador no está encendido!

—¡Va a picar de manera tradicional de momento, no pensaba sacar piedras por el aspirador hasta que llegaras!

—Mierda. —Salió corriendo y cuando llegó al agujero, agarró el casco que había colocado en el suelo y se lo puso a toda prisa. Encendió la luz y cogió una linterna metiéndose el asa por el brazo.

—¡Ten cuidado!

—¡Tía, no hay polvo, tranquila!

Su tía asintió desde el porche y Opal empezó a descender cabreándose por momentos. Cuando llegó abajo siguió la cuerda y giró a la izquierda en la bifurcación continuando por el túnel que había hecho su abuelo. Entonces le escuchó y vio la luz al fondo. Separó los labios de la impresión por todo lo que había trabajado. Y lo sabía por los restos de roca que había en el suelo. —Mike.

Este se volvió sorprendido y sonrió. —He encontrado algo.

—¿El qué?

Señaló una esquina y Opal se acercó para alumbrarlo. Se arrodilló de la impresión mirando aquella piedra redonda del tamaño de un balón de fútbol. Vio los restos de cristales violáceos que tenía pegados a un costado. Pasó el dedo por la superficie. —Mike para.

Él con la respiración agitada se volvió y se pasó el antebrazo por la frente. —¿Qué? ¿Qué es? Tiene color, ¿verdad? Salió entera sin apenas esfuerzo y si te fijas en un lateral parece violeta.

Asombrada negó con la cabeza. —Eso no es ópalo.

—¿Qué es?

—Es una geoda. —Se sentó sobre sus talones sin salir de su asombro. —Y apuesto que si la abrimos está llena de amatista.

Dio un paso hacia ella. —¿Qué? ¿Vale algo o no?

—Tiene poco valor. Igual te dan cincuenta pavos.

—Estupendo —dijo desmoralizado.

—Pero eso no me preocupa en absoluto.

—¿Qué quieres decir?

—La amatista se forma por el sílice y determinadas cantidades de hierro y el ópalo se forma por el sílice al unirse al

agua.

—Así que en este punto hay sílice, lo que puede haber formado ópalo con el agua que se ha ido filtrando a lo largo de los años.

—Exacto.

Ambos miraron la pared. —Pues habrá que seguir picando.

Ella levantó la vista. —Pon los puntales, no me gusta ese techo. No avances más sin ellos.

—Entendido.

Opal se acercó más a la pared. Vio algo que le llamó la atención y miró el suelo donde estaban los restos. —Dios mío…

—¿Qué?

Le fulminó con la mirada. —Has destrozado un ópalo negro.

—No jodas. —Se agachó a su lado y cogió la piedra partida en varias partes. —Creí que era roca.

—Debes fijarte más. —Miró las piedras diseminadas por el suelo. —A saber lo que tenemos ahí. Mierda, tardan millones de años en formarse y tú las destrozas —dijo furiosa antes de ir hacia el agujero—. ¡Pon los puntales! ¡Y no piques más! ¡Primero hay que sacar todo esto y analizar qué tenemos entre manos!

Mike apretó los labios viéndola desaparecer por el túnel. —Te has cubierto de gloria, amigo.

Su tía y ella clasificaron cada piedra analizando si podría contener algo en su interior y cuando terminaron tenían sesenta piedras con algún tipo de color sobre la mesa de la cocina.

Mike se rascó la cabeza. —Siento haberla destrozado.

—No te preocupes, chico. Son cosas que pasan.

Opal se mordió la lengua, pero no pudo evitarlo y al final dijo —¿Quieres arriesgar el pellejo por nada? ¿O quieres hacerte rico?

—Quiero conseguir dinero.

—¡Pues espero que hayas aprendido la lección y no destroces más piedras! Esa valía más de cien mil dólares. Ahora solo nos pagarán cuatro mil por ellas y eso si tenemos suerte.

—Ya lo he entendido —dijo entre dientes.

—Pues tenías que haberlo entendido la primera vez.

—Es que está agotado. Niña, ni ha dormido.

—¡Ni que le hubiera obligado a no dormir! ¡Lo ha hecho porque ha querido!

—Me voy a la ducha —dijo él con mala leche.

Opal parpadeó al ver que iba hacia la escalera. —¿Pero a dónde vas?

Él se detuvo en seco antes de mirar a su tía. —Betty me ha ofrecido una habitación.

Asombrada la miró. —Ah, ¿sí?

—Bueno, el chico no va a ir hasta la ciudad y volver todos los días. Sería una estupidez. Le he dicho que se quede en la habitación de tu abuelo al final del pasillo.

Apretó los labios porque era la habitación que estaba al lado de la suya. Lo que le faltaba.

—¿No estás de acuerdo? Oye, yo no quiero que estés incómoda en tu propia casa, si quieres me voy.

Se sonrojó. Debía pensar que era una borde de primera. —No, no importa. Me ha sorprendido, eso es todo. Pero mi tía tiene razón, es lo más lógico.

—Gracias.

Se volvió como si no hubiera oído nada y cogió una pieza. —¿Crees que podrás aumentar su valor? Se han quedado muy pequeñas.

Le escucharon jurar por lo bajo mientras subía las escaleras y su tía la fulminó con la mirada.

—¿Qué? La ha destrozado.

—Estás siendo muy dura con él.

—Ha bajado solo y se ha puesto a picar como un loco sin mirar. Para eso que hubiera cogido el martillo neumático, hubiera gastado menos energías y las piezas hubieran salido más enteras. Las ha hecho añicos, leche —dijo indignada.

—Lo está intentando.

—Pues que lo intente más o que se largue.

—Apuesto a que mañana lo hará mejor.

—Más le vale, porque sino le diré que se vaya. No pienso dejar que destroce mi mina.

# Capítulo 4

La cena fue de lo más incómoda porque ella estaba cabreada, Mike estaba cabreado y Betty ya ni sabía que decir para relajar el ambiente.

Cuando terminaron, Opal se levantó para recoger los platos. Cogió el suyo, pero él lo agarró. —Yo te ayudo.

—No te preocupes, yo me encargo. Vete a descansar. —Tiró del plato, pero él no lo soltó.

—He dicho que te ayudo.

Se retaron con la mirada. —Y yo te he dicho que no hace falta.

Betty asombrada vio como uno y el otro tiraban del plato por turnos. —Lo vais a... —El plato se rompió por la mitad y la tía suspiró. —Lo veía venir.

—Mira lo que has hecho —dijo ella con mala leche.

—Si lo hubieras soltado.

—¡Haberlo soltado tú! ¡Es mi plato!

—Como es tu mina, ¿no?

—¡Exacto!

—Y siempre se hacen las cosas como tú digas.

—¡Lo has entendido perfectamente!

—¿Acaso tú nunca has roto un ópalo?

—¡Por supuesto que no!

Asombrado miró a su tía que hizo una mueca. —La niña lo lleva en la sangre.

—¡Y yo no!

—¡Eso lo has dicho tú! —dijo Opal llevando el plato roto hacia el cubo de la basura—. Estupendo, lo siento tía.

—Nada, niña. ¿Qué más da que fuera un regalo de boda de mi tía Doris?

Le miró como si quisiera pegarle cuatro gritos. —Discúlpate.

—¡Lo siento Betty, pero que conste que me disculpo porque quiero, no porque me lo exija nadie!

—No pasa nada. —Betty se levantó. —Creo que yo sí voy a acostarme antes de que estalle la tercera guerra mundial.

—¡No va a estallar nada porque hace lo que le diga o se larga de aquí!

Asombrado se levantó. —¿Ahora amenazas con echarme? ¿Por un error?

—Un error gordísimo. ¡Me has hecho perder cincuenta mil dólares!

—No, te he dado a ganar dos mil porque antes no tenías nada.

—Estaba en mis tierras.

—¡Exacto, en tus tierras, ni sabías que lo tenías ahí!

Le señaló con el dedo. —¿Crees que no sé lo que tengo en mi propiedad? Estás equivocado. ¡Sé que esta es la mejor mina de ópalo negro de Australia y no pienso dejar que un novato sin experiencia destroce mis piedras! ¡Así que haces lo que te diga, cuando te lo diga o ya te estás largando!

—Sabes que no puedo irme. John me necesita.

—¡Pues atente a las reglas!

—¿Qué reglas? —le gritó a la cara—. ¡He hecho todo lo que me dijiste!

—¡No había nadie arriba mientras picabas!

Él parpadeó. —Eso no me lo dijiste.

—Claro que sí.

—No.

Entrecerró los ojos intentando recordar. —Sí que te lo dije cuando hablamos de ese que te aconsejó en el Yukón.

—¡No me dijiste que tenía que haber alguien arriba!

—¡Y cómo vas a recibir ayuda si hay un desprendimiento si no hay nadie!

—¡Saliendo por mis propios medios con la puñetera cuerda! —dijo como si fuera tonta.

—¿Y la polea quién iba a encenderla? —gritó más alto.

Él carraspeó. —¿La polea?

—¡Sí, esa que tardaste horas en montar y que no servirá de mucho! Pensaba que sabías que debe haber alguien arriba por si…

—Cuando tú bajas no hay nadie arriba.

Se quedó sin aliento. —Yo no bajo.

—¿Entonces dónde están los restos?

—¿Los restos de qué?

—De los derrumbes. No los he visto. Las galerías no tienen restos, las he revisado.

—Oh, eso se sacó poco después de morir mi padre. Había que asegurar la mina y se pusieron puntales.

La miró fijamente. —Entiendo. ¿Y eso quién lo hizo?

—¿Te crees que saqué sola a mi padre?

Recordándolo sus ojos se llenaron de lágrimas y él se tensó aún más. —Lo siento, no quería… —Salió corriendo de la cocina. —¡Opal, lo siento! —Cuando escuchó el portazo juró por lo bajo pasándose la mano por su cabello moreno. —¡Joder!

Un gemido la sobresaltó y aún medio dormida se sentó en la cama como un resorte. Escuchó el gemido de nuevo y un golpe tras ella, así que volvió la cabeza hacia la habitación de Mike antes de escuchar un murmullo. Se arrodilló en la cama y pegó la oreja a la pared para escucharle gemir de nuevo. El cabecero volvió a golpear la pared y asustada saltó de la cama para correr hacia su habitación.

Cuando entró vio su rostro por la luz de la luna que se filtraba por la ventana y se dio cuenta de que estaba dormido. Sudaba y se movía de un lado a otro como si tuviera una pesadilla. —Mike —susurró.

Alargó la mano para tocarle el hombro y de pronto la agarró por el brazo lanzándola a su lado en la cama antes de sentir su mano en su cuello. Asustada vio que aún seguía soñando y apretaba. Opal intentó gritar y le empezó a golpear con los puños para soltarse. Se estaba quedando sin aire y desesperada le tiró del pelo cuando de repente la miró sorprendido. —¿Opal? —Apartó su mano con sorpresa. —Opal, ¿estás bien?

Aún asustada se llevó la mano al cuello y se arrastró hacia atrás cayendo de la cama, pero ni se hizo daño por el miedo que aún tenía en el cuerpo. Había estado a punto de estrangularla. Él se bajó de la cama desnudo e intentó cogerla de los brazos. —Hostia, lo siento, lo siento muchísimo.

Por instinto se apartó y él apretó los labios. —¿Te he hecho daño? Por favor, deja que te ayude.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó su tía desde la puerta. Asustada llegó hasta ella cojeando—. Mi niña, ¿qué ha pasado?

Opal vio en los ojos de Mike el miedo por haberle hecho daño y forzó una sonrisa. —No pasa nada, tía. Tenía una pesadilla y le oí. Vine a despertarle y me empujó dormido.

—Válgame Dios, qué sueños más intensos. —Asombrada se volvió a Mike que aún observaba a Opal como si no se creyera lo que había pasado. —¿Y te pasa mucho?

—Solo si estoy muy cansado —respondió en apenas un susurro.

Su tía se dio cuenta de que estaba desnudo y se puso como un tomate. —Hace calor, ¿no? Niña a la cama.

—Sí, tía. —Se levantó a toda prisa ignorando el dolor de trasero por el golpe al caer de la cama. Algo que no tenía importancia, lo importante era el cuello. A ver cómo lo cubría, porque al día siguiente sería evidente lo que había pasado. —Que descanses, Mike.

—Gracias Opal.

—No ha sido nada —susurró antes de salir de la habitación.

—Buenas noches, chico. —Su tía salió cojeando y cerró la puerta. Miró a Opal con los ojos como platos. —Ahora la que no va a pegar ojo seré yo. ¿Has visto que…? —Se sonrojó aún más. —

Bueno, tú no has visto muchas… Creo recordar que una vez viste a tu padre y en otra ocasión a mi Alfred.

—Entonces he visto las mismas que tú, tía.

—Igual lo del chico es lo normal.

No lo creía, pero mejor cambiar de tema. Le dio un beso en la mejilla. —Que descanses.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, no ha sido nada. El susto se lo llevó él al verme.

—¿Qué soñaría?

Pensó en ello. —Sufría, estaba gimiendo e intentaba luchar —susurró.

—Seguro que es por algo del ejército. Esos chicos a veces lo pasan muy mal.

—Sí, seguro que es eso. Buenas noches.

—Buenas noches, cielo.

Entró en su cuarto cerrando la puerta y escuchó como su tía iba hacia su habitación al otro lado del pasillo y cerraba también. Esperó varios minutos y abrió la puerta lentamente. Caminó muy despacio y abrió sin llamar. Mike estaba sentado en la cama con los codos apoyados sobre las rodillas mesándose el cabello y la miró

sorprendido. —Shusss… —Cerró la puerta muy lentamente y se acercó. —¿Pero a ti qué coño te pasa?

—Lo siento.

—Deja de decir eso. ¿Qué soñabas?

Él apretó los labios. —No es de tu incumbencia.

—Los próximos días voy a tener que ponerme un pañuelo en el cuello con cuarenta grados, no me digas que no es de mi incumbencia. —Sin querer miró su miembro. Mierda, se le iban los ojos. —Y cúbrete, leche. Así no hay quien hable.

Mike cogió la sábana y se cubrió la pelvis. Con esos pectorales no es que ayudara mucho, pero algo era algo. —¿Y bien? Estoy esperando y me levanto en dos horas.

Suspiró mirando su cuello. —Te dije que John me había salvado. —Opal asintió. —Pero no te dije de dónde.

—¿Irak?

Negó con la cabeza. —Colombia.

Se sentó a su lado. —Cuéntame.

—Hay una guerrilla en el país que se dedica a secuestrar extranjeros para financiarse. Son el ELN.

—Ejército de Liberación Nacional, lo he escuchado alguna vez en las noticias.

—Esos mismos. El gobierno nos envió al país a realizar una operación que nada tenía que ver con ellos y nos dieron dos días de permiso hasta que nuestro avión regresara. Estábamos en Bogotá de fiesta y no sé ni lo que ocurrió. Fui al baño y me desmayé o eso creo. Me desperté en una habitación totalmente desnudo. No tenía las chapas de identificación.

—Descubrieron que eras del ejército americano.

—Pidieron un rescate por mí y decidieron vapulearme un poco para averiguar por qué estaba en el país.

—Pero tú no decías nada.

—Nos entrenaron para enfrentarnos a ese tipo de situaciones, pero jamás te imaginas como es realmente. —Sonrió con ironía. —No tienen ni puta idea. Que me dejaran sin comer era lo de menos. Sentir como intentan asfixiarte una y otra vez es otra historia.

—Dios mío…

—John era mi superior. No cejó hasta encontrarme y consiguió sacarme de allí.

—¿Cómo?

—Entró solo, únicamente armado con un cuchillo, llegó hasta mí y me rescató. Logró volver a la embajada y nos sacaron del país cagando leches.

Separó los labios de la impresión. —Es muy valiente.

—Lo es. Es un buen amigo y mejor soldado. Por eso no puedo abandonarle ahora.

—Lo entiendo. ¿Te fuiste o te echaron del ejército?

La miró a los ojos. —Me fui yo, pero me hubieran licenciado.

—¿Shock postraumático?

—Exacto, señorita sabelotodo. Joder, no vuelvas a acercarte a mí si tengo una pesadilla.

—Tranquilo, que he aprendido la lección.

Él miró su cuello. —Lo siento.

—Deja de disculparte —dijo molesta. Le pegó un tortazo que le volvió la cara—. Ahora estamos empatados.

Chasqueó la lengua. —No lo creo.

—¿Te doy otro? No lo hacías de manera consciente, yo sí. —Entrecerró los ojos. —Mejor lo dejamos así.

—Si te das por satisfecha.

Sin poder evitarlo se sonrojó porque no estaba satisfecha en absoluto. Argg, aquello era una tortura. Sus ojos recorrieron su musculoso pecho. Mike al darse cuenta de lo que miraba enderezó la espalda. —¿Opal?

Se levantó de golpe. —Me voy a la cama que… —Gimió volviéndose. —Buenas noches.

—Follar desestresa mucho.

Se detuvo en seco sintiendo que le faltaba el aliento y lentamente volvió la cabeza sobre su hombro para ver que le miraba las piernas que quedaban al aire por el corto camisón… —¿Te apetece? —Levantó la vista hasta sus ojos. —Joder nena, eres preciosa. —Apartó la sábana para mostrar que estaba totalmente excitado. —Y por cómo reacciono contigo sé que vamos a funcionar de maravilla.

—Ah, ¿sí?

Él alargó la mano. —Ven…

Uy, uy… ¿En serio quieres acostarte con un casi muerto? Dios, sí. Entrecerró los ojos. Casi la palmas hace unos minutos. ¿Sexo? ¿Es que estás loca? Si no le conoces de nada. Y es un minero pésimo, aún le queda mucho por aprender. Vale que está muy bueno, pero

céntrate, Opal, que como sigas por este camino vas a acabar muy mal.

—¿Nena?

—No me presiones —siseó.

—¿Hago eso? —preguntó sorprendido.

—¡Sí! —susurró.

Él bufó dejando caer la mano. —Muy bien, pues buenas noches.

—Oye, he dicho que no me presiones.

Mike levantó una ceja. —Nena, ¿estás indecisa? Porque eso no es lo mejor para que me anime.

Miró su sexo poniéndose muy nerviosa. —Si te animas solo. Ni siquiera me he desnudado y ya estás a tope.

—¿Eso es que sí o que no?

—¡No me presiones! —Salió de la habitación cerrando la puerta y gimió golpeándose la frente. Cuando apartó la mano vio a su tía cruzada de brazos en la puerta de su habitación y Opal volvió a gemir. —Solo hemos hablado.

—¡A la cama!

—¡La culpa es suya!

La risa de Mike la hizo sonreír. Al menos no se lo había tomado mal. Se tumbó en la cama y abrazó la almohada. Si se lo volvía a proponer… Opal no pienses en ello.

—Buenas noches, preciosa.

Sonrió aún más. —Buenas noches.

Un ruido en el exterior la despertó y al ver la luz que se filtraba por las cortinas se sentó de golpe. —Mierda, me he dormido. ¡Me he dormido y no me han despertado!

—¡Chico, a desayunar! —gritó su tía desde el piso de abajo—. ¡Y se ha despertado de mal humor! ¡Prepárate!

—Increíble. —Fue hasta el baño y después de usarlo se lavó la cara. —¡Mierda, mierda!

—¡Se ha levantado de muy mala leche!

—¡Vale ya, tía!

Su risa hizo que gruñera entrando en la habitación. Cogió unos vaqueros del armario y una camiseta. Después de vestirse se puso las botas y corrió escaleras abajo. Cuando entró en la cocina

fue directamente hacia la cafetera ignorando que Mike entraba en la cocina por la puerta de atrás. —Buenos días, nena.

Gruñó antes de darle un sorbo a su café y se volvió para encontrárselo de frente. Él miró su cuello y apretó los labios. Entonces se dio cuenta y jadeó llevándose la mano allí. Su tía les miró y antes de que se diera cuenta Mike la cogió por la nuca atrapando sus labios volviéndola para ocultarla de Betty, aunque Opal se olvidó de ella totalmente por la intensidad de su beso que le encogió hasta los dedos de los pies. Mike la cogió por la cintura con la otra mano y la elevó llevándola hacia el hall. Cuando la dejó sobre el primer escalón separó sus labios y asombrada le escuchó decir —No te has recogido el cabello, preciosa.

—¿Qué?

—El cuello, tu tía me capa si te lo ve —susurró antes de elevar su barbilla—. Joder, nena.

—¿Tiene mala pinta?

—¿No te duele?

—Hasta que no me lo has dicho ni me acordaba. —Se acercó al espejo que tenía al lado y al ver los morados no pudo disimular su sorpresa. —Leche… ¿Cómo voy a cubrir esto?

—¿Un pañuelito?

Le fulminó con la mirada. —Se va a dar cuenta. Mejor confesar.

—Vale, voy haciendo la maleta.

—No te va a decir nada, no seas cobardica.

—Mira guapa, me he enfrentado a auténticos mercenarios, gente que te puede rajar la garganta en menos de tres décimas de segundo y te aseguro que tu tía acojona mucho más. Con lo que te protege, me cortará los huevos y después me echará a tiros. He visto la escopeta colgada en el hall.

—¿Esa antigualla?

—¡Niña, déjate de besuqueos que se enfrían los huevos!

—Sé un hombre —siseó.

Él enderezó la espalda. —Yo lo digo por ti, se va a disgustar.

Entrecerró los ojos. —Muy inteligente.

Sonrió. —Gracias.

Subió los escalones a toda prisa y él la observó desde el hall. —Chico, el desayuno no lo caliento.

Ella llegó a lo alto de la escalera con un viejo pañuelo de su padre y bajó atándoselo al cuello. —Se va a notar —susurró.

—¿No tienes otra cosa?

—¿Un jersey de cuello vuelto? Ayer no me imaginaba que sería para tanto.

—Hostia, hostia…

—No seas exagerado, no te va a comer.

Entraron en la cocina y su tía masticando miró hacia ellos. Entrecerró los ojos mirando el pañuelo. —¿Qué haces con el pañuelo de tu pa…? —Se levantó como un resorte. —¿Qué coño es eso?

—Ahí va…

Betty se acercó y le quitó el pañuelo del cuello en un visto y no visto. Jadeó antes de cogerla de la barbilla moviendo su rostro a un lado para jadear de nuevo antes de volver su cara hacia el otro lado como si fuera una muñeca. Su tía entrecerró los ojos. —¿Qué es esto? —dijo entre dientes antes de fulminar a Mike con la mirada —. ¿Has sido tú? —Alargó la mano y agarró un cuchillo mirándole con cara de psicópata. —Venga, confiesa.

—Tía suelta eso —dijo yendo hacia la mesa—. ¿No ves que es una máquina de matar?

—Nena, esas palabras no ayudan… —dijo sin quitarle la vista de encima a su tía.

—¿Lo has hecho tú? —gritó su tía fuera de sí—. ¿A mi niña?

—Fue sin querer, tía —dijo con la boca llena de huevos revueltos—. Estaba dormido.

—Dormido le voy a dejar yo. ¡Pero para siempre!

—Tía Betty, que se ha enfrentado a mercenarios que te rajan la garganta en tres segundos… Deja el cuchillo que te vas a hacer daño. —Se metió un bollo con mantequilla en la boca.

—¡No me ha visto filetear la carne!

—Betty, por favor.

Elevó el cuchillo hasta su barbilla. —¿Por favor qué?

—Fue sin querer, ni sabía lo que hacía.

—Un trauma del ejército, tía. Fue torturado.

Su tía entrecerró los ojos. —Pues no has visto nada, majo. ¡Lo de los palillos entre las uñas no va a ser nada con lo que te voy a hacer yo! ¡Tengo un hoyo ahí fuera que lleva tu nombre!

—Es un poco peliculera. Las de vaqueros le encantan.

—Betty baja el cuchillo.

—Que más... —De repente el cuchillo estaba en las manos de Mike y le miró con los ojos como platos. —Leche.

—¿Ves, tía? Anda, deja que desayune que tiene mucho trabajo por delante. Hay mucha mina que destrozar.

—Muy graciosa —dijo él yendo hacia la mesa y sentándose a su lado.

—¿No vamos a hablar de esto? —preguntó su tía asombrada —. ¿Y si lo repite y te liquida?

—¿En sueños? —Le miró a los ojos. —¿Es posible? ¿Eres sonámbulo?

—Hostia, pues ni idea.

—Habrá que controlarte. Te encerraré en tu habitación.

—No llevo muy bien estar encerrado.

Pues no lo entendía porque bien que bajaba a la mina y allí sí que se podía quedar encerrado para toda la eternidad. Misterios de la mente humana. Es que de verdad lo que tenía que soportar por algo de ópalo. Mejor hacerse la comprensiva. —Puede que eso de encerrarte en la habitación te estrese más y tengas pesadillas. Algo se me ocurrirá. ¿Qué vas a hacer hoy?

—¿Picar con cuidado?

—Más te vale.

—¿Ya hemos acabado la conversación? Niña dormirás conmigo.

—¿Con lo que roncas? —preguntó horrorizada.

Betty se puso como un tomate. —Eso es mentira.

—Si el tío se quejaba de que un día le ibas a dejar sordo.

—Uy, cómo miente la niña.

—¿Que yo miento? —No salía de su asombro. —Si siempre estaba probando tapones nuevos para los oídos.

—Pobrecito, es que tenía el sueño ligero. ¡Ah, ya lo sé, le ataremos un tobillo a la cama!

Miró de reojo a Mike que tampoco parecía nada contento. —Ya lo hablaremos en la cena, tía. Mike apuntala el techo.

—Tranquila, será lo primero que haga hoy.

Asintió. —Bien. Y hazlo a cada metro. Más vale prevenir.

Mike se metió el tenedor en la boca y la tía le llenó la taza de café. —Gracias, Betty. Y tú, nena, ¿qué vas a hacer?

—Iré a ver el ganado. Tía no fuerces la rodilla, siéntate, por favor.

Bufó sentándose al lado de ella. —¿Cuándo vas a dejar de vigilarme?

—¿Y tú a mí? Ya soy mayorcita, ¿sabes?

—Qué disparates dices. Seré como tu sombra el resto de mi existencia.

Sonrió. —¿Ves? Y lo acepto, así que acepta tú mi control, deja de protestar.

Betty miró hacia Mike. —A ti también te controlará.

—No pienso quejarme. —Le guiñó un ojo.

Opal se sonrojó. —¿Qué haces? —preguntó mosqueada.

—Dejar claro lo que quiero.

Se sonrojó aún más. —Oh, cállate. —Se levantó. —Volveré al mediodía a ver cómo os va. Portaos bien.

—¿Si te necesitamos cómo nos ponemos en contacto contigo?

—Tiene radio —dijo su tía—. Tranquila niña, que si la fastidia te llamo.

# Capítulo 5

Al llegar el mediodía se bajó del caballo y fue directamente hacia el agujero. Puso los brazos en jarras al ver todo el material que había salido del tubo de succión formando un montón de piedras en el suelo. Se agachó al lado de una roca y frunció el ceño antes de volverla. Se le cortó el aliento al ver un ópalo negro de un color excepcional. Era pequeño, pero con un color increíble. A toda prisa movió las otras y encontró siete más de un tamaño medio. —Dios mío…

Lo más rápido que pudo apagó el generador y se agachó de nuevo moviendo las piedras para buscar más ópalos. Escuchó que Mike subía por la escalera de hierro y cuando sacó la cabeza preguntó —Nena, ¿qué pasa? ¿No funciona el generador?

Levantó la vista hacia él. —¿Dónde has picado? ¿Dónde ayer?

—No, en la pared de enfrente.

—¿Y has visto esto?

Él asintió. —No he partido nada, he tenido cuidado. —Se agachó a su lado. —¿Cuánto crees que valen?

—¿Entre todas? Unos cincuenta mil. Pero eso no es lo importante.

—Joder, pues a mí me parece importantísimo.

Cogió dos piedras planas que en el medio tenía el ópalo y las juntó haciendo que más o menos encajaran. —Nena, te juro que no las he roto.

—No te preocupes. ¿Qué ves?

—Es como una línea entre las piedras. —Entrecerró los ojos antes de coger otra y ponerla al lado de las suya. —El agua pasó entre las rocas.

—Exacto. Y la presión, el sílice y lo demás hicieron esa maravilla. ¿Pero a dónde iba esa agua? —Sonrió incrédula. —Es la primera vez que veo esto. Normalmente son piedras más o menos aisladas, puede que alguna línea, pero nada tan extenso y grueso como esto. Es como una fuente…

—Que como me dijiste, puede llevar a algo mucho más grande. Pero no estaban seguidas, algo las había partido ya y separado.

—Esto tarda cientos de años en formarse. ¿Sabes cuántos movimientos de tierra suceden al año? Puede que nosotros no lo percibamos, pero se han separado continentes ¿cómo no va a fracturar esto?

Mike asintió entrecerrando los ojos. —Así que crees que hay más.

Le miró fijamente. —Hay que picar en esa pared y seguir las miguitas hasta encontrarlo porque si el agua llegó a una cavidad, podemos tener entre manos una buena pieza.

Su tía admiró las piedras. —Muy interesante. —Levantó la vista hasta los ojos de Opal. —Esto es lo que los nuestros han estado buscando toda la vida.

Sonrió. —Lo sé.

—¿Qué piensas hacer?

—Mike necesita ayuda, voy a bajar.

—No lo permitiré.

—Pero tía…

—¡Lo prometiste! —gritó sobresaltándola.

Apretó los labios y se levantó para ir hasta la nevera. Sacó una cerveza, quitó la chapa y bebió un buen sorbo. Cuando tragó miró a Mike, que sentado a la mesa no decía palabra. —No sabrá ver las señales. Tomaremos precauciones, te lo prometo.

—¡Antes de que bajes a ese agujero, lo dinamito todo y a tomar por culo!

—¡Tía! —dijo asombrada porque nunca soltaba tacos.

—¡Estás advertida! —La señaló con el dedo. —No creas que no hablo en serio. —Se levantó y cojeando salió de la cocina.

—Puedo hacerlo solo —dijo Mike—. No te preocupes. —Ella apretó los labios. —Entiendo, te mueres por bajar.

—Como ha dicho mi tía, esto es lo que lleva buscando mi familia toda la vida. —Juró por lo bajo antes de beber de su cerveza y se sentó ante él. —Bajaré de noche para que no se altere —susurró.

—Ni hablar, ¿crees que no se dará cuenta de que trabajamos de noche? Después de lo de ayer por la noche y esto ya no nos

quitará ojo. Bajaré solo.

—De eso nada, no permitiré que estropees esa pieza, puede cambiarnos la vida.

Mike se tensó. —Lo que te molesta es que la he encontrado yo.

—Tú no has encontrado nada —dijo entre dientes.

Él sonrió provocándola antes de beber de su cerveza y cuando tragó ella no pudo evitar mirar sus labios húmedos, lo que le provocó un vuelco en el estómago. Mike dejó la cerveza sobre la mesa. —Ya entiendo de qué va esto. Ahora que he encontrado un filón quieres interferir, pero ese no era el trato, preciosa. Y yo trabajo solo.

Asombrada vio que se levantaba para salir por la puerta de la cocina. —¡Es mi mina!

—Llegamos a un trato —dijo cerrando de un portazo.

Mosqueadísima corrió tras él. —¡Si quisiera podría patearte el culo hasta echarte de mis tierras! ¡Si alguien ha encontrado algo, esa he sido yo! ¡Tú solo veías piedras!

—Nena, no te mosquees. Tú tienes una promesa que cumplir y yo tengo que picar una pared.

Preocupada le cogió del brazo para detenerle. —Es nuestra oportunidad de encontrar algo único.

Mike sonrió. —Seré muy cuidadoso.

—Júramelo.

La cogió por la nuca y la besó con ansias. ¿Pero ahora por qué la besaba? Bueno, por uno no pasaba nada. Gimió de gusto y le abrazó por la cintura pegándose a él. Entrelazaron sus lenguas y fue tan increíble que se puso de puntillas profundizando el beso y Mike agarró su trasero con la otra mano pegándola a su pelvis. Se derritió de gusto y antes de darse cuenta dejó que la elevara hasta que sus piernas pudieron rodear su cintura. Mike apartó su rostro lentamente y se miraron a los ojos. Caminó con ella como si no pesara nada y la subió al generador apoyando las manos a cada lado de su cuerpo. —Nena… Lo haré bien. Iré muy despacio.

—¿Y tendrás cuidado? Ese techo…

—Apuntalaré.

—La radio ahí no tiene cobertura, pero si me necesitas estaré arriba.

—No pasará nada. —Le dio un beso rápido y se volvió para acercarse al agujero. —Vete pensando cómo tapar esto cada noche,

nena. En cuanto empecemos a vender piedras, tendremos los drones encima.

—Ya lo he pensado, traeré una chapa de acero con el tractor.

Él sonrió y le guiñó un ojo antes de empezar a descender.

Opal saltó del generador. —El agua.

—Tengo dos botellas abajo con todo lo demás. Ve a por la chapa.

Asintió y un desasosiego la recorrió provocándole un nudo en la garganta. Cuando desapareció, Opal miró hacia la casa y vio a su tía sentada en el alféizar de la ventana observándola. Apretó los puños de la impotencia. Su tía era muy capaz de dinamitar la mina. Cuando había muerto su padre, tuvo que detenerla cuando estuvo a punto de hacerlo y sabía que hablaba muy en serio. Decidida fue hasta la casa y cuando entró, corrió escaleras arriba. Furiosa fue hasta su habitación y abrió la puerta con tal fuerza que la golpeó contra la pared. —¡No tienes derecho! ¡La mina es mía!

—Lo juraste y un juramento se cumple hasta la muerte.

—¡Sería la respuesta a todos nuestros problemas!

—Estás convencida de que ahí hay algo, pero esa mina siempre nos engaña hasta que se cobra las vidas de quienes nos

importan.

—¡Nada garantiza que vivamos más, mira el tío Alfred!

—Al menos llegó hasta los cincuenta hasta que me lo arrebató el cáncer. Si bajas ahí nunca llegarás a esa edad.

—¡Me necesita! ¡Entre los dos iremos más rápido!

—Me da igual, se lo juré a tu padre.

Palideció dando un paso atrás. —¿Qué?

—Un año antes de morir nos quedamos hablando después de la cena. Habíais tenido una discusión porque habías bajado sola a la mina y habías subido herida cuando unas piedras te cayeron encima. Estaba muy preocupado por ti, decía que estabas obsesionada y que la culpa era suya. Decía que la familia estaba maldita y atada a esa mina, que si seguías en tu empeño morirías como habían muerto los demás. Como moriría él.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo sabía.

—Claro que lo sabía, ese maldito agujero no se sacia de nuestra sangre. Pero él no tenía opción, quería dejarte un futuro y bajaba para pagar las deudas. La noche antes de morir al ver tus piedras se alegró tanto… —Betty sollozó. —Si bajó con los chicos al

día siguiente fue porque ya les había dicho que fueran a trabajar ese día, pero me dijo que sería el último.

Pálida negó con la cabeza. —No.

—Sí, cielo. Ya no había deudas y estaba dispuesto a arrear ganado como te dijo aquella noche. Hablaba muy en serio. Tu padre me dijo que intentaría evitar que bajaras más y estaba dispuesto a cerrar la mina para siempre.

Se le cortó el aliento. —La plancha de hierro. Llevaba en el pajar un año cuando murió.

—Desde que te heriste. Lista para tapar la mina en cuanto consiguiera algo que nos sacara de las deudas. —Se acercó y cogió su mano rogándole con la mirada. —Lo haré, te juro que lo haré y no solo por la promesa que le hice a tu padre sino por mí misma. No puedo, no pienso perderte y haré lo que sea, como tirar abajo esos túneles llenos de nuestra sangre. Sé que mi amenaza de dinamitarla es vana cuando puedes abrir otra mina en cualquier parte de la finca, pero te juro por lo más sagrado para mí que si bajas ahí te lo pienso poner lo más difícil posible.

Sabía que era imposible convencerla y que si la retaba haría lo que fuera para impedirle bajar más. No podía arriesgarse a perder

esa pieza que sabía que iban a conseguir.

—¡Está bien, lo dejaré en sus manos, pero no impedirás que me quede junto al agujero!

—¡Pues muy bien! ¡Ahí es donde te tienes que quedar! Y no creas que no sé que ayer bajaste cuando le echaste la bronca porque rompió las piedras. ¡Lo pasé por alto porque estabas sana y salva, pero no pienso ignorarlo nunca más!

—¡Argg! —gritó yendo por el pasillo—. Lo he pillado, ¿vale?

Bajó las escaleras corriendo y empujó la mosquitera con fuerza antes de saltar los escalones del porche para correr al granero donde estaba el tractor. —Maldita sea —siseó abriendo las puertas de par en par—. Será cabezota.

—¿Quién es cabezota?

Chilló volviéndose y al ver a su amigo Clay gritó —¿Pero tú qué haces ahí? ¿Quieres que me dé un infarto?

—He pasado a verte porque hace días que no vas por el bar. —Apoyó el hombro en el marco de la puerta observándola mientras iba hacia el tractor y de repente se tensó al ver su cuello. —¿Qué coño te ha pasado en el pescuezo? ¿Te lo ha hecho el de esa camioneta?

—Fue un accidente.

—¿Un accidente con dedos apretando tu cuello? ¡No me jodas! —La cogió por el brazo para volverla y levantó su barbilla para ver los morados. —Joder. ¿Te lo ha hecho el americano? —preguntó furioso.

Sabía que debía mentir, Clay era demasiado protector. —Qué va, encontré a uno que intentaba robarme el caballo y tuvimos un encontronazo. Mike me salvó.

—¿Mike?

—Está trabajando en la concesión. —Se aseguró de que la pala estuviera bien enganchada al tractor y le miró de reojo. —El americano.

—¿El que llegó hace diez días y no ha parado de hacer preguntas sobre ti?

—Ahora entiendo por qué has venido. —Entonces le miró sorprendida. —¿Cómo que ha hecho preguntas sobre mí? Será sobre mi mina.

Negó con la cabeza. —El jueves pasado estuvo en mi farmacia comprando crema solar y eso. Acababa de llegar y se quejó de lo que pegaba el sol. Que era más duro que Texas.

Olvidándose de la pala dio un paso hacia él. —¿Cómo que el jueves pasado acababa de llegar? Llegaría antes. Había contratado la concesión de Winston.

—Yo no sé nada de eso. Cuando estaba pagando me preguntó si conocía a Opal Flaherty. Le dije que sí, que te conocía bastante bien. Tengo entendido que es propietaria de una mina de ópalo. Ahí me mosqueé un poco y le dije que sí porque eso lo sabe todo el mundo, pero le advertí que no dabas concesión sobre ella.

Se le cortó el aliento porque si acababa de llegar no era lógico que preguntara por ella, tendría que haberle preguntado por Harry. Sin embargo las palabras de su amigo indicaban que la conocía antes de llegar a Lightning Ridge. —¿Qué más?

—Sonrió con ironía como si estuviera seguro de que yo estaba equivocado y luego dijo mientras se largaba, ya lo veremos. Esa noche le vi hablando en el bar de Jerry con varios mineros y al pasar al baño escuché el nombre de tu padre. Disimuladamente me puse al lado de la mesa de billar con una cerveza para escuchar. Hablaban de su muerte y de la de mi padre. Uno de los mineros dijo que la mina estaba casi sin explotar y que tenías cien hectáreas de tierra virgen. Luego hablaron de la maldición, ya sabes, y ese tipo se echó a reír a carcajadas como si no se creyera una palabra. Se ha pasado

más de una semana hablando con uno y con otro. Hasta el sheriff se mosqueó con su actitud y una noche en el bar fue a hablar con él. Le dijo que te dejara en paz, que ahora eras ganadera y que tu familia ya había sufrido bastante. Él le dijo, y lo oí perfectamente, que este era un país libre para hacer negocios y que si aceptabas era problema vuestro. Te llamé por teléfono varias veces para advertirte, pero nunca lo cogíais y me imaginé que era por lo de la operación de tu tía que estabas ocupada. Pero cuando ese tío se fue del pueblo me mosqueé porque se llevó todo el material de trabajo.

Sin poder evitarlo miró hacia el agujero. —¿Crees que no es trigo limpio?

—Es evidente que estaba muy interesado en ti y en la mina.

—¿Y no habló en ningún momento de Winston o preguntó por otras concesiones?

—Que yo sepa no. Y no creo que se lo haya comentado a nadie porque ningún vecino me lo ha contado en la farmacia. Ya sabes que la gente cuando se pone a hablar dan la lengua que da gusto. Nadie me ha hablado de Winston ni de ninguna otra mina.

—Comprobémoslo. —Caminó hacia la casa con él detrás y fue directamente a la cocina donde su tía estaba puliendo piedras con

un pequeño torno.

Betty frunció el ceño. —¿Qué pasa?

—Espera. —Descolgó el teléfono de la pared y se lo puso al hombro mientras marcaba a toda prisa. Entonces se dio cuenta de que no había tono y pulsó el botón dos veces. —No tenemos línea. ¿Qué rayos…? —Juró por lo bajo antes de colgar. —Voy a casa de Harry Winston.

—¿Qué pasa, niña? —Betty miró a Clay. —¿Chico?

Fue Opal la que contestó —Al parecer Mike llegó al pueblo el jueves pasado y no habló de Winston con nadie. El viernes se presentó aquí. ¿No es raro? Clay dice que solo preguntó por mí en el pueblo.

Su tía frunció el ceño antes de mirar el agujero por la ventana. —¿No me digas? Ve a ver al viejo.

Asintió y miró a su amigo que la siguió. —Te llevo.

Corrieron hacia la camioneta de Clay y se subieron a toda prisa. En cuanto su amigo arrancó preguntó —¿Crees que te ha engañado?

—Sé que me ha engañado. Cuando llegó aquí se hizo el desamparado con que Winston le había estafado y que había

invertido mucho dinero. Que necesitaba mi mina. Le rechacé y regresó una semana después. Antes de ayer.

Su amigo la miró de reojo. —Es evidente que vino directamente en busca de tu mina.

Miró a su alrededor, sus tierras. Por supuesto que podía haber ópalo incluso por debajo de la carretera que estaban atravesando, ¿pero por qué tanto interés en mentir? ¿Por qué tanto interés en su mina? Había otras, puede que no tan explotadas, pero sí muy rentables si se quería trabajar. ¿Por qué preguntó específicamente por ella y había ido hasta allí desde los Estados Unidos? Eso es lo que tenía que averiguar.

Cerró la puerta del coche delante de la gran caravana donde vivía el viejo y gritó —¡Winston! ¡Soy yo!

La puerta de la caravana se abrió mostrando la cara del hombre con su espesa barba canosa. Opal sonrió. —¿Cómo te va, viejo?

—Pero si es la niña Flaherty. —Bajó los tres escalones con agilidad y la abrazó como un oso. —¿Qué haces aquí, pequeña?

—Tengo que preguntarte algo. —Se apartó para mirarle a los ojos. —¿Has negociado la concesión con un tipo americano?

Él frunció el ceño. —Hablé con uno por teléfono hace un par de meses. Tenía previsto venir hasta aquí a sacar ópalo, pero cuando me dijo que también quería la tuya el trato no fue a más.

Se le cortó el aliento. —¿La mía?

—Creo que esperaba que te convenciera o algo así. Como somos vecinos pensaría que te conocía, pero yo no pensaba hablar de esto contigo. Tú ya has cambiado de vida y así debe seguir. Esa mina…

—¿Qué te preguntó de mí?

—No mucho. Oh sí, me preguntó si mis tierras eran tan grandes como las tuyas. Le dije que tú tenías más terreno. Cinco hectáreas más. Me dio la sensación de que se interesó por tus tierras mucho más que por las mías.

Asombrada miró a Clay. —¿Qué se propone?

—Ni idea. ¿A qué trato habéis llegado?

—Cincuenta, cincuenta.

El viejo silbó. —Un trato estupendo, niña. Si saca algo. ¿Es bueno?

Entrecerró los ojos. —Tengo la sensación de que es mucho más bueno de lo que me ha hecho creer. ¡Ese capullo me ha tomado el pelo! —Furiosa fue hasta la camioneta y se subió antes de gritar —¡Clay, tengo prisa!

Su amigo silbó por lo bajo. —Que se prepare el yanki.

El viejo rio con ganas. —Está calentita, se lo va a comer vivo.

# Capítulo 6

Mike sudaba a mares. Debía estar a cuarenta y cinco grados de temperatura y ya tenía la camiseta totalmente empapada. Tiró el pico a un lado y se agachó para coger la botella de agua que tenía apoyada en la pared. Bebía sediento cuando escuchó un ligero chirrido. Frunció el ceño y apartando la botella miró hacia el túnel que llevaba al exterior. El chirrido cada vez se oía más y le parecía escuchar el sonido de un motor. Caminó hacia la salida mirando el techo por si alguna de las vigas estaba cediendo y cuando llegó a la escalera que ascendía vio como una chapa de acero empezaba a cubrir el agujero. —¡No, no! ¡Nena, estoy aquí!

Empezó a subir los escalones de hierro tan aprisa como podía ignorando los restos de grava que caían sobre él. —¡Opal, estoy aquí!

La chapa cubrió el agujero hasta la mitad, pero siguió avanzando. —¡Joder, estoy aquí!

De repente se detuvo dejando una ranura de unos quince centímetros y apagó el motor del tractor. Mike suspiró de alivio porque le había oído. —Nena, estoy aquí, ¿qué coño haces?

Se escucharon pasos sobre la gravilla y de repente tres cabezas aparecieron sobre el agujero. Una del tipo con el que había hablado en la ciudad. —Clay…

Él sonrió. —Mike, no puedo decir que sea un placer verte de nuevo.

—¿Has venido a chivarte?

—He venido a hablar con mi amiga ya que no me cogía el teléfono. ¿Has cortado la línea?

Mike apretó los labios antes de mirar a Opal a los ojos. —Puedo explicarlo.

—Eso estoy esperando, una explicación. Porque sino te juro por los muertos que se ha llevado esa mina, que vas a encontrarte con ellos —dijo fríamente.

—Déjame salir y lo hablamos.

—Y una mierda. ¿Para que me mientas de nuevo? —gritó furiosa.

—Mi niña tiene muy mala leche cuando se cabrea —dijo su tía con una sonrisa maliciosa en los labios—. Seguro que eso también te lo han dicho en el pueblo. Es lo que tiene criarse entre mineros, que a veces tenemos que imponernos y mi nieta ha aprendido a hacerlo, te lo aseguro.

—Eso no lo dudo.

—¡Habla de una vez! —gritó Opal—. ¡Sabías de quien era esta mina desde hace meses!

—Sí, lo sabía.

—¿Y?

—¿Y? ¡Necesito el dinero, ya te lo dije!

—Uy niña, que a medida que habláis se está inventando otra cosa.

Opal enderezó la espalda. —Te juro que no vas a salir de ahí hasta que sepa la verdad.

—¡Esa es la verdad! ¡Necesitaba el dinero y sabía por un amigo que tú tenías una mina casi sin explotar por lo ocurrido con tu familia!

—¿Qué amigo?

—¡Un minero que estuvo aquí hace dos años! ¡Martin Thompson! ¡Le conocí en el Yukón! ¡Decía que jamás había conocido una mina más peligrosa que esta y que después de oír lo que le había pasado a tu padre, había preferido el oro! ¡Me habló de vosotros, de la fortuna que podía haber en tus tierras y decidí venir cuando John tuvo problemas! ¡No tenía otra opción!

¿Martin Thompson? Frunció el ceño y miró a Clay. —¿Le conoces?

—Era un vago que trabajaba para Luke Tyler. Luke se quejó de él tantas veces que me quedé con el nombre. Es cierto que se largó poco después del derrumbe que se llevó a nuestros padres. —Clay le miró con los ojos entrecerrados. —¡Pero por qué disimulaste con ella! ¡Por qué has cortado la línea!

—¡Sabía que si no tenía una buena excusa para pedir trabajo en su mina, no me darían ni la hora! Por eso conté lo de Winston. ¡Tenía que lograr que sintieran pena por mí! ¿Qué por qué corté la línea? ¡Porque sabía que alguien se chivaría de que había estado en el pueblo! ¡Quería que me conocieran primero y que así se pensaran mejor pegarme un tiro por mentir con lo de Winston, joder!

—Y como somos mujeres y tenemos un corazón tan grande, nos contaste todas esas patrañas para que nos compadeciéramos de ti —dijo su tía mosqueada.

Opal le miró fríamente. —Está mintiendo, tía. No te creas nada, ha mentido desde que se bajó de su camioneta.

—¡Joder nena, te juro que no!

—No le creas, Opal —dijo su amigo apretando los puños y dando un paso hacia el agujero—. ¡Tú quieres robarles y liquidarlas! ¡No es la primera vez que se hace eso por aquí y solo tengo que verle el cuello a mi amiga para saber que no eres trigo limpio!

Mike miró a Opal a los ojos. —Sabes que eso te lo hice sin querer.

—Al parecer siempre tienes excusa para todo.

—Es lo que tienen los mentirosos —dijo Clay—. Un montón de excusas.

—Sí, sabía que esta mina está casi virgen antes de llegar, ¡joder! ¡Pero jamás he querido hacer daño a nadie!

Su tía la miró preocupada. —Si se ahorraba nuestra parte, con las piedras que ha sacado ya tenía un pico para una buena temporada.

—Cierto. Más lo que sacara hoy, sería un buen dinero. —Sonrió maliciosa. —¿Cuántos días creías que iba a continuar en la inopia? ¿Una semana más? ¿Diez días…?

—Sabía que al final alguien te lo contaría. ¡Es una ciudad pequeña, se conoce todo el mundo y en cualquier momento habría que ir a la tienda o a la ferretería! —Suspiró. —Nena, ¿crees que si te pasara algo yo saldría indemne? ¡Sería el primer sospechoso!

Los tres se miraron y Clay hizo una mueca. —En eso tiene razón. Hasta el sheriff sospechó de él. Si os hubiera pasado algo, todos los del pueblo habríamos pensado que él había tenido algo que ver.

—¿Ves?

Opal sin saber que pensar se volvió.

—¡No, no! ¡No estoy mintiendo! —Los demás se volvieron sin decir palabra y se alejaron del agujero. —¡No me dejéis aquí! ¡Joder nena, estoy sudando a mares!

La cabeza de Opal apareció sobre el agujero. —No piques más. ¡Ni se te ocurra tocar una sola piedra de mi mina! —gritó antes de volverse.

—¡Dame agua por lo menos!

Les escuchó alejarse y Mike suspiró apoyando la frente en el escalón de acero. —Estupendo.

Dos horas después Clay, la tía y Opal estaban comiendo. Su amigo miró hacia el agujero. —¿Cuánto vas a dejarle ahí?

—Lo suficiente como para que no vuelva a mentirme en su vida.

Su tía soltó una risita. —Va a ser un marido estupendo en cuanto le meta en vereda.

—Tía, eso aún no lo tengo decidido.

—Chorradas. Claro que lo has decidido, casi te acuestas con él.

—¿De veras? —preguntó Clay asombrado.

—Uy, tengo que vigilarles de cerca. Este me la desvirga antes de que me dé cuenta.

Se puso como un tomate por la mirada de los dos. —¡Dejadme en paz!

Su amigo se echó a reír. —Ya va siendo hora.

—Cállate.

—La verdad es que después de oír lo que está haciendo por su amigo, es evidente que no es mal tipo y que lo ha pasado mal en el ejército. —Clay miró hacia la ventana. —Y el equipo que tiene se nota que es nuevo, así que eso secunda su versión sobre que lo compró todo para tu mina.

—Lo sé. O es alguien muy seguro de sí mismo o es un loco. Mira que gastarse cuarenta mil dólares en todo eso cuando solo necesitaba el pico y el generador…

Clay carraspeó. —Ya tienes mala leche para obligarle a picar así cuando tiene ahí un martillo neumático que sería la envidia de cualquier minero de la zona.

Soltó una risita. —Así corre menos riesgos con las vibraciones y salen las piezas más enteras.

—Y tardará más en encontrar algo.

—Eso también.

Clay rio por lo bajo volviendo la vista hacia la tía. —¿Y no ha protestado?

—Es un novato, se deja llevar por todo lo que dice mi niña.

Su amigo alargó la mano hasta el alféizar de la ventana donde ya había algunas piezas pulidas. —Son de muy buena calidad.

Opal se encogió de hombros. —Hay de todo. —Miró hacia el agujero y gruñó levantándose. —Voy a por él antes de que se desmaye.

—Llévale agua —dijo la tía divertida.

Cogió una botella de agua de la nevera y salió por la puerta de la cocina.

—¿Crees que de veras es el elegido?

Su tía sonrió de oreja a oreja. —Será el marido perfecto para mi niña en cuanto se le quiten esos traumas y aprenda de veras lo que es la minería.

—Pero si sigue trabajando ahí, esa mina se lo llevará.

La tía entrecerró los ojos. —Espero que pasen muchos años antes de que eso suceda.

Clay miró a su amiga acercándose al agujero como si no tuviera ninguna prisa. —Le necesita y si ya le ama y creo que sí por cómo se comporta con él, lo pasará muy mal como le ocurra algo.

Se acercó al agujero y miró hacia abajo para verle aún allí colgado intentando que le diera el aire. —¿Eres tonto? Te está dando

el sol.

La miró como si quisiera matarla y Opal sonrió mostrándole la botella. —¿Aguita?

—La madre que te parió —dijo entre dientes—. ¡Nena, quita esta cosa para que pueda salir!

—Por…

—¿Por? ¡Te juro por mi santa madre que esto me lo vas a pagar! ¡Cuando salga de aquí ya puedes correr!

—Por…

Gruñó antes de sisear —Por favor, ¿me das el agua?

—Así me gusta. —Se la tendió y él la cogió ansioso. —Hace calor, ¿verdad?

Sin dejar de beber la miró con ganas de estrangularla. —¿Qué has aprendido con todo esto?

Dejó caer el resto del agua en el agujero y sacó el brazo para intentar agarrarle la pierna. Opal dio un salto atrás y se echó a reír.

—¡No tiene gracia!

—Claro que no la tiene. ¡No me mientas más!

—¡Necesitaba tu mina, joder!

—¡Y yo necesito que no me mientas!

Mike suspiró. —Nena, si te hubiera dicho que un minero me había hablado de tus tierras y que había venido hasta aquí para explotarlas, que había invertido tanto dinero para que me dejaras la concesión porque sí, hubieras pensado que estaba loco.

—¡Es que estás loco! ¿Y si te hubiera dicho que no? ¿Y si hubiera seguido en mis trece?

—¡Por eso mentí!

Entrecerró los ojos pensando en ello. —¿Y si hubiera sido hombre?

Esa pregunta le sorprendió. —¿Qué?

—¿Qué mentira me hubieras dicho?

—¿Qué?

Dio un paso hacia el agujero. —¿Además han pasado dos años desde que ese minero te habló de mí? ¿Y si hubiera vendido mis tierras? ¿Y esa maquinaria? ¿Dónde la compraste? ¿Y por qué llamaste a Winston para obtener la concesión de sus tierras si pretendías tener las mías? ¿Cómo pensabas explotar las dos? — Entrecerró los ojos. —No, aquí hay cosas que no me cuadran… — Puso las manos en jarras. —¿Qué me ocultas? ¡Habla de una vez!

—Nena, te has contestado a ti misma.

Parpadeó sorprendida. —¿De veras?

—Llamé a Winston para averiguar si aún tenías las tierras. No pretendía su concesión, solo quería averiguar si aún tenías tus tierras. La maquinaria la compré a cien kilómetros a un tal Pivodi.

Le conocía, era un tipo legal.

—Él me vendió lo que necesitaba. Y él me aconsejó que material comprar. ¡Ahora quita esto, joder!

La verdad es que haber llamado a Winston para averiguar si ella aún tenía las tierras había sido algo brillante. —¿Y cómo sabías el número de Winston?

—¡Hostia, pues por el anuncio que ha puesto en internet para los pringados que quieren venir aquí a picar con su mina!

Separó los labios de la impresión. —¿Qué anuncio?

—¿No lo has visto? Anima a los aventureros a hacerse ricos con su mina de ópalo. Cuando investigué la zona me salió el anuncio y le llamé para sonsacarle información.

—Leche con el viejo. —Salió corriendo hacia la casa.

—¡Pero no me dejes aquí!

Subió los escalones del porche de un salto y entró en la casa como una exhalación. Asombrada miró a Clay. —¡El viejo tiene internet! —gritó como si fuera lo más fascinante del mundo.

—Oh… —Su amigo asintió. —Tiene una conexión vía satélite desde hace unos tres o cuatro meses. ¿No te lo había dicho?

—¡No! —chilló de la alegría—. ¡Tía tenemos que coger una conexión de esas! —Salió corriendo de nuevo y saltó los escalones del porche para subirse a la camioneta y salir de la finca quemando yanta.

Clay chasqueó la lengua observando a través de la ventana cómo se alejaba. —A ver si estás equivocada con eso de que le quiere… Le ha hecho más ilusión lo del internet que sacar del agujero al amor de su vida.

La tía hizo una mueca. —Es que han sido demasiadas decepciones con compañías que le prometían que tendría cobertura para después no tener ni media rayita. Le ha hecho tanta ilusión que se ha olvidado del chico.

—¿Y eso no te indica nada? —preguntó incrédulo.

La tía lo pensó y de repente se encogió de hombros. —Bah, le acaba de dar agua. Aguantará hasta que llegue.

# Capítulo 7

A las tres de la mañana Opal frenó ante la casa y se bajó de la camioneta. Suspiró apoyando las manos en las rodillas viendo la luz en la planta de abajo y gimió por el dolor en el costado antes de enderezarse. La mosquitera se abrió de golpe y salió Mike con cara de mala leche. —¿Dónde coño has estado?

—¿Ya te han sacado? —preguntó acercándose al porche.

—¡Y menos mal que Clay tiene dos dedos de frente! ¡Llevo esperándote horas!

Subió los escalones dolorida y Mike frunció el ceño. —¿Estás herida?

—No es nada. —Pasó ante él para entrar en la casa y al ir hacia la cocina vio a su tía sentada a la mesa. —Lo siento.

—¿Lo sientes? —gritó Mike—. ¡Estaba muerta de preocupación! ¿Qué ha pasado?

—Me han detenido, ¿vale? —Abrió la puerta de la nevera para sacar una cerveza y cuando se volvió vio su cara de pasmo. —No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¡Me muero de curiosidad por saberlo todo!

—Niña…

Bebió de su cerveza y se acercó a la mesa para sentarse ante su tía. —Fui a ver a Winston para lo de internet y me pidió que ya que iba hacia el pueblo llevara un paquete a correos. Y allí que fui. Estaba a punto de que Nancy me atendiera cuando llegó Luke. Se empezó a meter conmigo y se lio.

La tía apretó los labios. —¿Le diste su merecido?

—Bueno… —Soltó una risita. —Digamos que el dentista que le revise el diente también va a tener que coserle medio labio.

Sonrió satisfecha. —Bien hecho.

—¿Bien hecho? —preguntó Mike pasmado—. ¡Se ha liado a golpes con un tío!

—Casi ni me dio. —Se tocó el costado antes de beber levantando el otro brazo.

Él no perdió detalle y se agachó. —Déjame ver.

—No es nada.

—¡Hostia déjame verlo, mujer!

Suspiró levantando la camiseta y vieron el morado que tenía en el costado. —He tenido golpes peores.

Mike le levantó más la camiseta para verlo bien. —¿Te lo ha visto un médico?

—Sí, no tengo nada roto. Tranquilos. —Bebió de nuevo. —Y menos mal que tenía esto porque el sheriff me ha dicho que si hubiera salido limpia, el juicio no me lo quitaba nadie.

Su tía se levantó para verlo bien. —Ese imbécil siempre molestándola. —Miró a Mike. —¡A ver si haces algo! ¡Se cree que porque es una mujer sola puede decir de ella lo que le dé la gana!

Mike se enderezó. —¿No me digas?

—Tía, me arreglo sola. —Le advirtió con la mirada. —No te metas, Luke es muy rencoroso.

—¿De veras? —Se cruzó de brazos. —¿Qué fue lo que te dijo?

—Bah, lo de siempre. —De repente sonrió. —¡Tenemos internet! Vendrán mañana a arreglarlo. Es un chico muy amable, se enteró de lo que había pasado cuando estaba arreglando algo en la casa de Betsy Carter y se acercó a la oficina del sheriff. Muy eficiente, sí señor. Y vendrá mañana mismo.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó su tía demostrando que no dejarían el tema.

—¿No podéis dejarlo estar?

—No —contestaron a la vez.

Apretó los labios dejando la cerveza encima de la mesa y se la quedó mirando. —Intenté evitarle, le di la espalda y le di el paquete a Nancy. Estaba pagando el envío cuando picó mi hombro. Me volví para ver que el que estaba detrás de mi había desaparecido y que tenía a Luke justo a mi espalda. ¿Cómo estás, palomita? Nancy le dijo que me dejara en paz, pero no le hizo caso. Estábamos solas y se hizo el gallito ante Nancy, me cogió del hombro y me volvió intentando intimidarme. Se acercó mucho, demasiado y me dijo que si quería ir a tomar una cerveza. Yo le dije que no iría con él ni a la vuelta de la esquina y se lio. —Les miró. —Fin. ¿Ahora puedo irme a la cama? Ya he cenado en mi celda.

—No —dijeron los dos a la vez. Mike miró a la tía—. ¿La crees?

—Qué va, aquí hay mucho más detrás.

—Opino lo mismo.

—¡Venga ya, quiero irme a la cama!

—Nena…

Frustrada gritó —¡Me preguntó de muy malas maneras que quien me había hecho lo que tengo en el cuello! ¡Yo le dije que no era asunto suyo y se lo tomó fatal! ¡Cree que me voy a casar con él desde que estábamos en el instituto! ¡Entonces me gritó si había sido el americano y yo le contesté que no! Me dijo que mentía y ya le veía viniendo aquí para montar la bronca, así que le provoqué un poquito. Le dije que estaba fatal de la cabeza, que si creía que era mi dueño para meterse en mi vida. —Les miró asombrada. —¡Y me dijo que sí! ¡Qué no pensaba que yo fuera como esas zorras que van al bar de Jerry para abrirse de piernas por cuatro pavos! Así que le arreé. No sé qué me dio, la verdad, pero me tiré sobre él cómo un koala. Esto me lo hizo al intentar apartarme, me di contra el mostrador.

Su tía gimió sentándose de nuevo. —Estupendo.

—¿Eso te lo ha hecho un pretendiente? —preguntó Mike incrédulo.

—Es un poco bruto, pero para bruta yo. —Se levantó. —Buenas noches.

—¿Y si le gustas por qué se mete contigo? —No salía de su asombro.

—Anda este, porque sino mi niña no le da ni la hora. Seguro que es su manera de intentar conquistarla.

Entonces escucharon el sonido de un motor y los tres se acercaron a la ventana.

—Estupendo —dijo Opal.

—¿Es él? —preguntó Mike de mala leche.

—Han debido soltarle también.

—La madre que…

Salió de la cocina tan aprisa que no le dio tiempo a parpadear y cuando Opal llegó al porche vio salir de la camioneta al rubio de dos metros que aún tenía sangre en la barbilla. —¿Qué haces aquí, Luke? —preguntó molesta.

No le hizo ni caso. Miraba a Mike con rabia. —¿Eso del cuello de mi chica se lo has hecho tú?

Opal sintió como se tensaba toda su espalda. —¿Cómo la has llamado?

—Te voy a matar, cabrón.

Mike bajó un escalón. —Nena, entra en la casa.

—¡Y una mierda! ¡Estaos quietos que no tengo ganas de fiesta! ¡Luke lárgate a tu casa!

—Esto te pasa por liarte con gente de fuera, pero te perdono, palomita. Sabes que te esperaré siempre.

—Tío, ¿es que no entiendes que no quiere nada contigo? —gritó Mike furioso.

Luke muy cabreado le miró apretando los labios. —¡No pienso dejar que esté con un mamón que la pega!

—¿Un mamón como tú, quieres decir?

Entonces Luke la miró preocupado. —Palomita, ¿te hice daño? ¡Joder, es que me pegabas con saña y solo quería apartarte!

Mike puso los ojos en blanco antes de mirar a Opal. —¡Este tío está enamorado hasta las trancas!

Hizo una mueca antes de levantar la barbilla. —No le he dado motivos.

—¡Sí que me los ha dado! ¡Me besó en el instituto!

—¡Oh, por Dios! —dijo con rabia—. ¡Tenías que contarlo!

—¿Le besaste? —preguntó su tía asombrada—. Si te cae fatal.

—Pero está bueno. Y para uno bueno que había en el instituto… Quería que alguien me besara, ¿vale? ¡Tenía dieciséis años, Luke ya era del último curso y era el mejor candidato!

Luke sonrió. —Sí que lo soy, preciosa.

Mike no salía de su asombro. —Oye, tío… ¡Qué por un puñetero beso no tiene que cargar contigo el resto de su vida!

—Claro que tiene —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿No la has oído? No hay un candidato mejor.

—¡Pues ahora estoy yo aquí!

A Opal se le cortó el aliento sintiendo un vuelco al corazón porque parecía que hablaba muy en serio. —Ah, ¿sí? Pero tú te vas a ir.

Él gruñó mirándola sobre su hombro. —Mejor hablamos de esto luego.

—¡No, lo hablamos ahora! —gritó Luke dando un paso hacia él—. ¡Es mía, joder! ¡Llevo esperándola años!

—Este tío me está calentando —dijo entre dientes antes de fulminarle con la mirada—. O te largas o te van a tener que poner

todos los dientes, eso te lo juro por mis muertos.

—El que se va a largar vas a ser tú cuando acabe contigo, hijo de puta.

Cuando se tiró sobre Mike, Opal chilló bajando un escalón, pero su tía la agarró de la camiseta gritando —¿Estás loca? ¡No te metas entre ellos o te descalabrarán!

Ambos se pegaban con rabia, pero pronto fue evidente que Mike sabía defenderse más que bien y suspiró del alivio. —¡Cariño, no le pegues mucho! ¡Tiene que volver a casa!

—¡Vale! —gritaron los dos a la vez antes de que Mike arreara un puñetazo a Luke que le hizo trastrabillar hasta chocar con su camioneta, pero no se daba por vencido y admiró su entrega.

—Está loquito por tus huesos —dijo su tía a su lado—. Recuérdame por qué te cae tan mal, porque es cierto que es un candidato estupendo. Tiene minas por todo el contorno y se gana muy bien la vida.

La fulminó con la mirada. —El beso fue totalmente decepcionante, ¿vale? ¡Y me cae mal porque no dejaba de insistir espantando a todo el que se me acercaba!

Luke con la nariz llena de sangre se detuvo mirándola asombrado. —¡Tenía diecisiete años y lo hacía por primera vez! ¡Te aseguro que ahora lo hago muchísimo mejor!

—¿Quieres estar atento? —gritó Mike antes de volverse—. ¡Así no se puede pelear como Dios manda!

—¡Basta! ¡Luke vete a casa! —Le señaló con el dedo. —¡Y te juro por mi padre que está bajo tierra, que como vuelvas a invitarme de nuevo, te parto las piernas! ¡Como vuelvas a insinuar que porque tengo una relación con otro soy una zorra o algo por el estilo, hago que te tragues las pelotas! Y no necesito a Mike para hacerlo, ¿me has entendido?

—Preciosa, eso de la zorra lo entendiste mal —dijo molesto antes de recibir un puñetazo de Mike que le hizo perder el sentido cayendo al suelo tan largo como era.

Asombrada le miró. —¡Le has pegado a traición!

—¡Estaba en medio de una pelea! —Pasó a su lado. —Estos australianos están locos, joder —dijo por lo bajo.

Jadeó indignada volviéndose. —¡Repite eso!

La miró sobre su hombro. —¡Me voy a la cama!

Frunció su naricilla. —¡Espera que tengo que ir a por las cadenas!

Volvió para mirarla. —¿Qué cadenas?

—¿No pensarás que voy a dejar que te levantes y me estrangules de nuevo?

Él gruñó volviéndose y Opal sonrió antes de girarse hacia su tía. —No ha protestado.

—Ya, niña… —Miró a Luke tirado en el suelo. —Así que si se mete contigo es porque quiere casarse. —La fulminó con la mirada. —¡Y tú me lo has ocultado años!

—Pobrecito, está muy perdido en la vida.

Entró en la casa y su tía la siguió. —Me has mentido.

—No es cierto, simplemente no te lo contaba todo.

—¿Por qué?

—¡Anda esta, porque sino sabía que querrías boda con el mejor partido del contorno! ¡Con dieciocho ya hubiera estado casada! ¡Y no quería, no le quiero y sé que no le querré nunca!

Se acercó y susurró —¿Seguro? Aún podemos deshacernos del americano.

—¡Lo he oído! —Ambas miraron hacia el techo. —Nena, ¿traes las cadenas o no?

—Mierda, las cadenas…

Se volvió para salir de la casa y su tía suspiró. —Qué pena. Está claro que a los Flaherty nos gustan las complicaciones.

—¡Eso también lo he oído!

—¡Hazle daño a mi niña y te capo! —gritó desgañitada subiendo lentamente las escaleras.

Mike se asomó por la barandilla ya sin camiseta. —¿En algún momento se van a terminar las amenazas?

—Cuando tenga un anillo en el dedo puede que me lo piense.

Él carraspeó. —No corramos tanto.

—El que corres eres tú con esos besos que chupan hasta el alma. No juegues con ella, ¿me oyes?

—No estoy jugando con ella. ¡Joder, estas cosas surgen!

—¡Tía, ya está bien!

Ambos miraron hacia abajo para verla en el hall con unas finas cadenas en las manos.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Mike con desconfianza.

Las levantó mostrándolas y le miró maliciosa. —Espera y verás.

Mike tumbado en la cama con la sábana por encima dijo —Ya puedes pasar.

Decidida entró y fue hasta su tobillo. Cuando mostró algo de cuero Mike preguntó —¿Qué es eso?

—Es para atar los tobillos de mi caballo cuando le duele. Ya está mayor. A veces cojea si le doy mucha caña. Me lo aconsejó Winston, que sabe de estas cosas. —Rodeó su tobillo con el pedazo de cuero y se lo cerró con la correa. Entonces metió la cadena por la correa y rodeó el poste de la cama antes de sacarse un candado del bolsillo del vaquero y cerrarlo entre dos eslabones. —Listo.

—¿Me vas a dejar así?

Distraída miró su rostro. —Claro. Me has dicho que no puedo cerrar la puerta.

Hizo una mueca. —No sé qué es peor. Nena, que tengo un trauma.

—¡Más trauma tengo yo después de lo de ayer! —Salió de la habitación cerrando de un portazo. —¡A dormir!

—¿Ni un besito de buenas noches?

—¡Para besitos estoy yo! —Cerró la puerta de su habitación de otro portazo y sonrió. —¿Qué les das a los hombres? Es que no lo entiendo, la verdad. —Se acercó a la ventana para ver que Luke sentado en el suelo sacudía la cabeza de un lado a otro antes de mirar la casa. Abrió la ventana y gritó —¡Vete a tu casa antes de que saque la escopeta!

—Palomita, estoy herido.

—¡Pues vete al médico! —Cerró la ventana de golpe y suspiró poniendo los brazos en jarras. —Cuando hay hombres a tu alrededor, tu vida se complica mucho. Piénsate bien eso de querer casarte…

Algo la alertó y abrió los ojos antes de volverse para mirar el techo. Escuchó un gemido en la habitación de al lado y suspiró. —Mierda. —Se levantó y salió de su habitación cogiendo el cubo que tenía en el pasillo. Abrió la puerta de la habitación de Mike y sin acercarse le tiró el cubo de agua en toda la cara.

Asombrado la miró como si no se lo creyera. —¿Pero qué haces?

—A ti te quito yo esos sueños como me llamo Opal. —Cerró de un portazo. —¡Ahora a dormir!

Parpadeó mirando la puerta cerrada antes de dejar caer la cabeza sobre la almohada. La verdad es que estaba mucho más fresco. Suspiró llevándose una mano a la frente pensando en ella y de repente esa parte de su cuerpo situada entre sus piernas se elevó bajo la sábana. Hizo una mueca mirando hacia allí. —Olvídate amigo, no está por la labor.

—¿Necesitas otro cubo? —preguntó ella al otro lado de la pared.

Él sonrió. —No, gracias.

—Hasta mañana.

—Que descanses, nena.

Fue la tía Betty quien llegó con la llave por la mañana. Mike sentándose en la cama intentando que no se le viera nada frunció el ceño. —¿Y Opal?

—Ya ha salido. Hoy tiene muchas cosas que hacer y a ti se te han pegado las sábanas. Me ha dicho que al quitar la chapa del agujero tengas cuidado de no destrozar la entrada del hoyo. —Se volvió para salir de la habitación. —Date prisa, se te enfría el desayuno.

Cuando minutos después entró en la cocina Betty sonrió. —Has dormido bien, ¿eh?

—¿Lo del cubo fue idea tuya? —preguntó con ironía.

—La niña no se anda con chiquitas. —Miró por la ventana. —Hoy va a haber tormenta.

Mike vio el cielo totalmente despejado. —¿No me digas?

—Por eso se ha ido tan temprano, va a llover muchísimo, así que si bajas controla el nivel del agua.

Con el tenedor en alto se detuvo para mirarla. —¿Tanto crees que va a llover?

Betty asintió antes de servirle un café bien caliente. —Ya he pulido las piedras. —Le señaló un gran bote de cristal que tenía en su interior las pocas piedras que habían conseguido. —Espero que lo llenes.

—Joder, nada me gustaría más —dijo comiendo con ganas.

—Que tenga color, chico. Eso es lo que tienes que conseguir.

Opal estaba empapada cuando llegó a casa y miró hacia el agujero que estaba abierto. Juró por lo bajo por toda el agua que estaba cayendo por él como si fuera una alcantarilla y corrió hacia allí ignorando el dolor del costado. —¡Mike! ¡Mike sube!

No le contestaba y juró por lo bajo antes de mirar hacia la casa. No veía a la tía en la ventana, así que empezó a bajar por la escalera. Cuando llegó abajo gritó —¡Mike!

—Nena, no te vas a creer esto.

Cogió un casco y se lo puso encendiendo la luz. —Mike está lloviendo mucho, tienes que subir. —Dio la vuelta a la esquina para ver algo que le cortó el aliento porque los focos que Mike había puesto lo hacían relucir de manera impactante. Era el ópalo negro más grande que había visto nunca. Debía medir unos diecisiete centímetros de largo.

Mike sonrió. —Lo tenemos, nena.

Impresionada se dejó caer de rodillas ante él para tenerlo a la altura de la vista y lo acarició con las yemas de los dedos antes de

seguir la veta que había guiado a Mike hasta allí.

—Lo conseguimos.

Opal sonrió antes de mirarle. —Lo has conseguido.

—Sin ti nunca lo hubiera encontrado. Tú me guiaste. —Miró hacia él. —¿Cuánto crees que tendrá en profundidad? He intentado quitar lo que tenía delante con cuidado, pero si meto el pico más temo romperlo.

—Habrá que sacar una pieza que lo rodee en un solo bloque.

—¿Y si lo parto por la mitad?

—Lo haré yo. Dame el pico.

—Nena, tu tía se va a volver loca como sepa que estás aquí.

—No se enterará, piensa que estoy todavía con las reses, dame el pico —dijo impaciente—. Venga, no pierdas el tiempo.

Él suspiró agachándose y le dio el pico. —Mientras haces eso voy sacando con el aspirador los restos que hay en el suelo. Igual entre tanta piedra hay algo que se me haya escapado.

—Vale —dijo ya concentrada en cómo empezar a picar para no dañar la pieza. Miró varios centímetros por encima de ella y puso el pico más a su derecha. Empezó a dar golpecitos para hacer una pequeña ranura y siguió por la piedra poco a poco hasta rodear la

pieza mientras Mike pasaba el tubo por su alrededor. Cuando él terminó suspiró dejándose caer a su lado y apoyando la espalda en la pared la observó. —Espero que el agua no llegue hasta aquí, estamos un poco más altos que la entrada de la mina. —Miró hacia el ópalo. —Preciosa, vas muy despacio.

—La paciencia es una virtud, ¿lo sabías?

Mike sonrió y ella siguió picando. Después de unos minutos en la que la siguió observando le miró de reojo. —¿No tienes nada que hacer?

—¿Alguna vez has hecho el amor aquí abajo?

Su corazón saltó en su pecho de manera alarmante y con el pico en alto volvió la cabeza para mirarle con los ojos como platos. —¿Qué?

—Me muero por ver tu rostro cuando te corres. —Se acercó lo suficiente como para que Opal sintiera su aliento. —Joder, eres preciosa. —Rozó sus labios con los suyos. —Y sabes a gloria. Estoy deseando lamer cada parte de tu cuerpo —dijo con voz ronca cogiendo su otra mano para ponerla en su entrepierna. Opal sintió su dureza y la sangre fluyó por sus venas de manera alocada dejando caer el pico al suelo. Mike la cogió por la nuca y atrapó su

boca como si estuviera hambriento. Su corazón se aceleró y se abrazó a su cintura pegándose a él. Ambos perdieron el control, se besaron como posesos y antes de darse cuenta estaba tumbada en el suelo. Mike apartó sus labios para mirar su rostro y con la respiración agitada metió la mano por la cinturilla de su vaquero para acariciarla entre las piernas. Opal gimió al sentir su roce e inclinó su cuello hacia atrás, cuello que él besó con ansias sin dejar de acariciarla. —Joder nena, es mil veces mejor —susurró contra su oído. Ansiosa llevó las manos a su vaquero y se lo abrió a toda prisa apoyándose en los talones para bajárselo hasta las rodillas. De repente la puso de costado para que le diera la espalda y sintió como arrastraba sus braguitas antes de acariciar su trasero. Gimió cerrando los ojos cuando sus dedos rozaron sus húmedos pliegues. Le sintió tras ella y Opal alargó el brazo para acariciar su cuello. —¿Te gusta, nena? —En ese momento su miembro la rozó y su corazón casi chilla de felicidad porque iba a hacerla suya. Volvió su rostro y le miró a los ojos mientras entraba en su ser de un solo empellón. Vio su cara de desconcierto, pero ella solo sonrió.

—Joder, no dejas de darme sorpresas —dijo antes de sonreír y besarla suavemente en los labios—. ¿Te ha dolido?

—No.

La abrazó por la cintura para pegarla más a él y al sentir como se deslizaba en su interior Opal gimió de placer. —Te siento. —Se aferró a su brazo. —Me llenas.

—Tienes que acostumbrarte a mí. —Besó el lóbulo de su oreja y gimió. —Joder, me abrasas.

—¿De veras? —Opal se movió sin querer y ambos gimieron al sentir como salía de su cuerpo. Él la agarró por la cintura con más fuerza reteniéndola antes de entrar del todo en su interior. —¡Dios!

—Nena, no puedo más.

—¡Muévete!

Él lo hizo con contundencia robándole el aliento y cuando la embistió de nuevo tampoco estaba preparada para el placer que la recorrió. Con cada uno de sus movimientos la traspasaba una embriaguez increíble, sus músculos se iban tensando y su cuerpo reclamaba algo que no llegaba a entender. Cuando entró de nuevo en ella gritó de placer, pero no le dio tiempo a recuperarse porque volvió a llenarla y así una y otra vez hasta que cada fibra de su ser gritaba por liberarse. Un placer exquisito la recorrió de arriba abajo haciendo que su interior se estremeciera alrededor de su miembro y la tortura continuó cuando él aceleró aún más el ritmo. Opal

asustada por lo que estaba pasando, gritó cuando ese placer llegó de nuevo creyendo que la mataría y entonces otro estremecimiento la arrasó haciendo explotar su cuerpo, enviándola a un mundo que sabía que solo conocería con él.

Con la respiración agitada y aún atontada ni se dio cuenta de que la abrazaba ni que besaba su cuello. —Eres maravillosa —susurró, pero ella no llegó a entender porque aún sintiéndole en su interior se estremeció de nuevo entre sus brazos. Mike rio por lo bajo. Salió de su interior y la volvió para ver bien su rostro.

Opal abrió los ojos y sonrió. —. Hola.

—¿Cómo estás?

—En la gloria.

Él acarició su mejilla. —No me extraña, has llegado tres veces.

Le miró asombrada. —¿De veras?

Bajó la mano hasta su entrepierna y acarició su clítoris haciéndola temblar de placer. —Sí, nena. Me va a ser muy fácil complacerte.

Le abrazó por el cuello mirándole a los ojos. —No creas, soy muy exigente.

—¿Me estás retando? —Ella levantó una ceja haciéndole gruñir. —Tú te lo has buscado.

# Capítulo 8

Sentada a la mesa en la cena le miró a los ojos con picardía mientras Mike bebía de su cerveza. Betty miró a uno y luego al otro antes de suspirar como si fueran un caso imposible. —Bien, ¿cuándo es la boda?

Ambos la miraron sorprendidos. —¿Qué?

—Que cuándo es la boda. ¿O piensas que voy a dejar que te beneficies a mi niña sin pasar por la vicaría?

Mike carraspeó incómodo. —Bueno, es algo que… Nos estamos conociendo.

—Muy en profundidad por lo visto.

—¡Tía!

No le hizo ni caso mirando fijamente a Mike, que se tensó. —Es algo que tenemos que hablar entre nosotros.

Betty se adelantó en su asiento. —Hazle daño y te corto los huevos antes de enterrarte en ese maldito agujero. ¿Me he explicado con claridad?

Mike asintió antes de beber de su botella de nuevo mirando a Opal a los ojos que hizo un gesto sin darle importancia. —Niña, mañana hay que ir a comprar.

—¿Otra vez?

—Ahora somos tres.

—Está bien, iremos mañana. Hago las cosas temprano y nos vamos sobre las once. —Miró a Mike. —Ni se te ocurra bajar sin que haya nadie.

—Nena, que sé arreglármelas.

—Hablo en serio, si necesitas ayuda no habrá nadie y puedes morir antes de que lleguemos —dijo muy seria—. No bajes.

—Está bien. Revisaré y limpiaré lo que he sacado hoy.

Opal sonrió levantándose y cogiendo su plato. —¿Necesitas algo?

—Crema de afeitar.

—Apúntalo tía. —Fue hasta la encimera y dejó los platos.

—¿Alguien que haya trabajado en la mina ha conseguido salvarse?

La recorrió un mal presentimiento que la paralizó y sintió que el pánico la recorría haciéndola palidecer. Mike frunció el ceño mirando su espalda. —¿Nena? —Recuperando el aliento se volvió y forzó una sonrisa. —¿Estás bien?

—Sí, claro.

—La respuesta es no —dijo su tía—. Un primo mío logró salir de un derrumbamiento, pero el muy estúpido volvió a bajar cuando se le pasó el susto. Un año después ya no salió más. Aún está ahí abajo.

La miró asombrado. —¿Qué?

—El derrumbe fue tal que ahí se quedó con su hermano pequeño. —Betty se acercó. —No estoy de broma, chico. Está maldita, así que te aconsejo que te busques otro trabajo porque cada día te juegas el cuello.

—¡Betty ya está bien! —dijo pálida como la nieve.

Su tía apretó los labios. —El que avisa no es traidor.

Mike se levantó y la cogió por la cintura para abrazarla. —No pasa nada, nena. No va a pasar nada.

De repente sus ojos se llenaron de lágrimas sintiendo que la angustia la atenazaba. Era un novato, gente muchísimo más experimentada que Mike había muerto allí abajo, ¿por qué él no? Y no podría soportarlo. Él no. Se apartó para salir corriendo y Mike suspiró antes de mirar molesto a Betty.

—No me mires así, chico. Tú no has perdido a nadie por esa mina, pero yo lo he perdido todo. Si la quieres, bien harías en alejarte de ese agujero para evitar que sufra un dolor indescriptible. Porque uno se siente así cuando pierde a la persona que ama.

—Necesito el dinero —dijo entre dientes—. Deja de joder con el tema. —Señaló la puerta. —¡Ahora sí que está sufriendo y no ha pasado nada!

Apretó los labios. —Muy bien, ya no diré nada más. Atente a las consecuencias.

—Eso pienso hacer —dijo yendo hacia la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches —susurró Betty pensativa antes de volver la vista hacia la ventana para ver la chapa sobre el agujero—. Tenía que haber volado esa maldita mina hace años.

Mike abrió la puerta de la habitación de Opal y apretó los labios al verla tumbada en la cama de costado intentando retener las lágrimas. La escuchó sorber por la nariz y cerró la puerta. Se acercó a la cama para tumbarse tras ella abrazándola. Opal dio un respingo porque le tocó el costado dolorido. —Lo siento, nena.

—No pasa nada.

—No hablo de ese dolor. Te estoy metiendo en una relación que te hace recordar cosas que duelen mucho más.

Asustada le miró sobre su hombro. —¿Quieres dejarlo?

—No, no quiero dejarlo. Pero necesito ese ópalo y… Joder, hoy hasta te has arriesgado tú al bajar ahí.

Se volvió para mirarle de frente. —Hay que sacarla entera.

—Y para colmo lo hemos hecho ahí abajo como dos inconscientes. Eso no habría pasado si no hubiera venido.

—No, no hubiera pasado porque jamás lo hubiera hecho con nadie.

Mike sonrió. —Tarde o temprano hubiera aparecido alguien.

—Pero apareciste tú.

Perdió la sonrisa poco a poco antes de carraspear como si estuviera incómodo. —No quiero que te ilusiones, no quiero que esperes algo que quizá no llegue nunca. Tengo que irme, Opal.

—Lo sé. —Acarició su mejilla. —Pero mientras estés aquí… —Sonrió con picardía.

Preocupado negó con la cabeza. —Esto no está bien. Si me pasara algo…

—Deja de decir eso. Lo hecho, hecho está, deja de recordarlo, ¡estoy harta de recordarlo continuamente! —Se apartó levantándose y fue hasta la ventana para mirar al exterior. —Cuando era niña creía que yo acabaría con la maldición.

—¿Cómo, nena?

—No lo sé, es algo que he sentido desde siempre. Mi madre murió en el parto, ¿sabes?

—¿Murió en el parto?

—El médico está lejos, no dijo que le dolía y cuando mi padre se enteró ya era demasiado tarde para hacer nada por ella. Me encontró al lado de su cadáver tumbada en su cama.

—Joder, ¿parió sola?

—En aquel momento la tía no vivía con nosotros, vino a raíz de eso. Había jurado que nunca más volvería a pisar estas tierras, pero lo hizo por mi padre, por mí. Ella me ha criado como una madre y la quiero como si lo fuera. Desde pequeña la he oído renegar de ese agujero. Yo le decía que no pasaría nada, que la mina no me haría daño, pero me lo hizo, me arrebató a mi padre. No me lo podía creer. En su lecho de muerte prometí cosas que sabía que no podría cumplir. ¿No bajar de nuevo? Es parte de mí.

Mike suspiró. —Así que has bajado.

Le miró. —El año pasado tuvimos dificultades, no tenía opción si no quería perderlo todo.

—No le tienes miedo, ¿verdad? Sigues pensando que no te pasará nada.

—Sí. Soy una incauta, lo sé, pero es algo que siempre he llevado dentro. Esa mina no me matará, pero a ti…

—No digas tonterías, Opal, corres el mismo riesgo que yo.

—Te equivocas. Tú corres un riesgo mucho mayor porque no sabes lo que haces. —Dio un paso hacia él. —Por eso te ruego que jamás olvides mis advertencias y que apuntales a cada paso que des, aunque lo consideres innecesario.

—Sabes que todo este problema se solucionaría abriendo la mina, ¿no es cierto?

—¿Estás loco? —preguntó espantada—. ¿Y destrozar mis tierras para siempre?

—Tú no eres ganadera, pero si quieres continuar con las reses, puedes comprarte tierras en otro sitio. Esta es una lucha entre la mina y tu familia que puedes ganar.

—¿Con qué dinero? Una mina abierta significa sacar trece metros de tierra en toda la finca y para eso necesitamos máquinas, combustible y hombres que no se pagan con promesas. ¿Crees que no lo he calculado ya? Solo de inversión inicial necesito medio millón de dólares.

—Una piedra, una sola piedra del tamaño que tenemos ahí abajo. Medio millón para cada uno. Nena, tenemos la solución a nuestros problemas al alcance de la mano.

Apretó los labios antes de mirar la mina y Mike asintió. —Ya veo, no quieres hacerlo y punto.

—Son las tierras de mi familia. Generaciones.

—Generaciones que han hecho túneles ahí abajo para nada. La solución es abrir la mina. Pero eso no es lo que te preocupa, lo

que pasa es que a ti te gusta vivir así.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Crees que me gusta levantarme cada mañana para arrear reses?

—No, creo que lo que te fascina es bajar ahí tú sola a escondidas y conseguir tesoros que te permitan seguir tirando. ¡Estás enganchada a la emoción que eso conlleva, no buscas hacerte rica, solo quieres seguir sintiendo esa sensación! Que se te corte el aliento al ver color y luchar contra la piedra para sacarla intacta.

—¿Y qué hay de malo en ello?

Mike se levantó. —¿No te das cuenta de que por mucho que tú creas te sigues jugando la vida? —La cogió de los brazos. —Mírame, joder —dijo frustrado—. Si crees por un momento que somos iguales, no lo somos en absoluto, nena. ¡Yo solo estoy aquí para conseguir dinero, es un trabajo, y aunque no puedo negar que es emocionante encontrar cada ópalo, no arriesgaría mi vida simplemente por sentir esa emoción! —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —¡Tú lo harías gratis!

—No es cierto.

—No me mientas, Opal. Hoy mismo he visto tu mirada al ver lo que había encontrado. No vas a bajar más.

Jadeó. —¡No puedes impedírmelo!

—Como vea que te acercas de nuevo, se lo diré a tu tía.

—No serás capaz —dijo asombrada. Como si nada él se quitó la camiseta antes de desabrocharse los pantalones—. ¿Y ahora qué haces? Estamos discutiendo.

—Me voy a la cama, no tengo nada más que discutir.

—No puedes dormir aquí. —Dejó caer los pantalones mostrando su sexo erecto y carraspeó. —Vale, pero luego te vas.

—Nena, no voy a estrangularte de nuevo.

—La que te va a estrangular es mi tía como se entere de que compartes mi cama sin casar —dijo entre dientes antes de mirar la puerta—. Shusss…

Ambos retuvieron el aliento y después de unos segundos oyeron pasos que se alejaban hacia su habitación. Opal suspiró del alivio. —Al parecer ya lo ha aceptado.

—Ven a la cama, nena.

Verle tumbarse como Dios le trajo al mundo, como si tuviera todo el derecho, la sonrojó de gusto y se quitó la camiseta acercándose para tumbarse sobre él. Sus torsos desnudos se

unieron y Opal suspiró de placer. Mike observándola quitó un mechón de cabello rubio de su mejilla. —Prométemelo.

Le miró sin comprender.

—Prométeme que no bajarás más.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo. —No voy a prometerte algo así, no pude cumplir el juramento que le hice a mi padre y es algo que no pienso prometer nunca más.

Mike apretó los labios. —Pues prométeme que no bajarás cuando me vaya. Que no bajarás hasta que vuelva.

—No sabes si vas a volver.

—Joder Opal.

—Después de que te vayas no seré problema tuyo. —Se acercó a sus labios y los besó suavemente. —Ahora hazme el amor, quiero olvidarme de todo.

—¿Incluso de mí? —Se apartó para mirar sus ojos. —¿Me olvidarás, nena?

—Nunca podría olvidarte.

La cogió por la nuca mirándola posesivo antes de volverla para tumbarse sobre ella. —¿No me olvidarás?

—Nunca —susurró antes de que atrapara sus labios con una pasión que nubló su mente de todo excepto de lo que Mike le hacía sentir.

Se bajó de la camioneta y fue hacia la parte de atrás para abrir el portaequipajes. Pero estaba cogiendo una de las bolsas de papel cuando se dio cuenta de que algo no iba bien. Asustada miró hacia el agujero. Vio el polvo en suspensión y dejó caer la bolsa de la impresión. —¡No, no!

Su tía se estaba bajando del coche y gritó de miedo al ver que su sobrina corría hacia el agujero. —¡No, no bajes!

—¡Mike! —Con el corazón a mil corrió lo que pudo y cayó derrapando sobre el trasero hasta llegar al borde. —¡Mike! —Tiró de la cuerda y sollozó cuando la cuerda no se movió. A toda prisa cogió el casco y se lo puso empezando a bajar los escalones de metal agarrándose bien a los bordes. —No, no… —Angustiada miró hacia abajo, pero no se veía nada.

—¡No, Opal! —gritó su tía desde arriba.

—¡Me necesita! —Al poner un pie en el suelo encendió la luz del casco y se volvió. Se le vino el mundo encima al ver que la mina se había derrumbado por completo en el túnel central. —¡Mike! Mike, ¿estás bien?

No escuchaba respuesta y sin darse cuenta de que lloraba corrió hasta las rocas tirando de la cuerda que estaba atrapada entre ellas. —Dios mío… —Fuera de sí gritó —¡Llama a emergencias!

Empezó a quitar rocas y no dejaba de repetirse —A él no me lo vas a quitar. A él no.

Sus manos se cortaron apartando los restos, pero ella no le dio importancia sabiendo que cada minuto contaba. Ni supo el tiempo que estuvo quitando rocas mientras las lágrimas brotaban sin control. Pero cada roca que quitaba mostraba otra y otra. Empezó a temer que se hubiera derrumbado toda la mina y gritó de la frustración. Escuchó las sirenas en el exterior, pero no se detuvo llamándole a gritos.

—¿Opal?

—Ayúdeme sheriff, está ahí y puede que sin sentido. Tiene la bombona de oxígeno y…

—Se ha ido, Opal.

Se le cortó el aliento y se volvió para mirarle furiosa. —¡No diga eso! ¡Aún está vivo! Solo tenemos que sacarle y…

El hombre negó con la cabeza. —No me has entendido. Se ha ido. Le vi a las afueras del pueblo hace una hora.

Sin comprender se pasó el dorso de la mano por la mejilla y sorbió por la nariz. —¿Se ha ido? —El alivio fue tan intenso que hasta le temblaron las piernas y cayó de rodillas. —Gracias a Dios, está vivo. —Entonces pensó en ello. —Pero no me dijo que se iba a ningún sitio. Ya entiendo, ha ido a la ferretería para comprar más tablones para apuntalar. —Confundida negó con la cabeza. —No, nos lo habría dicho, sabía que íbamos al pueblo. ¡Y la cuerda está aquí! —Se levantó de nuevo. —¡Ayúdeme!

—¡Opal, se ha largado! ¡Se detuvo en la gasolinera cuando yo estaba repostando! ¡Le escuché decirle a Peter que se lo llenara, que tenía que llegar al aeropuerto cuanto antes! Te apuesto lo que quieras a que su pasaporte no está en su habitación.

Tiró una roca a su lado y le miró sobre su hombro. —¿Qué? —Miró tras él y se dio cuenta de que el pico estaba apoyado en la pared como el día anterior, como cada vez que Mike salía de la mina. —¿Mike? —Corrió hacia la escalera y empezó a subir. Apenas había sacado la cabeza del agujero cuando vio que su camioneta no

estaba. Salió a toda prisa y corrió hacia la casa. Subió las escaleras tan rápido como podía y empujó la puerta con tal fuerza que chocó con la pared. Abrió el armario y palideció. Asombrada se volvió hacia su tía que retenía las lágrimas a duras penas. —¿Se ha ido? —preguntó incrédula.

—Y nos ha robado, niña. El bote donde guardaba las piedras no está en la cocina.

Gritó de dolor llevándose las manos a la cabeza, pensando en todo lo que le había dicho desde que había llegado, en todo lo que le había mentido desde el principio. Perdiendo los nervios empezó a golpear el armario con los puños hasta que no le quedaron fuerzas. Cayó al suelo sollozando de tal manera que rompía el corazón. —Me ha engañado.

Su tía se arrodilló ante ella para abrazarla. —No merece la pena. Tienes que olvidarle, no es lo bastante bueno para ti.

—¿Por qué?

—Porque es un cabrón sin sentimientos, cielo. Le olvidarás, te lo aseguro. Antes de que te des cuenta le olvidarás.

# Capítulo 9

Once meses después.

Opal apagó el motor de la excavadora y se bajó de un salto apretando los labios por el dolor que sintió en la pantorrilla. Maldita sea, debía tener más cuidado al bajar de la excavadora. El día anterior se había hecho daño y era evidente que tenía algo que debería dejar descansar unos días. ¿Descansar? Ya quedaba poco para llegar a los trece metros. No podía permitirse descansar.

Al llegar a la parte de arriba de la rampa que había hecho, fue hasta la camioneta y juró por lo bajo al ver que se había dejado la radio en la excavadora. —Ya la cogeré mañana.

Agotada se montó en la camioneta y atravesó sus tierras para regresar a casa. Estaba llegando cuando vio un coche gris aparcado

ante el porche. —Mierda, no estoy de humor para aguantar a los del banco. —Frenó en seco al lado del coche y su tía salió a recibirla. Frunció el ceño porque su rostro estaba en tensión y se bajó a toda prisa. —¿Qué pasa?

—Niña…

Un hombre salió tras su tía. No iba de traje, así que no era del banco. —¿Quién es usted y qué hace en mis tierras?

—¿Opal Flaherty?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Jack Martinson y represento a Ciclus. ¿Conoce nuestra empresa?

Elevó una ceja. —¿Debería?

—Sí que debería, porque somos la empresa de minería más importante de los Estados Unidos.

—Pues felicidades —dijo con ironía—. ¿Busca algo o solo viene a soltarme el rollo?

Él sonrió. —Sí que busco algo. —Llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y le tendió un papel. —Esto es para usted.

Con desconfianza miró la hoja. —¿Qué es?

—Una oferta por sus tierras. Tres millones de dólares.

Se le cortó el aliento. —¿Qué? —Le arrebató la hoja y la abrió para leerla a toda prisa. Dios mío, era cierto. Asombrada miró al hombre. —¿Es en serio?

Jack sonrió. —Muy en serio. Si acepta nuestra oferta, necesitamos que venga a Nueva York para firmar el acuerdo. Mi jefe es un hombre muy ocupado y necesitamos que sea usted quien vaya, sino hay inconveniente. Por supuesto querrá ir asesorada por su abogado, no tenemos ningún problema en pagarle el billete y…

Se echó a reír interrumpiéndole. —¡Tres millones y un viaje a Nueva York! —Miró a Betty que sonrió sabiendo exactamente lo que estaba pensando. —¿Has visto, tía?

—Una oferta generosa.

—¿Generosa? —Miró al tipo. —Esto es una mierda pinchada en un palo.

Parpadeó. —¿Perdón?

Rompió el papel por la mitad. —Tengo las tierras más ricas en ópalo de toda Australia y en cuanto empiece a sacar color superaré esta cifra en apenas un par de meses. ¿Tres millones? Esta oferta es de risa. —Pasó ante él para entrar en casa y dijo desde el hall —Tía, estoy hambrienta.

—Tenemos pollo asado, niña. —Pasó ante Jack. —Y usted no está invitado.

—Recibirá otra oferta.

Opal sacó la cabeza por la ventana de la cocina. —No se molesten, mis tierras no están en venta. —Le miró con rencor. —Ahora largo antes de que saque la escopeta.

Él carraspeó. —¿Me pegaría un tiro?

—Tengo tierra de sobra para enterrarle y a su coche también.

—Que tenga un buen día.

—Bah… —Entró en la casa y vio cómo se subía a su coche a toda prisa. Sintió como su tía se colocaba tras ella. —¿Qué opinas?

—¿Ciclus? No lo había oído nunca.

—Ni yo. Haz unas llamadas, ¿quieres? A ver si están comprando a alguien más.

Estaba comiendo un pedazo de tarta sin quitarle ojo a su tía que llevaba colgada al teléfono una hora. —¿No me digas, Meredith? ¿Y se ha roto la pierna?

Opal puso los ojos en blanco antes de meterse el último pedazo de tarta en la boca. Se levantó y cogió su plato para llevarlo al fregadero, pero antes de llegar vio que unas luces se acercaban por el camino. Se tensó y dejó el plato mientras decía —Tía, cuelga y coge la escopeta.

La miró sin comprender, pero al ver donde miraba colgó de inmediato y corrió lo más rápido que pudo hasta la escopeta que estaba al lado de la escalera. —¿Quién es?

—Ni idea, pero vienen de noche a una casa donde viven dos mujeres que además tienen una mina millonaria. —Alargó la mano y cogió la pistola que había en el cajón de la cocina y corrió hacia la puerta principal. —Si pego un tiro, llama al sheriff.

—¿Entonces para qué me haces coger la escopeta?

—¡Por si me matan, por eso! —gritó sin quitar la vista de la carretera. Entrecerró los ojos—. Es ese tipo de nuevo.

—¿Qué? —Su tía se acercó a su espalda. —Sí, es su coche.

El coche gris se detuvo ante la casa. El hombre abrió la puerta. —¿Puedo salir?

—¿Qué hace aquí? ¡Y a estas horas! —gritó su tía mientras bajaba del coche.

—¡He intentado llamar, pero no dejaba de comunicar!

Miró de reojo a su tía que se sonrojó. —¿Y qué quiere?

—¡Cinco millones!

—¡Largo de mis tierras!

—Piénselo bien, puede llegar a conseguir ese dinero o puede que no. Su familia no es que haya tenido mucha suerte. ¡Este es dinero fácil, no tendrá que mover un dedo!

—En eso tiene razón —susurró su tía.

—¿Ahora te pones de su parte?

—Niña, tienes que pensar en el futuro.

—Eso hago —dijo entre dientes antes de fulminar a aquel tipo con la mirada—. ¡Váyase de una vez! ¡Y no vuelva!

Él suspiró. —Me temía que diría eso. —Se puso el teléfono vía satélite al oído y dijo —Ha dicho que no. Sí, jefe, es algo cabezota.

—¿Con quién habla?

—Niña, ¿estás sorda? Con su jefe —dijo su tía emocionada—. Va a subir la oferta.

—¿Tengo que decirle eso? —El tipo parecía bastante incómodo y apartó el teléfono para mirarlas. —Mi jefe dice que… —Carraspeó. —Bueno, quiere que le diga…

—¡Suéltelo de una vez, pesado!

—La frase que debo decir es: Nena, me vas a obligar a regresar y estoy muy ocupado.

Dejó caer la mandíbula del asombro antes de mirar a su tía. —¿He oído bien?

—Has oído perfectamente, esto es cosa de ese cabrito.

—Imposible.

—Lo hemos hablado mil veces, era obvio que ocultaba algo y ahora sabemos el que. Vino a hacer una cata de tus tierras soltándonos todas esas mentiras para averiguar cuánto podía sacar de ellas. Y ahora quiere arrebatártelas con esa miseria.

Sintiendo que la rabia la recorría, cruzó el porche con el arma en la mano y bajó los escalones de un salto caminando hacia el hombre para arrebatarle el teléfono de la mano. Jack iba a decir algo, pero le encañonó a la cara. —Ni una palabra más —dijo entre dientes antes de ponerse el teléfono al oído—. ¿Mike?

—Hola, nena…

Escuchar su voz fue como una puñalada en el corazón y perdió parte del color de la cara. Ni le salía la voz para decirle lo que pensaba de él o las miles de frases que había discurrido durante ese

último año por si tenía la desgracia de encontrárselo de nuevo. Allí estaba y ni mu. No le salía ni un simple eres un cabrón sin sentimientos.

Le escuchó suspirar. —No pensaba hacer las cosas así, pero tuve que irme.

Eso la hizo reaccionar. —No me lo digas, recibiste una llamada vía satélite —dijo con burla.

—No exactamente. No estaba previsto que me quedara más de una semana.

—Conseguiste lo que querías y te largaste. ¿Qué tal el ópalo negro? ¿Por cuánto lo vendiste?

—No lo vendí, nena. Lo tengo aquí mismo.

Tenía ganas de gritarle, pero en cambio solo dijo —Eres un cerdo. Nos mentiste desde el principio, te divertiste con la pueblerina minera y te aprovechaste lo que pudiste. Te habrás reído de lo lindo.

—Opal, te juro…

—¡No me jures! ¿En serio piensas que voy a creer en tus juramentos? —Miró a su tía a los ojos y vio la rabia en ellos. —Pero más te vale creer el que te voy a hacer yo ahora mismo. Te juro por la sangre de los míos que como vea por aquí a otro más de tus

esbirros le pego un tiro entre ceja y ceja. —Jack se puso a temblar. —Y lo mismo va para ti. Ni se te ocurra poner un pie en mis tierras nunca más, ¿me oyes? —gritó fuera de sí—. ¡No te acerques ni a cien kilómetros a la redonda! —Tiró el teléfono al suelo y le pegó un tiro antes de apuntar de nuevo a Jack que se subió al coche corriendo y dio marcha atrás tan aprisa que fue un visto y no visto.

Cuando el coche desapareció intentó respirar hondo, pero tuvo que apoyar las manos en las rodillas. —¿Niña? —preguntó su tía preocupada.

—Estoy bien. —Tomó aire y se enderezó antes de pegarle cuatro tiros al teléfono.

El llanto del niño la hizo jurar por lo bajo y miró hacia la casa. —Se ha despertado.

—Voy yo.

—No, deja, ya voy yo. Igual tiene hambre.

Su tía preocupada la observó mientras entraba en la casa. —¿Seguro que estás bien?

Forzó una sonrisa. —¿No es irónico? Creía que él era mi futuro y no es más que un timador de altos vuelos.

—Cuando se entere de lo de Clark…

Su rostro se tensó con fuerza. —¿Y por qué va a enterarse?

—¿Qué quieres decir?

—No dirás nada, ¿me oyes? Nadie sabe quién es el padre y él tampoco tiene por qué saberlo.

—Pero…

—¡Tía! —Esta cerró el pico en el acto. —No me decepciones, esto no te lo perdonaría nunca.

Entró en la casa dejándola con la palabra en la boca y Betty miró hacia la carretera. Esperaba que ese hombre no les diera más problemas, porque su sobrina ya había sufrido demasiado como para que regresara y volviera a romperle el corazón. Porque si conocía a su sobrina y la conocía muy bien aún le amaba con toda el alma.

Los siguientes tres días se los pasó de los nervios. Se sobresaltaba con todo y si estaba en casa no dejaba de mirar por la ventana como si alguien fuera a asaltarlas en cualquier momento. Estaban cenando y ninguna de las dos decía palabra mientras el niño estaba dormido en su cunita portátil. Su tía la miró a los ojos y

suspiró. —Igual no viene. Puede que haya creído que le pegarás un tiro.

—Más le vale que lo piense, porque es lo que voy a hacer.

Su tía dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Piensas matar al padre de tu hijo?

—Él no es el padre del niño —dijo entre dientes—. ¡Un padre se queda, un padre ayuda, ama y sufre cada vez que el niño tiene esos puñeteros gases que le amargan la vida! ¡Él no es nada!

Betty apretó los labios antes de mirar su plato casi sin tocar. —Por Dios, come algo llevas tres días sin…

—Shusss… —Se levantó y miró por la ventana antes de entrecerrar los ojos sacándose la pistola de la cinturilla del pantalón. —Ahí está.

—No fastidies. —Su tía se levantó como una exhalación para ponerse a su lado. —¿Está loco?

—Quiere mis tierras y hará lo que sea para conseguirlas —dijo entre dientes antes de ir hacia la puerta—. Lleva el niño arriba y quédate con él.

—Pero… —Opal la miró furiosa. —Vale, cómo te pones.

—Tía, nada de juegos.

Asintió antes de coger el niño de la cuna e ir hacia las escaleras. Cuando desapareció en el pasillo para ir a su habitación, Opal se volvió y abrió la puerta principal para salir al porche. El cuatro por cuatro negro se detuvo ante la casa en ese momento iluminándola con los faros. Opal entrecerró los ojos elevando el brazo para apuntar al coche. Viendo la silueta de Mike sintió que la rabia la recorría, rabia por el miedo que sintió aquel día cuando pensaba que estaba sepultado, rabia por la inmensa decepción cuando se dio cuenta de que todo había sido una burla, que la había utilizado, que se había reído de ella lo que le había dado la gana. Pero lo que más la enfurecía es que sentía vergüenza por exponer sus sentimientos, por abrir su corazón a un hombre que no la merecía. A pesar de las dudas, a pesar de las incongruencias en su historia le había entregado su corazón y él se lo había destrozado. Se había largado como si ella no fuera nada y eso la avergonzaba. Odiaba sentirse así, añorar y desear estar a su lado cada segundo de cada día. Todos esos sentimientos hacían que la furia aumentara cada día que pasaba y después de casi un año, después de parir a su hijo sola, era muy capaz de matarle y era evidente que él se había dado cuenta porque no se atrevía a salir del coche. Maldito cobarde. Bajó un escalón y llevó la mano al bolsillo trasero del

vaquero para sacar su móvil y pulsó el uno donde tenía el número del sheriff allí grabado. Se lo puso al oído. —Soy Opal Flaherty. Han allanado mi propiedad. Un hombre intenta entrar en mi casa. —En ese momento Mike abrió la puerta del coche. Ella colgó el teléfono. —¡Atrévete a salir del coche y te juro que te meto un tiro entre ceja y ceja! —Hizo un tiro de advertencia al espejo retrovisor destrozándolo.

—Joder nena, ¿estás loca?

—¡Largo de mi propiedad! —Se puso el teléfono al oído de nuevo y dijo —Está aquí.

—Estamos cerca, llegamos enseguida.

—Opal, ¿podemos hablar?

—¡No!

—¡Esto es ridículo, no vas a disparar! —Abrió la puerta del coche y ella disparó a la ventanilla haciendo que Mike se tirara en el interior del vehículo. —¡Has perdido la cabeza, hostia!

—¡Muérete!

—¡Vale, te engañé! ¡Pero como le has dicho a Jack tienes la mejor mina de Australia! ¡Tenía que asegurarme de que lo era antes de hacer una oferta!

—¡Métete tu oferta por donde te quepa!

—¡Necesitas una mina abierta para explotar el ópalo en condiciones y no tienes la financiación, tú misma lo dijiste! ¡Me necesitas!

—¡No te necesitaba ni te necesitaré nunca, ladrón mentiroso!

—¡No he robado nada! ¡Lo tengo aquí! —Se le cortó el aliento. —¡Solo quería analizar las piezas! Y son buenas, nena… ¡Mucho mejor de lo que crees, he encontrado un joyero de renombre que ha dicho que me lo comprará todo al precio que sea!

Cada una de sus palabras confirmaban que ella no le había importado nunca y sintió que ese nudo en la garganta que la había ahogado durante las semanas siguientes a su partida, regresaba ahogándola de nuevo. Y no pensaba consentirlo. Fuera de sí empezó a disparar al coche una y otra vez hasta acabar el cargador mientras Mike se escondía tras el salpicadero. Dejó caer el cargador vacío al suelo antes de meter el que llevaba en el bolsillo trasero del vaquero para apuntarle de nuevo.

—¡Vale, estás cabreada! ¡Y lo entiendo! ¡Pero te dije que tenía que irme!

—¿Cómo está tu amigo John? —preguntó con burla.

—Está muy bien, en este momento debe estar en el Yukón en alguna de mis explotaciones.

Alguna de sus explotaciones. Maldita sanguijuela. En ese momento los faros de un coche enfilaron el camino. Vio que Mike miraba hacia atrás. —Estupendo, nena. ¿Has llamado a Luke?

—Suponía que a mi novio le interesaría tu presencia aquí.

Volvió la vista hacia ella lentamente. —¿Qué has dicho?

—Estos últimos meses me ha demostrado que es de fiar. Me he dado cuenta de que eso es lo único que importa.

Él no respondió mientras Luke aparcaba a su lado. Las puertas se abrieron y de la ranchera salieron Clay y Luke con dos escopetas. —Preciosa, ¿estás bien? —preguntó Luke apuntando al coche.

—Sí, tranquilo.

—¿Cómo tienes los cojones de volver por aquí? —gritó Clay asombrado.

—¡Sal del coche! —gritó Luke.

—Joder, nena…

El sonido de las sirenas les hizo mirar hacia atrás y al ver dos coches patrulla sonrió maliciosa. —Espero que te gusten las cárceles

australianas, cielo.

—¿Pero qué coño…? ¡Opal será una broma!

—Puse la denuncia el mismo día en que te fuiste. No tenías que haber vuelto y con las pruebas del delito en tu coche…

El sheriff aparcó tras su coche para que no se moviera y salió armado al igual que su ayudante. —¡Salga del coche con las manos en alto!

—¡Sheriff, es el americano que me robó mi ópalo!

—Sabía que no eras trigo limpio con tanta preguntita sobre esta casa y su dueña. Me diste mala espina desde el principio. ¡Sal del coche!

—¡No he robado nada! ¡El ópalo está aquí! —gritó él abriendo la puerta.

—Perfecto, tenemos las pruebas del delito. Caso cerrado. ¡Sal del coche!

Mike salió mostrando sus vaqueros de marca y su camisa blanca. Estaba claro que había dejado atrás su papel de minero necesitado. Dios, qué guapo estaba y ella como siempre hecha un adefesio. Bueno, le importaba poco lo que pensara. El ayudante del sheriff volvió a Mike pegándole al coche y sacó las esposas. No sintió

ningún remordimiento y él la fulminó con la mirada. —¿De verdad, nena?

—¡Eh, tío, te estás pasando! —dijo Luke mosqueadísimo—. Y estás empezando a joderme.

—¿Eres su premio de consolación? —preguntó con burla tensándola con fuerza.

—Serás hijo de puta —Luke le dio un puñetazo que le volvió la cara.

—¡Basta! —gritó Opal haciendo que la miraran.

Mike escupió sangre en el suelo. —¿Esto es lo que quieres, nena? ¿De veras?

—No tendrías que haber vuelto. Te lo advertí.

—¿Crees que voy a darme por vencido? —Sonrió de una manera que le provocó un vuelco al corazón. —Nunca he renunciado a lo que deseaba, preciosa. Quiero esta mina y te quiero a ti. Y no precisamente por ese orden. Volveré.

—Cierra la boca —ordenó el sheriff antes de tirar de él hasta el coche patrulla—. Ya tendrás tiempo para hablar ante la juez Martin.

—Estaré fuera antes de veinticuatro horas.

—Sigue soñando. ¡Entra en el coche, joder! —Tuvo que obligarle a entrar y cuando lo consiguió el sheriff asintió satisfecho subiéndose la cinturilla del pantalón. —No te preocupes por él, ¿de acuerdo? Conseguiré que no te moleste, algo se me ocurrirá.

Algo insegura susurró —Gracias sheriff.

El ayudante del sheriff abrió el coche de Mike y gritó —¡Está aquí, jefe! —Sacó una caja de madera y la abrió para mostrarla a los demás. A Opal se le cortó el aliento al ver el ópalo más grande que se había sacado jamás de su mina y tenía un color negro extraordinario.

—Eso vale una fortuna —dijo Luke tan impresionado como ella.

Opal se acercó y fascinada con sus destellos acarició la piedra impecablemente pulida.

—Y hay más, nena —dijo él haciendo que le mirara. Mike sonrió—. Está valorado en un millón de dólares —dijo a través de la ventanilla abierta—. ¿Quieres saber por qué no pude regresar antes?

Enderezó la espalda. —No me interesa.

—Te interesará.

—Lo dudo.  ¿Se lo lleva o no, sheriff?

El hombre se rascó la cabeza mirando el ópalo. —Tener algo tan caro en la comisaría… No me gusta.

Ella jadeó arrebatándole la caja a su ayudante. —¡No hablaba del ópalo, hablaba de él! ¡Esto no se separa de mi lado!

—Bien dicho, preciosa —dijo Luke.

—Pero es una prueba —dijo el sheriff—. Debería llevármela.

—¡Sobre mi cadáver!

Se volvió hacia la casa caminando con paso firme y el sheriff gritó —¡Entonces tendré que soltarle!

Se detuvo en seco e incrédula se volvió para mirarle. —¿Cómo ha dicho?

Él carraspeó. —Bueno, si no hay pruebas no hay delito.

—¡Yo digo que lo ha robado!

—Pero ahora mismo lo tienes en tus manos.

—Porque no quiero que usted se lo lleve, ¿está sordo?

—¡Y yo te digo que necesito registrarlo como prueba!

—¡Pues sáquele fotos, pero este ópalo es mío y se va a quedar conmigo!

—Las cosas no funcionan así, Opal. Yo tampoco estoy de acuerdo con que algo tan caro esté en comisaría, pero habría que catalogarlo y guardarlo en el archivo de pruebas.

—¡Para que se lo roben a usted! ¡Vale un millón!

—Nena, deberías llevarlo al banco de inmediato. No sabes lo que me ha costado pasarlo por la aduana.

Le fulminó con la mirada. —¡Cállate!

Luke se acercó y susurró —Palomita, no me gusta, te pondrás en peligro. O se lo das al sheriff o lo llevas al banco de inmediato. Si alguien se entera de que tienes eso aquí…

Tenía razón, les pondría a todos en peligro. Si por unas lascas robaban en las minas, por una pieza así harían cualquier cosa. —Llamaré a Larry Blackston. —Luke sacó el móvil del bolsillo. —Yo me encargo.

—Nena, te apoyas mucho en ese, ¿no? —preguntó Mike mosqueadísimo.

En ese momento salió su tía de la casa y les observó a todos. —Niña, entra en casa. Luke, ya nos encargamos nosotras, no hace falta que llames a nadie.

Luke la miró confundido. —Pero…

—¡Opal entra de una vez!

Jamás la había visto así y subió los escalones sin quitarle ojo.

—Señores, es muy tarde. Váyanse por donde han venido.

—Tía, ¿qué ocurre? —susurró.

—Calla y entra en casa. —La agarró del brazo y la llevó hasta el hall casi arrastrándola al interior.

El sheriff gritó —¡Suéltale!

Ambas miraron por la ventana. —¿Pero qué te pasa?

—Evitar que cometas el mayor error de tu vida —dijo entre dientes.

Vieron como el sheriff soltaba a Mike. —No, no… —Dejó la caja sobre el aparador con intención de ir hacia la puerta, pero su tía la cogió del brazo deteniéndola. —¿Pero estás loca?

—¿En serio quieres que metan a Mike en la cárcel por robar un ópalo de un millón de dólares? ¿Sabes cuántos años son entre rejas por un delito así?

—No, ¿y tú?

—Pues no tengo ni idea, pero un montón seguro. Y es el padre de tu hijo.

—No irá a la cárcel. Tendrá abogados carísimos y… —El sonido del motor de un coche la alertó y al mirar por la ventana vio que el sheriff se largaba. —¡No, no!

—¡Déjalo ya! ¡No serías capaz de llevar eso sobre tu conciencia!

—Estaba dispuesta a intentarlo —dijo entre dientes.

Unas voces en el exterior hicieron que las dos se giraran hacia la puerta para ver que Luke y Mike estaban enzarzados en una pelea. —Genial.

Su tía chasqueó la lengua. —Deja que se desahoguen.

—¡Eres un maldito ladrón! —gritó Luke.

Furiosa salió de la casa y gritó —¡Estaos quietos!

Clay subió los escalones. —¿Y ahora qué vas a hacer?

—Ni idea.

—Lo del banco me parece la mejor opción.

—Iré a primera hora.

—Hay mucho loco suelto, debes tener cuidado.

Viendo como esos dos se daban de puñetazos dijo irónica —¿No me digas?

—¿De veras piensas tomarte a Luke en serio?

—En estos últimos dos meses se ha portado estupendamente conmigo. Ha sido un amigo.

—De eso a lo otro…

—Lo sé. Pero tampoco quiero ser borde con él.

—¿Y Mike?

—A ese no le doy ni la hora. —Le advirtió con la mirada. —Y ni pío del niño, ¿me oyes?

—Será difícil que no se entere en el pueblo.

—Ya, pero solo tú sabes que es suyo.

—Tranquila, que por mí no se enterará. —Miró hacia ellos que ya estaban agotados de tanto arrearse. —Aunque seguro que sabe contar.

Ella gruñó antes de poner los brazos en jarras. —¡Largo de mis tierras!

Mike le pegó un puñetazo a Luke que le tiró al suelo sentado y se volvió hacia ella con la respiración agitada. —¿Podemos hablar ahora? ¡Tengo mil cosas que contarte!

Opal entrecerró los ojos y entró en la casa dando un portazo. —Eso es que no.

Clay bajó los escalones sonriendo irónico.

—¿Está muy cabreada?

—Tío, ya puedes tener una buena excusa para desaparecer casi un año.

—La tengo, te lo aseguro.

—Estoy deseando oírla.

—Mejor hablo primero con ella. —Fue hasta la escalera y un tiro a su lado le detuvo en seco. Se volvió para mirar a Clay. —Mejor dejo que se calme.

—Sí, será lo mejor o tendrá que regresar el sheriff para encargarse del levantamiento del cadáver. —Miró a Luke. —¡Tío, levanta! ¡Nos estás dejando fatal a los del pueblo!

Luke gruñó mirándole como si quisiera arrancarle la cabeza. Mike se cruzó de brazos. —¿Una cerveza?

Ninguno de los dos pudo disimular su incredulidad. —Venga, seguro que tenéis mil cosas que contarme. Os espero en el bar de Jerry.

Asombrados vieron cómo iba hasta el coche, sacaba otra caja y la dejaba en el suelo para gritar —¡Nena, te he traído esto! ¡Te veo mañana!

—¡Muérete! —gritó ella desde dentro.

Mike sonrió. —Esa es mi chica.

—Sigue soñando —dijo Luke—. ¡Ahora sale conmigo!

—Bueno, ¿por qué no discutimos esto tomando esa cerveza? Vamos Luke. Opal tiene que acostarse.

—¡Preciosa, te llamo mañana! —gritó Luke—. ¡Y estoy bien, no te preocupes!

—Tío eres patético.

Opal que oyó esa frase entrecerró los ojos abriendo la puerta y salió como una tromba para atravesar el porche. Cuando bajó los escalones fue hacia Luke mirándole fijamente y caminó hacia él como si fuera a la guerra. Luke algo inseguro dio un paso atrás —¿Palomita?

Cuando llegó ante él le cogió por la nuca y le besó tan apasionadamente como pudo. Clay puso los ojos en blanco. Luke no perdió la oportunidad cogiéndola por la cintura para pegarla a él y devorarla. Bueno, no estaba nada mal, la verdad, pero nada comparable con el gusano que tenía tras ella y que carraspeaba en ese momento. —Nena, no estás disfrutando, no te fuerces.

Furiosa se apartó de Luke para mirarle como si quisiera descuartizarle y Mike sonrió con descaro. —¿Ves? Si hubieras disfrutado ni me hubieras escuchado.

—Preciosa, ¿lo intentamos otra vez? Yo me lo estaba pasando bien.

—¡Niña, a casa! —gritó su tía desde el porche—. ¡Dejadla en paz! —Señaló a Luke con el dedo. —Llévatelo de aquí antes de que mi sobrina pierda la paciencia y acabe en prisión porque empiece a pegar tiros.

—Te llamo mañana —dijeron los dos a la vez.

Clay se echó a reír. —Se te acumulan los pretendientes, amiga.

—Cállate —dijo entre dientes yendo hacia su tía.

Cuando entró en la casa sin recoger la caja, Mike suspiró como si fuera un caso imposible. Miró a su tía a los ojos. —Dile que no he dejado de pensar en ella.

—Sí, se ha notado con todas las cartas y llamadas que ha recibido.

Entró en la casa dejándole con la palabra en la boca y Clay suspiró. —Cada vez me apetece más esa cerveza.

Ambas observaron desde la ventana que se iban y en cuanto los coches desaparecieron corrieron hacia la puerta. Por supuesto Opal fue la primera en llegar hasta la caja y levantó la pestaña para abrirla. Había unos papeles y los sacó dándole la caja a su tía, para ver que era un documento notarial que le otorgaba la propiedad del señor Morton. Asombrada pasó la hoja. Y la del señor Mathews, Peterson y Greg Master. —Dios mío. ¿Por qué?

—¿Hay algo más? Hay más papeles.

Pasó la hoja mostrando los documentos que quedaban. Frunció el ceño mientras leía y entonces chilló. —¡Será hijo de mala madre!

—¡Niña!

Le puso los papeles ante la cara. —¡Estaba casado!

Su tía dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué dices?

—¡Estaba casado! ¡Mira, es un acuerdo de divorcio!

—La leche. —Le arrebató los papeles. —No puede ser.

—¡Me convirtió en su amante! —Con los ojos como platos gritó —¡Mi hijo es fruto del pecado!

—Niña, la sangre de los Flaherty clama venganza.

—Sí, tía —dijo con mirada sanguinaria—. Esto lo va a pagar muy caro.

—¿Estás loco? —gritó Clay en el aparcamiento—. ¿Qué le has ocultado qué?

—Joder, tenía veintitrés años, estaba de permiso y conocí a July. Te aseguro que la vida del ejército tiene muchas ventajas si estás casado. Me gustaba, estaba cómodo con ella y creí que la quería, así que nos casamos. Pero cuando dejé el ejército no le gustó demasiado que trabajara en las minas. No tenía tanto glamour como ser la mujer de un capitán. —Apretó los labios. —Pero a lo que no le hacía ascos era a la pasta y empezó a llegar mucha. Pedí el divorcio, pero ella se negaba sabiendo que cuanto más ganara, más ganaría ella. Ni te imaginas las veces que he tenido que ir al juzgado por su culpa. ¡Tenía que regresar para firmar el maldito acuerdo de una vez y librarme de ella!

—¿Y después?

—Este último año ha sido una locura. Entre otras cosas cuando iba a regresar con el ópalo hubo un accidente en una de mis

minas de plata de Texas y al regresar a Nueva York me llama mi madre que mi padre está en el hospital. Cáncer de pulmón. ¡Le enterramos hace poco más de un mes, joder!

Clay suspiró. —Lo siento, tío. Pero eso no es excusa para que ni la hayas llamado.

Suspiró como si estuviera agotado. —No podía volver para irme de nuevo. Cuando me fui esperaba estar de vuelta en dos semanas como mucho. Me dije que ya lidiaría con su cabreo, pero es que no sabía decirle lo de July. ¡Quería regresar libre! Entonces cuando enfermó mi padre, me di cuenta de que no podría estar de un lado para otro si quería que lo nuestro funcionara e inicié los trámites para trasladar aquí mi empresa. Hostia, no sabes la cantidad de documentación que tuvieron que rellenar mis abogados.

—¿Te trasladas aquí?

—He comprado un terreno para las nuevas oficinas. —Entrecerró los ojos. —Oye, te veo muy negativo. En algún momento se le pasará el cabreo.

—No lo creo.

—Joder, no me digas eso. ¡Mi madre se muda en dos meses!

—La vida de Opal ha cambiado mucho en este año, ¿sabes?

—Luke no me preocupa. —Se enderezó. —¿Debo preocuparme? ¡Opal me dijo que nunca me olvidaría!

En ese momento salió Luke del bar haciendo eses agarrado a una morena preciosa y Clay hizo una mueca. —No creo que tengas que preocuparte por él.

—¿Le está poniendo los cuernos a mi chica? —preguntó asombrado.

Clay hizo una mueca. —Tienen una relación abierta.

—¡Opal jamás aceptaría eso!

—Mira, ya te vas dando cuenta de por dónde van los tiros. Y cuando se entere de que la has convertido en tu amante, tiros va a haber unos cuantos.

—Pues ya debe saberlo, porque los papeles del divorcio estaban en la caja que le regalé.

—Estás muerto tío, súbete al primer avión.

—Ni de coña —dijo entre dientes—. ¿Sabes la pasta que me he gastado para vivir aquí?

—Vivir vas a vivir poco como te quedes. Opal es la persona más rencorosa que conozco.

—¿Mi Opal? —preguntó incrédulo—. Pero si tiene un corazón enorme.

—¡Y aprovechándote de ello no has parado de mentirle! ¡Va a correr la sangre!

—Exageras. —Fue hasta su camioneta. —¿Me puedo quedar en tu casa?

—¿Y que me la queme por acoger al enemigo? Ni de coña.

Rio por lo bajo. —No va a pasar nada…

—Eso ya lo veremos.

# Capítulo 10

Ese cabrito… Hasta el punto que la había mentido… ¿Es que era tonta? Llegaba a su casa, le soltaba cuatro cosas y ella caía como una auténtica pardilla. Se volvió en la cama agobiadísima de calor, lo que hacía que su cabreo empeorara por momentos. Y la deja preñada. Que su niño era lo mejor del mundo, pero lo había hecho. Él tenía mucha más experiencia, debería haberla protegido. Entrecerró los ojos. Le podía haber pegado cualquier cosa, el muy…

Clark se puso a llorar y se levantó como un resorte para mirar su cunita. Se acercó a él y vio que estaba rojo como un tomate. Leche, era clavadito a su padre. Suspiró resignada. —Ahora te cambio. —Lo cogió en brazos y le besó en la sien tarareándole hasta el cambiador. Lo colocó encima con cuidado y abrió los cierres del pañal observando a su hijo. —¿Has leído mis pensamientos y te has disgustado? —preguntó preocupada—. No renegaba de ti, mi amor.

Tú eres lo más bonito del universo. Pero tu padre… Eso es otro cantar.

Su niño soltó un gorgorito cuando abrió el pañal y Opal arrugó la nariz por el olor que desprendía. —Hijo, si solo tomas leche. Por Dios. —El niño rio. —Sí, tú ríete —dijo cogiendo las toallitas—. Casado, ¿te lo puedes creer? —Su bebé abrió los ojos como platos. —Igual no debería hablar contigo de esto, pero es que no tengo muchas opciones. La tía está durmiendo. —Le limpió el culito. —Y no es que tus consejos me valgan para mucho, la verdad, pero es que me da tanta rabia… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me enamoré como una tonta. Creí en él. —Negó con la cabeza. —Igual es que estaba necesitada, tan poco sexo a mi edad no era normal. —Agarró un pañal limpio y miró a su hijo que ya se había quedado dormido. —Es obvio que no te preocupa mucho, pero es que a ti no debe preocuparte nada, mi vida. Mamá se encargará de que no tengas preocupaciones en la vida. —Le cerró el pañal y lo cogió en brazos volviéndose. Allí estaba su tía apoyada en el marco de la puerta y sorbió por la nariz antes de llevar al niño a la cuna.

—Sé cómo te sientes.

—No, no lo sabes.

—Le amabas y te defraudó, te engañó y te sientes humillada. Y encima vuelve como si nada. Sé cómo te sientes.

Se sentó en la cama. —¿De veras?

—Yo también fui joven, ¿sabes? —Se sentó a su lado y acarició su espalda. —Antes de tu tío tuve otro novio.

La miró asombrada. —Nunca me lo habías contado.

—Bueno, no hay mucho que contar. Era mi novio del instituto y pensaba que nos íbamos a casar, pero un buen día se largó. Regresó dos años después cuando ya estaba saliendo con tu tío. Pretendía que le dejara, pero… —Forzó una sonrisa. —No me atreví.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Le amabas todavía.

—Sí, dicen que el primer amor no se olvida nunca y es totalmente cierto. Con Gavin todo lo que sentía era arrollador, una mirada suya era un vuelco en mi corazón, su sonrisa me hacía volar y cuando estábamos juntos sentía que nada en el mundo importaba. —Cogió su mano. —Pero sí que importa y tu tío me demostró lo que era el verdadero amor. No defraudar a la persona que amas porque antes te arrancarías un brazo, convertir las lágrimas en risas y estar siempre a su lado, tanto para lo bueno como para lo malo.

—¿Estás queriendo decirme algo?

—Estás exactamente en la misma situación, cielo.

—Hablas de Luke.

—Durante esta última hora he pensado mucho en ello. En cuanto le has llamado, ha aparecido demostrando lo importante que eres para él. Lleva loco por ti media vida como te ha dicho mil veces este último año y todo el mundo sabe que es un hombre de palabra.

—Sí… —susurró pensativa.

—Pero es Mike quien altera tu corazón.

La miró con los ojos llenos de lágrimas. —Ya nunca podré fiarme de su palabra.

Su tía asintió antes de abrazarla. Apretó los labios cuando la escuchó sollozar. —Lo has pasado mal durante este último año. Has tenido que lidiar sola con la decepción de su partida y los problemas en el rancho. Pero has salido adelante y has empezado la mina abierta. Has demostrado que nadie puede detenerte y no permitiré que nadie te haga daño.

—Me quiere solo por ese maldito ópalo.

—La mina solo ha traído desgracias a esta familia. Siempre hemos tenido la opción de elegir nuestro destino y tus antepasados eligieron mal. No permitas que una mala decisión destroce tu vida,

tienes que pensar en Clark, en su futuro. Dejando vuestra relación a un lado, ¿crees que Mike es lo mejor para él?

Se apartó para mirarle a los ojos. —No, ha demostrado que no es de fiar.

—Pues has contestado a todas tus dudas, niña. Cuanto más lejos mejor.

Salió del banco y fue hasta su camioneta. Abrió la puerta pensando en cómo invertiría ese millón de dólares.

—¿Opal?

Se tensó al escuchar su voz y enderezó la espalda antes de mirarle sobre su hombro. —¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar?

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos. —Se subió a su camioneta y cerró la puerta.

—¿Estás muy cabreada? Nena, no sabía cómo decírtelo.

—Al parecer no sabías cómo decir muchas cosas, pero no te preocupes, ya no me interesa saberlas. —Arrancó el motor y miró por el retrovisor.

—Joder, Opal, solo te pido cinco minutos.

Dio marcha atrás y aceleró a tope atravesando la carretera para embestir el cuatro por cuatro de Mike que estaba aparcado en la acera de enfrente.

—¿Pero qué haces?

—Upsss… —Sacó la cabeza por la ventanilla. —Lo siento. ¿Es muy caro? Tiene pinta de que sí. ¿No será nuevo?

—¡Pues sí! —Se acercó para ver el enorme abollón que le había metido en la parte del copiloto. —¡Joder! Pero no importa, ya ayer me lo habías llenado de agujeros y tenía que cambiarlo, nena.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el sheriff antes de fulminar a Mike con la mirada—. En este sitio no se puede aparcar.

—¿Qué? ¡Me ha embestido ella!

—Tú estabas cometiendo una infracción. —Sacó el talonario de multas. —Papeles del coche.

—¡Esto es increíble, joder!

—Sheriff, ¿puedo irme?

—Claro que sí, niña, haré que su seguro se ponga en contacto contigo.

—Gracias.

—Pero…

Ella aceleró haciendo un chirrido espantoso y soltó una risita mientras atravesaba el pueblo. Entrando en la carretera entrecerró los ojos. —Esto no es nada, Mike… Haré lo que sea para que te largues de aquí.

Mike miró a la mujer que le alquilaba la habitación. —¿Me está echando?

—Pues sí —dijo altanera—. No queremos en el pueblo a mala gente y no le quiero en mi casa. Tiene cinco minutos para recoger sus cosas si no quiere que llame al sheriff.

—Le he pagado una semana por adelantado.

—No.

—¡Sí!

—Le digo que no. —Se cruzó de brazos. —¿Quiere que llame al sheriff?

—No será necesario —dijo entre dientes entrando en su habitación.

La mujer se volvió para ir a la cocina y dijo por lo bajo —Eso te enseñará a no meterte con uno de los Flaherty.

Mike furioso abrió su armario y sacó la maleta que no había deshecho con la esperanza de que Opal le diera otra oportunidad en cuanto hablaran, pero al parecer iba a tener que sacar la artillería pesada. —Muy bien, nena. Tú lo has querido.

—¿Cómo que ha comprado la casa de la señora Reed? —preguntó incrédula—. ¿Cuándo se ha muerto esa mujer?

—Se ha ido a vivir con su hija, cielo. Y Mike no ha perdido la oportunidad.

—Sí, oportunista es un rato —dijo molesta antes de pensar en ello.

Su tía vio como poco a poco su rostro rojo de furia se iba transformando hasta mostrar una sonrisa maliciosa. —Uy, uy…

—Esa casa necesita un montón de reformas, ¿no es cierto?

—Sí. La mujer no es que invirtiera mucho dinero en ella. ¿Por qué lo dices?

—¿Para qué va a reformarla? Lo mejor es que la haga de nuevo.

—Niña, piensa en que tienes que criar a tu hijo y desde la cárcel no se puede hacer muy bien.

—Tranquila tía, que a mí no van a pillarme.

Mike asombrado miró la columna de humo que desprendía su casa en llamas y Clay le palmeó el hombro. —Te lo advertí.

—La madre que la parió.

Clay soltó una risita. —En doce horas te ha destrozado la camioneta y le ha prendido fuego a la casa, yo que tú me largaba cuanto antes.

Le fulminó con la mirada. —Yo no me rindo. —Se volvió para ir a su maltratado coche cuando vio que llegaba Luke en un impresionante cuatro por cuatro gris y Opal iba con él. Se detuvo en seco viendo como detenía el coche ante el único restaurante del pueblo y como ella riendo salía preciosa con un vestido verde agua, su cabello suelto y tacones. Incrédulo miró a Clay. —¡Lleva tacones!

—Las mujeres se los ponen de vez en cuando, ¿sabes?

Que se vistiera así para otro no le gustaba, no le gustaba nada y cuando vio como Luke la cogía por la cintura para entrar en el restaurante lo vio todo rojo. Furioso cruzó la calle.

—Tío, ¿tienes hambre? —preguntó Clay siguiéndole—. Te aconsejaría la hamburguesería. Allí no te ponen cuchillos.

—Cierra el pico.

—Bien, que no digan que no te lo advertí.

Mike abrió la puerta de malas maneras y entró en el local donde casi todos los que estaban en el escaparate viendo el incendio volvieron la vista hacia él, pero ni se dio cuenta porque enseguida localizó a Luke que apartaba la silla como todo un caballero para que Opal se sentara. Esta le sonrió y esa sonrisa le sacó de quicio. Caminó hasta su mesa con grandes zancadas y Opal le vio llegar, por supuesto, pero se hizo la loca. —Nena, tenemos que hablar.

Luke se interpuso entre los dos. —No puedes acercarte a ella.

—¿Pero de qué hablas? Aparta joder. —Le empujó a un lado y Opal sonrió. —Nena, no te lo dije porque no sabía cómo hacerlo. Me largué para firmar los papeles del divorcio y si no regresé antes fue porque mi padre se puso enfermo.

—Sheriff, ¿puede llevárselo?

Mike se volvió. Era cierto, allí estaba el sheriff y tenía las esposas en las manos. —Ven conmigo, que tenemos que hablar tú y yo.

—¿Hablar de qué?

—Un incendio intencionado para cobrar el seguro, es delito.

—¿Me toma el pelo? ¡Todo el mundo en este pueblo sabe que ella me ha quemado la casa! —Se giró. —Que nena, no te lo tomo en cuenta porque estás cabreada, ¡pero ya está bien, joder! —Se agachó a su lado. —Te juro que he hecho todo lo posible para que podamos estar juntos. Hasta he cambiado la empresa de país por estar contigo.

—Pues te has equivocado —dijo fríamente—. De cabo a rabo.

—Ahora me tiene a mí —dijo Luke.

Le fulminó con la mirada incorporándose. —¿A ti? ¿Te tiene a ti? Yo creía que te tenía la de ayer por la noche, esa que se largó contigo del bar.

Luke entrecerró los ojos. —¿Hablas de mi prima hermana? ¡Me llevó a casa!

Miró a Clay como si quisiera matarle y este hizo una mueca. —No me lo tomes en cuenta, es mi amiga.

—Y yo no, eso está claro.

El sheriff se acercó a él. —Las manos a la espalda.

Furioso se volvió para mostrar sus manos y mientras tanto la miró a los ojos. —¿Crees que esto va a detenerme? He tomado una decisión, nena, y no suelo equivocarme.

Parpadeó como si no tuviera ni idea de lo que hablaba. En ese momento llegó Lucy para llevarles la carta. —Sí, yo también tengo un montón de problemas con el padre de mi hijo. Lo mejor es que le alejes de Clark, te lo digo como amiga.

Se hizo un silencio sepulcral solo roto por el juramento de Clay.

—¿Clark? ¿Quién es Clark?

—Ostras Opal, ni imaginaba que no lo sabía —dijo la camarera sonrojándose hasta la raíz del pelo.

Opal volvió la vista hacia ella lentamente y siseó —¿Por qué no cierras la boca, bonita?

—Oh, sí, claro —dijo abochornada antes de largarse a toda prisa.

—¿Quién es Clark? —preguntó Mike antes de mirar asombrado a Clay—. ¿Quién es Clark?

—Tío, no me preguntes a mí.

—Es mi hijo.

Mike palideció girándose hacia ella. —¿Qué?

—Mi hijo.

—¿Hemos tenido un hijo?

Furiosa se levantó. —¡Tú no has tenido nada! ¡Es mío!

—Joder nena, lo siento. Si lo hubiera sabido…

Le dio un tortazo que le volvió la cara. —Ni se te ocurra terminar esa frase.

El sheriff tiró de él. —Vamos antes de que la cabrees más.

—Nena…

—¡Desaparece de mi vista! —gritó rabiosa.

Luke la cogió por los hombros pegándola a él y siseó —Lléveselo de una maldita vez.

—No te saldrás con la tuya, ¿me oyes? —le gritó Mike —. ¡Me quiere a mí! ¡Se entregó a mí! ¡Tú nunca le has importado!

—¡Y a ti nunca te importó ella!

Mike palideció aún más viendo el sufrimiento en el rostro de Opal. —No, nena, no le creas porque me importas. He hecho todo lo

que he podido para estar juntos y te lo voy a demostrar.

Descompuesta vio como el sheriff le sacaba a empujones del local. —Tranquila, todo se arreglará —susurró Luke antes de besarla en la sien—. Ven, siéntate, estás temblando.

—Esa estúpida de Lucy —dijo entre dientes.

—Preciosa, es un secreto a voces. Tarde o temprano se hubiera enterado por cualquiera.

—Solo lo sabe Clay.

Clay se agachó a su lado. —Todo el mundo sacó sus conclusiones. Vivió en tu casa, como te comportabas cuando se largó… La gente ató cabos.

Luke se sentó ante ella y suspiró. —Se iba a enterar tarde o temprano.

Le miró a los ojos. —¿Te molesta?

—¿Que sea hijo suyo? —Opal asintió. —No, no me molesta. —Hizo una mueca. —Supongo que ya me he hecho a la idea de que nunca vas a amarme.

—¿Y por qué sigues insistiendo? —preguntó Clay asombrado.

—Joder, porque es la chica más guapa, más lista y con más huevos de todo el contorno —dijo como si fuera idiota—. Lo que no

sé es por qué no lo has intentado tú.

—Sus huevos superan a los míos con creces.

Luke cogió su mano por encima de la mesa. —¿Crees que algún día le olvidarás?

—¿Cómo va a olvidarle si tiene un hijo suyo? ¿Eres tonto?

—Tío, ¿no tienes nada que hacer?

—Apoyar a mi amiga.

Luke gruñó. —¿Preciosa?

—¿Me estás pidiendo que te dé esperanzas? —preguntó insegura.

—Pues sí.

—¿Me amas? —Luke se quedó en silencio como si la pregunta le hubiera sorprendido y Opal sonrió con tristeza. —No me quieres. Solo me he convertido en un objetivo para ti.

—No, no es eso… —dijo confundido—. Si me hubieras preguntado si te amaba hace un mes, te hubiera dicho que sí sin dudar, pero…

—Pero ha llegado Mike. —Clay negó con la cabeza. —Y te ha abierto los ojos. Nunca le olvidará, es el amor de su vida y no tienes nada que hacer, así que te has rendido.

Luke le miró como si le quisiera arrancar la cabeza. —No me he rendido —dijo entre dientes.

—Tranquilo, lo entiendo. —Opal forzó una sonrisa. —Tienes razón, te mereces a una mujer que lo de todo por ti desde el principio y que te ame por encima de todo. Esa mujer no soy yo y ambos lo sabemos.

—¿Estás bien? —preguntó Luke haciendo que sus ojos se llenaran de lágrimas por su preocupación.

Opal se levantó provocando que los demás hicieran lo mismo. —Sí, ¿me puedes llevar a casa? He perdido el apetito.

—Sí, por supuesto.

—Tío ya la llevo yo, tenemos mil cosas de las que hablar.

Inseguro miró a Opal que asintió. —Gracias. Por todo. Lo que hiciste por mí…

—Eh, somos amigos. Los amigos están para ayudarse en los malos momentos.

Sonrió y le abrazó. —Y tú eres un amigo estupendo.

Sentada en la camioneta de Clay pensaba en todo lo ocurrido. —¿Le crees? —preguntó en apenas un susurro.

—¿A Luke? Creo que se ha dado cuenta de que no tiene nada que hacer y se ha retirado con dignidad. Pero ni se te ocurra sentir pena por él, ¿me oyes? Sabía dónde se metía, sobre todo después de lo de Mike.

Se mantuvo en silencio y él la miró de reojo. —Me contó lo de su padre, ¿sabes? Murió hace unas semanas. Durante ese tiempo aprovechó para hacer los trámites que necesitaba para cambiar la empresa aquí.

—¿Y eso no te parece raro? ¿Le importaba tanto y ni una llamada?

—¿Le hubieras cogido el teléfono?

—¡Claro que no!

—¿Hubieras leído sus cartas?

—¿Quién escribe cartas?

—¿Sabes? Te conoce muy bien a pesar del poco tiempo que pasasteis juntos. Sabía que estarías furiosa.

—¡Cómo no voy a estar furiosa si se largó! ¡Y sabía que me había robado!

—Voy a hacer de él, ¿de acuerdo? Antes de largarse. Digamos que estamos cenando y tú haces de ti misma. A ver cómo hubieras reaccionado.

—¡De una manera totalmente lógica!

—Muy bien, pues vamos a ello. Nena, tengo algo que contarte.

—¡Esto es ridículo!

—¿Sabes? Como quería camelarte para comprarte la mina, pero antes tenía que revisarla para no llevarme un chasco cuando la excavara, te mentí un poquito.

—¿Un poquito?

—Te solté ese cuento de que mi mejor amigo estaba a punto de conseguir una cadena perpetua para ablandarte, pero empezaste a gustarme. A gustarme mucho.

—¡Capullo!

—Nena, estaba separado, no la quería. Eras un rollito, pero la cosa se animó, me gustaste.

—¡Te largaste!

—¿Cómo iba a decirte que me iba a firmar el divorcio? Me hubieras enterrado en esa maldita mina por mentirte.

—¡Bien que esperaste para largarte cuando conseguiste el ópalo!

—Me lo llevé para que lo tasara un profesional, no una de estas sanguijuelas que compran por aquí.

Apretó los labios porque sabía que en eso tenía razón, los que les compraban los ópalos eran auténticas ratas que solo buscaban sacarles los ojos cuando ellos eran quienes hacían todo el trabajo. —¡Eso no es excusa! ¡Creí que habías muerto!

—No sabía que se había derrumbado la mina.

—¡Claro que lo sabías!

Clay frenó en seco a un lado del camino. —¿Cómo dices?

—¡Lo sabía! ¡Lo hizo a propósito! ¡No pensaba volver, por eso lo hizo! ¡Dejó la cuerda dentro!

—No jodas, ¿en serio crees eso?

—¿Entonces qué hacía la cuerda dentro? Además, al día siguiente bajé. Lo hizo a propósito porque varios puntales estaban tirados en el suelo cerca de la entrada. Los quitó.

—¿Con qué fin?

Entrecerró los ojos. —Que no bajara más a la mina. Sabía que no tenía dinero para hacer otro agujero y yo sola nunca podría

apartar todas esas piedras. Quería atarme de pies y manos.

Clay apretó los labios. —Menudo cabrito. —Miró al frente y ambos se quedaron en silencio sumidos en sus pensamientos.

—Quería arruinarme para que aceptara la oferta sin protestar y como no he aceptado, me suelta otro cuento.

—Pero te ha comprado esas tierras…

—Cierto… —Entrecerró los ojos. —Y se divorcia. Aunque el divorcio ya lo tenía previsto.

—¿Si quisiera comprar tus tierras a mala leche, no habría hecho la propuesta bajo una sociedad fantasma de esas?

—Igual no es tan listo como parece.

—Vamos, no busques cinco pies al gato.

—¿No son tres pies los que hay que buscar?

—Tres serían fáciles de encontrar. Lo difícil sería encontrar el quinto que es lo que estás haciendo tú dándole tantas vueltas.

—¡No te pongas de su parte!

—No me pongo de su parte, solo te digo que no especules. Hechos.

—El hecho es que me mintió, varias veces. ¿Por qué voy a creerle ahora?

—Buen argumento.

—Pareces abogado.

—Un abogado es lo que va a necesitar como le acusen de lo que has hecho tú.

Le fulminó con la mirada. —¿Lo que he hecho yo? —Le agarró de la oreja. —¿No pensarás chivarte?

—¡Ay, ay! ¡Opal no seas bruta!

Le soltó la oreja antes de señalarle con el dedo. —No se te ocurra cantar, sé dónde vives.

—¿Ahora me amenazas a mí?

—No es una amenaza, ¿cómo voy a amenazar a mi mejor amigo? —preguntó con cara de loca.

Clay forzó una sonrisa. —Claro, amiga. —Metió la marcha y enfiló el camino a casa. —Si es tan cabrón como dices, ¿por qué trajo el ópalo?

—Para tentarme.

—¿Tentarte?

—Para que vea lo que puedo conseguir. Ese ópalo no es de mi mina.

Clay volvió a frenar en seco. —No jodas.

Sonrió. —Piensa que poniéndome el cebo ante los ojos, voy a dejar que excave en mi mina, pero está muy equivocado.

—¿Pero estás segura de que no es un ópalo de tu mina? Igual…

—Ese ópalo es de Brasil, tiene un ligero tono verdoso y sé que en el último año allí se han encontrado piezas muy grandes. Además, no coincide en forma con el que había en mi mina, lo vi muy bien. No, estoy convencida de que ese ópalo lo ha comprado. Lo que es muy extraño teniendo en cuenta que en mi mina había un ópalo igual de grande.

—¡No tiene sentido nada de lo que dices!

Sin hacerle caso continuó —No pensaba irse ese día, estoy segura. Aquella mañana no tenía una actitud extraña, nada me hizo sospechar. De hecho antes de que me subiera al coche me pidió una marca específica de cerveza que le gustaba. —Entrecerró los ojos pensando en la mina. —¿Y si ahí abajo vio algo que le hizo salir pitando? ¿Qué podría ser? ¿Por qué irse como alma que lleva el diablo si no había robado nada? Nosotros no teníamos ningún compromiso, no me debía nada.

—Tenía la firma.

—Firmó el divorcio, sí, eso es evidente ya que tenemos las pruebas, pero cuanto más lo pienso más convencida estoy de que algo tuvo que ocurrir para que saliera pitando, es lo único lógico si no me robó el ópalo.

—¿Y si se asustó de algo? A mí esa mina me pone los pelos de punta, jamás bajaría. A lo mejor con sus traumas del ejército vio algo en su mente que le asustó.

—¿Y destruyó mi mina en su huida de eso que le asustaba? —preguntó incrédula—. ¿Mike?

—Sí, podría ser.

—Amigo, ha vuelto. Ha pasado casi un año y de repente hace una oferta, trae ese ópalo y nos suelta ese cuento de lo de su padre. ¡Si yo le hubiera importado tanto como te dijo, me habría llamado! Si tanto quería estar a mi lado, hubiera evitado que yo rehiciera mi vida, ¡pero le daba igual! Ahora solo intenta convencerme de nuevo. —Se le cortó el aliento. —Encontró algo que es irresistible. Algo que no quería que yo encontrara, por eso se llevó el tarro dejándome en la miseria. Algo tan importante como para arriesgar un millón de dólares y regresar para hacerse cargo de todo después de reconquistarme. Si tiene que cargar conmigo para conseguirlo le da igual, solo busca su objetivo.

—¿Estás segura de que ese ópalo vale tanto?

—Sí que lo vale.

—Anda, que te vas a sentir fatal como te equivoques y el ópalo sea de tu mina, haya muerto su padre y haya trasladado su empresa por ti.

Entrecerró los ojos. —¿Sabes dónde va a trasladar su empresa?

—Sí.

—Vamos hasta allí. Veamos lo que han avanzado.

Ante el solar se miraron sin bajarse del coche. Estaban trasladando en grandes camiones infinidad de maquinaria, y los camiones no dejaban de llegar mientras unos obreros hacían los cimientos de lo que obviamente iba a ser el edificio.

—Eso no lo ha preparado en unas semanas —dijo su amigo.

—No. Es un proyecto que llevaría meses, ¿no crees?

—Si quieres llamo a un amigo que tengo en la embajada americana. Su hermana estudio conmigo en la universidad y nos

llevamos muy bien. Puedo preguntarle cuánto se tarda en organizar algo así desde los Estados Unidos.

Asintió. —Haz esa llamada, amigo. Pero antes llévame al banco, tengo que sacar el ópalo.

# Capítulo 11

—¿Estás segura? —preguntó su tía sirviéndole la cena. Preocupada se sentó ante ella.

—Lo he llevado a Mackenzie. En cuanto lo vio dijo que era de Brasil, no tuvo dudas. Y Clay ha llamado a un amigo y este ha investigado un poco ya que tiene acceso a los ordenadores de Estados Unidos. Su padre murió hace seis semanas, pero ya había iniciado los trámites para traspasar su negocio a Australia. Y no es un negocio cualquiera, tía, tiene minas por todos los Estados Unidos y Canadá.

—Nada de esto tiene sentido.

Volvió la vista hasta el agujero de la mina cubierto con la placa de acero. —La respuesta está ahí.

—Ni de broma vas a bajar.

—Si quiero averiguar la verdad, tengo que saber qué ocurrió con esa pared. Si encontró algo que merecía la pena aparte del ópalo que ya me había enseñado. Ha invertido mucho dinero para conseguir mi mina, no parará. Tengo que saber qué es lo que se propone y no se me ha ocurrido una manera de que se sincere, así que…

—Sabes de sobra que es un fullero, nunca te dirá la verdad.

—Exacto, por eso tengo que averiguarlo yo. ¿Por qué se fue de repente? ¿Por qué derribó la mina? Debo bajar, tía.

—Lo prometiste.

—¡No empieces con eso, estamos hablando del futuro de mi hijo!

—Vende el ópalo, vende la mina y larguémonos de aquí.

—No pienso rendirme y salir huyendo. ¡Ese ópalo es mío! ¡Me está engañando de nuevo y quiero saber por qué! Me ha mostrado el ópalo como señuelo para que crea que mi mina dará millones y tiene que ser así, porque no es estúpido. Nadie invertiría tanto dinero trasladando su empresa de país para nada. Tiene que pensar que habrá muchos beneficios, que merece la pena. ¿Pero por qué

largarse así? ¿Por qué no hacer la oferta a través de una empresa fantasma como dijo Clay? ¿Por qué derrumbó la mina?

—Niña…

—¿Crees que ahora que sabe que tenemos un hijo va a dejarlo estar? Si es un capullo mentiroso, lo utilizará para intentar camelarme. Para aproximarse a mí. Estoy segura de que ya ha hablado con su abogado para saber cuáles son sus derechos. Se plantará aquí antes de que cante el gallo. Tengo que descubrir qué está pasando antes de que se meta tanto en la vida de Clark que pueda ocasionar un daño mayor.

—Como le haga daño a mi niño, me lo cargo.

—Tía tengo que bajar.

—Si te pasa algo… —dijo asustada.

—Seré precavida, te lo prometo. —Miró hacia la cuna. —Tengo mucho por lo que vivir.

Ajustó la luz del casco, pero no era suficiente así que fue hasta el foco y lo encendió. Mover todo aquello iba a ser un reto. La última vez que había habido un derrumbamiento la habían ayudado

algunos del pueblo, sobre todo porque había varios cadáveres y había que sacarles. Pero en ese caso no podía pedir ayuda porque nadie en su sano juicio bajaría allí. Serían varios días de trabajo, a no ser… Miró hacia arriba y sonrió. Mike en su prisa por huir se había dejado aquella grúa ridícula que le sacaría del agujero. Pues le iba a ser de mucha ayuda en ese momento.

Tres horas después sudando a mares tiraba de la palanca para que subiera el cable de acero y este elevó la enorme piedra. —Su tía se echó a reír. —Mi sobrina, la más lista de Australia.

—Gracias tía.

Le sonó el teléfono móvil y se lo sacó del bolsillo trasero del pantalón. —Dime Clay.

—¡Va para allá!

—Gracias. —Colgó el teléfono y gritó —¡Tía, ya viene!

—¡Verá las piedras!

Volvió la vista hasta la excavadora que había cambiado por el tractor y sonrió antes de correr hasta él. Lo encendió y lo llevó hasta la entrada de la mina. Bajó la pala a ras del suelo y arrastró las piedras hasta un lateral del granero. Estaba haciendo el último viaje cuando vio que una camioneta verde destartalada enfilaba el

camino. —Al parecer el transporte que se ha buscado ya no tiene tanta clase.

Caminó hacia la casa y su tía salió al porche con la pistola en la mano. —Querrá verlo.

—No hasta que lo diga un juez —dijo muy seria subiendo los escalones. Cogió la pistola y con ambas manos apuntó al vehículo. Un tiro en el camino hizo que Mike diera un volantazo antes de enderezar el rumbo y frenar en seco ante ellas.

Salió furioso. —¿Estás loca? ¡Nena, ya está bien!

—¿Cómo has conseguido que te soltaran?

—¡Porque el sheriff no tenía pruebas y yo tenía una coartada buenísima! ¡Estaba en el abogado cuando se produjo el incendio!

—Ese abogado va a tener un montón de trabajo.

—Muy graciosa.

—¿Qué haces aquí, Mike?

—¡Creo que es obvio! ¡Quiero conocer a mi hijo!

Entrecerró los ojos. —¿Cómo le has llamado?

—¿Estás diciendo que no es hijo mío?

—Para ser padre hace falta mucho más que un espermatozoide.

Impotente dio un paso adelante. —Muy bien, nena, culpa mía. Pero estoy aquí, ahora sí y quiero conocerle.

—Habla con un juez, a ver cómo le demuestras que es tu hijo. Yo también tengo abogado.

—No hagas esto. No así.

—¿Yo hago esto? ¡Esto lo hiciste tú cuando te largaste sin despedirte siquiera! —Bajó un escalón. —¡Ahora largo de mis tierras, joder! ¡Estoy harta de decírtelo!

Mike apretó los labios y se volvió para ir hacia la camioneta cuando se detuvo en seco. —¿Por qué la chapa no está puesta en la entrada a la mina?

Mierda. —¿Y a ti qué te importa? ¡No tengo que darte explicaciones de lo que hago en mi mina!

Se tensó aún más. —¿Estás trabajando en ella?

—Gracias a ti ya no puedo. —Busca una excusa creíble, Opal. —¡He bajado por una pala! ¿Contento? ¡Ahora largo!

Para su asombro en lugar de entrar en su camioneta la rodeó para ir hacia el agujero. —¡Eh! ¿Estás sordo? —Levantó la pistola y disparó. Así sin pensar. Y cuando le vio caer llevándose la mano a la pierna gimió. —¿Mike? ¿Estás bien?

—¡Has perdido el juicio! —Desde el suelo la fulminó con la mirada. —¡Me has pegado un tiro!

Corrió hacia él aún con la pistola en la mano. —¡Deja de apuntarme!

—Oh… —Tiró la pistola a un lado y esta se disparó.

Ambos se miraron asombrados antes de mirar la otra pierna de Mike de la que empezaba a brotar sangre. —¡Hostia!

—¡Ay madre, ay madre! —gritó de los nervios.

—¡Llama a emergencias!

—¿Emergencias? Sí, claro.

Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón mientras su tía llegaba hasta ellos. —¿Ya funcionan los móviles aquí? —preguntó él antes de gemir.

—Chico te has perdido mucho en todos estos meses.

Él agachó la mirada. —Sí, demasiado.

—Sí, le he pegado dos tiros, ¿qué pasa? ¡Entró en mi propiedad y pretendía entrar en mi mina! ¡Y ya me había robado antes! —Miró de reojo a Mike que gruñó por lo bajo. —¿Que si sangra? ¡Claro que sangra! —Miró sus heridas e hizo una mueca. —Y

bastante. —Apartó el teléfono y le dijo a su tía —Trae un par de cinturones, hay que hacerle torniquetes.

—¡Nena, deja de disparar a lo loco!

—¡Oiga, traiga el puñetero helicóptero! ¡El padre de mi hijo se muere! —gritó de los nervios—. ¡Sí, es el padre de mi hijo! ¿Y a usted qué coño le importa? ¡Envíe el helicóptero! —Colgó el teléfono y se arrodilló a su lado viendo la herida de su pierna izquierda por debajo de la rodilla antes de mirar la otra en el muslo. Esa era más grave, el disparo había sido desde más cerca y le había dado de lleno. —Dios, Dios…

—¡Deja de decir eso! —La agarró de la camiseta y atrapó sus labios besándola como si necesitara su aliento. Opal respondió casi sin darse cuenta y cuando se separaron lentamente se miraron a los ojos. —Lo siento, nena.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ya no se puede arreglar.

—Claro que sí —dijo como si estuviera desesperado—. Lo que tenemos es único, preciosa. Y conseguiré que vuelvas a quererme. Lo conseguiré.

Su tía llegó con los cinturones. —Aquí tienes.

No queriendo pensar en ello reprimió las lágrimas cogiéndolos de su mano. Rodeó su pantorrilla por encima de la herida y apretó con fuerza. —¿Estará bien así?

—Sí —dijo él con esfuerzo—. La otra, nena, empiezo a marearme.

A toda prisa rodeó su muslo mientras Betty se tapó la boca con la mano. Apretó con fuerza haciéndole gemir. —Lo siento, lo siento.

—Está bien. —Cogió su mano ensangrentada. —No bajes, nena.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

—Júrame que no vas a bajar.

—Sabes muy bien que no puedo cumplir ese juramento.

Él cerró los ojos. —Joder, me mareo.

—¡No, no! —Apretó su mano. —¡Mike, mantente despierto!

Abrió los ojos y sonrió con tristeza. —Me hubiera gustado estar contigo durante el embarazo.

—¿Quieres ver al niño? —Betty corrió hacia la casa. —Mantente despierto, ella le traerá.

—¿Tuviste miedo? Tu madre…

—Eso ya pasó.

—No, nena. No pasó, es parte del rencor y deberíamos hablarlo.

—No es el momento.

Cerró los ojos. —Supongo que no.

De repente sus facciones se relajaron y al sostener su mano se dio cuenta de que no tenía fuerza. —¿Mike? ¡Mike! —Le dio palmaditas en la mejilla y muerta de miedo apoyó el oído contra su pecho. Al escuchar su latido sollozó. —Dios mío, ¿qué he hecho?

Su tía ya en el porche la vio llorar besando su mano antes de cubrir su rostro de besos demostrando todo lo que le amaba. Betty sollozó. —Mi pobre niña… Esta familia nunca tiene paz.

Sentada en la sala de espera del hospital se apretó las manos. Estaba loca, Mike tenía razón. Por su maldito orgullo casi le había matado. No podía contener las lágrimas y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Estás bien? —preguntó alguien.

Sorprendida apartó las manos para ver una chica morena de unos veinticinco años. —¿Estás sola?

—Sí.

Se sentó a su lado. —Tranquila, quien quiera que sea el que está ahí dentro se pondrá bien, lo presiento.

—¿Lo presientes?

—Siempre he tenido este tipo de presentimientos. Y en un porcentaje muy alto siempre acierto. —Alargó la mano. —Melania Gonzalez.

—Opal Flaherty.

—¿Por quién estás aquí?

—Por… —Miró al frente. —Es que ni sé cómo definirle.

—Entonces no es solo un amigo ni un familiar. ¿Tu novio?

—Hace once meses creí que lo era. Ahora es un incordio en ocasiones, el padre ausente de mi hijo y el amor de mi vida.

Melania se la quedó mirando con sus inteligentes ojos castaños. —Eso ha sido muy sincero.

—Pues con él no he sido muy sincera y él conmigo tampoco. ¿Y tú por qué estás aquí?

—Mi tía se ha caído por las escaleras. Seguramente tendrán que operarle la cadera. —Señaló a un grupo de gente. —Esa es mi familia.

Una gran familia y se notaba que estaban preocupados. —Lo siento.

—¿Por qué está tu incordio aquí?

Sonrió sin poder evitarlo. —Le he pegado dos tiros en las piernas.

—Leche. —De repente se echó a reír. —Seguro que no se lo esperaba.

—Pues no sé por qué cuando no hacía más que amenazarle con eso como volviera a molestarme. —Melania siguió riendo. —Y dice que lo seguirá intentando, es de locos.

—Eso es que te quiere.

—¿Tú crees?

—Uy, me parece que necesitas consejo femenino. Espera, que para eso tenemos las mejores asesoras. —Silbó y varios de su familia la miraron. —Chicas, ¿tenéis un segundo? Necesita consejo.

Asombrada vio que cuatro de las que estaban de pie se acercaron, pero no quedó ahí porque dos algo más mayores se

levantaron de sus sillas para acercarse también. —Opal, mi familia. Chicas, ella es Opal y tiene un problema amoroso. —Ni cortas ni perezosas se sentaron a su alrededor. —¿Listas? —La miró. —Puedes empezar.

Se puso como un tomate. —No las conozco de nada —dijo por lo bajo.

—Así serán más objetivas —susurró ella—. Venga, seguro que podemos ayudar.

Una hora después terminó su relato y todas se quedaron en silencio. Miró de reojo a Melania que tenía la misma cara de pasmo que las demás. —No dicen nada —siseó.

—Espera que están pensando. Y es que es para pensarlo, leche.

La más anciana carraspeó antes de dar un golpecito con su bastón en el suelo y todas la miraron demostrando que era la matriarca del clan. —Debes darle una oportunidad o te arrepentirás toda tu vida. Si te defrauda, el problema será suyo, pero al menos tú

lo habrás intentado. Con los disparos pagará su penitencia. —Y sin más se levantó y todas se levantaron con ella.

—¿Así ya está? —preguntó defraudada mientras se alejaba.

—La nana también tiene presentimientos. Sigue su consejo y te irá bien.

La miró a los ojos. —¿Y tú qué opinas?

—Que un hombre que vuelve aun sabiendo que puedes pegarle un tiro, es porque lo desea más que nada. —A Opal se le cortó el aliento. —Pregúntate la razón.

—¿Crees que me quiere? ¿Que no es solo por la mina?

—La derrumbó para que no bajaras. Dices que es maligna. Quiere comprarte tus tierras.

—Pero no podía saber a ciencia cierta que yo no bajaría durante este año.

—Pero es que yo creo que tenía previsto regresar antes, pero las circunstancias se lo impidieron. Y tienes razón, lo de su padre no es motivo suficiente para no volver. Pudo hacer una escapada y venir a verte. Pero algo se lo impidió.

En ese momento salió un doctor con un pijama azul que decía a gritos que salía de quirófano. —¿Familiares de Michael Parsons?

—¡Yo! —Se levantó como un resorte y se acercó a él angustiada. —¿Qué ocurre? ¿Está bien?

El doctor apretó los labios. —He tenido que operarle la pierna derecha porque la bala había dañado el hueso que de por sí ya estaba muy dañado por su anterior operación, pero he podido salvarla.

Palideció. —¿Cómo salvarla? ¿Tan mal estaba? ¡Hace once meses la tenía bien!

—¿No lo sabe?

—¿El qué?

—El señor Parsons tuvo un accidente de coche en Nueva York. Le arrolló un camión de reparto, al parecer el conductor había perdido el control del vehículo. Se pasó tres meses inmovilizado.

Pálida dio un paso atrás. —¿Qué?

—Según me contó antes de que le operara, hace un par de meses terminó su rehabilitación. Sufrió fracturas muy graves en la parte derecha del cuerpo, aunque afortunadamente no tuvo lesiones cerebrales.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Y ella no se había enterado. —¿Una suerte?

—Se pondrá bien. Igual necesitará un bastón en el futuro, pero está estable y…

—¿Cómo que un bastón? —gritó sobresaltándoles—. Vuelva ahí dentro y arréglele en condiciones que mi hombre es minero y necesita que sus piernas estén al cien por cien. ¿Cómo cree que va a salir si se le derrumba la mina?

—Señora…

—¡Señorita! ¡Aunque por poco tiempo, porque ahora que está aquí no se me escapa!

—Bien dicho —dijo Melania tras ella.

—No creo que pueda ejercer esa profesión en el futuro.

Entrecerró los ojos sin darse cuenta de que lloraba. —Usted no le conoce. ¡Mi hombre es capaz de todo para conseguir lo que quiere a pesar de que usted no haya hecho bien su trabajo!

—He hecho bien mi trabajo —dijo indignado.

—¿Entonces por qué lo del bastón? —gritó de los nervios.

—¡Señorita, necesita un sedante!

—¡Sí, ahora drógueme para que no le dé la lata!

El cirujano parpadeó antes de volverse y decir por lo bajo —Ese hombre es un santo.

Jadeó antes de gritar —¡Quiero verle para asegurarme de que está bien!

La fulminó con la mirada mientras abría la puerta. —Estaba muy bien hasta que le pegó dos tiros.

Se puso como un tomate mientras toda la sala la miraba con los ojos como platos. —¡Eh! ¡Qué allanó su propiedad! —exclamó Melania defendiéndola.

Varios murmuraron antes de volver a sus cosas y ella miró a Melania. —Un bastón —dijo compungida.

—Tranquila, seguro que no lo necesitará.

—Mi tía se resiente de la rodilla cada poco, incluso con prótesis le duele y él…

Melania la abrazó. —Es joven y fuerte, ya verás como se recupera del todo. ¿Acaso habías notado algo de su accidente anterior?

—No —dijo avergonzada por no haberse dado cuenta—. No cojeaba ni nada, jamás se me pasó por la cabeza que hubiera estado herido tanto tiempo, parecía el de siempre.

—Entonces es un luchador como suponía. Hace meses luchó por estar como antes y volverá a hacerlo, tranquila. —La cogió por

los hombros. —Ven, siéntate que te veo algo pálida.

Se dejó caer en su asiento y gimió pasándose las manos por las mejillas para borrar sus lágrimas. —Un accidente…

—Eso es para que os deis cuenta de que las desgracias ocurren en todos los sitios.

Se le cortó el aliento apartando las manos y la miró a los ojos.

—Esa mina no está maldita. Solo que es lo único medianamente peligroso que tenéis alrededor. Os pasáis en esas tierras tanto tiempo que es lógico que tu familia muera allí.

—¿Y por qué no se mueren en la cama o cayéndose por las escaleras?

Entrecerró los ojos. —Buena pregunta.

—Eres de gran ayuda —dijo con ironía.

—¡Eh! ¿Quieres ayuda? Esta misma tarde iré a tus tierras a echarles un vistazo con mi abuela. Si hay algo malo nos daremos cuenta.

—¿Eres bruja o algo así?

Hizo una mueca. —Soy… hipersensitiva.

—¿Eso existe?

—Ahora sí, no seas pesada. Y como siento más que los demás, te voy a decir que siento que entre nosotras va a haber una gran amistad.

Sonrió, no pudo evitarlo. —Me parece bien.

—Te parezca bien o mal va a ocurrir.

—Perfecto.

—¿Quedamos esta tarde para que me dé un garbeo por tu finca? Mi tía tiene quien la cuide.

—¿Y Mike?

—¿Es guapo?

—Mucho, muchísimo.

—Seguro que las enfermeras se morirán porque les pida la cuña, tranquila.

# Capítulo 12

Melania salió del pequeño coche rojo que llevaba y sonriéndoles lo rodeó para abrir la puerta de su abuela. —¡Me ha costado encontrarlo! No vi la primera desviación, un seto ha cubierto el cartel.

—Lo siento —dijo ella bajando los escalones del porche—. Pasad a la casa, con este calor estaréis deseando una limonada.

—No —dijo la abuela mirando fijamente a su tía que aún estaba en el porche—. Quiero pasear.

Frunció el ceño y se volvió para mirar a su tía que se encogió de hombros. Ambas miraron a la anciana que caminó por sus tierras dando círculos. Opal se acercó a Melania. —¿Qué hace?

—Está sintiendo.

—¿Y tú qué sientes?

Melania apretó los labios. —Dolor. Siento dolor y pena.

—¿De veras?

—Muchas lágrimas han regado estas tierras —dijo antes de caminar lentamente hacia el agujero que aún seguía abierto. Rodeó la sangre de Mike que aún estaba en el suelo y cuando llegó al pozo lo miró. A su lado se puso su abuela.

—¿Qué hacen? —preguntó su tía sobresaltándola.

—Sentir.

Abuela y nieta se pusieron hablar en español. En susurros, como si temieran molestar a alguien. Mientras, ellas las observaban en silencio. Entonces Melania se volvió. —Mi abuela quiere bajar.

—Será una broma —dijo antes de negar con la cabeza—. ¿Si no puede caminar bien cómo va a bajar por ahí?

La abuela tiró el bastón a un lado y ni corta ni perezosa se agachó para agarrar los extremos de la escalera de hierro. —Pero…

—Tranquila, no pasará nada —dijo Melania antes de empezar a bajar tras ella.

Las Flaherty se miraron. —¿Qué hacemos? —preguntó su tía.

—Esto no me lo pierdo. —Las siguió a toda prisa.

—Tú siempre buscando excusas para bajar.

Sacó la cabeza. —Te mueres de curiosidad, reconócelo. —Su cara de frustración le hizo soltar una risita antes de bajar los barrotes de acero a toda prisa. Cuando llegó abajo las vio acercarse a las piedras. —Cuidado, esa zona todavía no la he apuntalado.

—Shusss… —dijo la abuela antes de colocar las manos sobre las piedras derrumbadas que estaban ante ella. —¿La sientes, niña?

—Sí —dijo Melania—. Sufre. Su dolor es intenso.

—Por su amor perdido. Necesita encontrarle, necesitan unirse. —Se volvió hacia ella. —Subamos, mejor hablamos de esto arriba no vaya a ser que se enfade.

—¿Quién? —preguntó asombrada.

—Ahora te lo contamos, sube —dijo Melania apurada.

Viendo la agilidad con la que subió la anciana decidió hacerles caso y al llegar arriba la abuela sonrió a su tía. —Soy Rosaura.

—Encantada, soy Betty.

—Ahora te vas a enterar de la razón por la que tu familia ha sufrido todos estos años, ¿tienes la mente abierta para llegar a comprenderlo?

—Sí.

—Pues estaré encantada de contártelo mientras tomamos esa limonada.

Apenas cinco minutos después Opal se sentó impaciente ante ellas, que bebían sedientas de la limonada que había preparado su tía. Rosaura dejó el vaso vacío sobre la mesa y suspiró. —Hace años, muchos años, incluso antes de que un hombre blanco pisara Australia, en un poblado asentado en estas mismas tierras, una hermosa chica estaba intensamente enamorada de uno de los guerreros. Le amaba con tal fuerza que lo único que deseaba cada día era una sola mirada de él. Afortunadamente esa mirada llegaba cada día, pero jamás le hablaba, nunca se acercaba y llegó un punto que esa mirada ya no fue suficiente. Entonces llegó el dolor porque se dio cuenta de que su amado no parecía dispuesto a pedir su mano y había llegado el momento de casarse.

Opal y su tía asintieron. —El padre de la chica sabiendo el sufrimiento que padecía, intentó arreglar el matrimonio, pero el padre de él se negó. Prefería a la hija del jefe. Un día él regresó de cazar y se encontró a la chica a unos metros del pueblo. Estaba herida y su pie desnudo sangraba sobre la tierra rojiza.  A pesar de

que su padre le había prohibido acercarse a ella, la cogió en brazos para llevarla a casa y la curó. Fue inevitable, en cuanto sus pieles se rozaron su amor fluyó como la sangre que fluye por las venas. Intentaron que el jefe aprobara su matrimonio y lo hizo. El guerrero era muy apreciado por él y no quería defraudarle. La chica estaba henchida de felicidad porque iba a ser su esposa. Pero la noche antes del ritual, él fue reclamado por su jefe para que fuera a cazar y le picó en la pierna una víbora de la muerte. El guerrero al darse cuenta de que moriría se rajó la pierna en un intento desesperado por salvarse, pero lo único que consiguió fue desangrarse sobre la hierba. Al llegar la noche la chica preocupada hizo que le buscaran y cuando encontraron su cadáver no muy lejos de la aldea, solo quiso reunirse con él.

—Se suicidó.

—Salió corriendo de la aldea rota de dolor y como sabía que solo había una manera de que estuvieran juntos el resto de la eternidad, se cortó el cuello gritando que sus corazones siempre estarían juntos. Pero eso no fue así. La sangre fluyó por la tierra como ríos, desesperada por encontrarle, por unirse a él para siempre, pero nunca se encontraron. Por eso el ópalo de aquí es negro pues la sangre se oscurece con el paso del tiempo y al no

haberle encontrado esa sangre se ha tornado de ese color. Necesita, que su corazón, su alma le encuentre para descansar. Sabe que los mineros solo quieren el ópalo para enriquecerse y eso la enfurece. Quiere a su amado y no dejará que nadie robe su corazón, pues tiene que encontrarle.

Separó los labios de la impresión. —¿Me estás diciendo que esa chica mata a mi familia porque quieren robar su corazón?

—Sí.

—¡Sabía que estaba maldita! —gritó su tía furiosa levantándose.

—No está maldita —dijo Melania—. Tenéis que ayudarla. Si tenéis un corazón puro dejará que cojáis su esencia para que la llevéis hasta su amado. Aceptará la ayuda, ha sufrido mucho.

—Vamos a ver si lo he entendido. ¿Ella está enterrada ahí abajo?

—No.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Es su sangre la que está ahí. Fluyó por las grietas como si fueran venas y formaron un corazón.

Se le cortó el aliento porque una de esas venas como ella la llamaba era lo que Mike había encontrado.

—Es ese corazón lo que necesita unir a su amado. Debes encontrar el del guerrero y unirlos para siempre. Así se acabará eso que vosotras llamáis maldición y os dejarán en paz.

—Vamos a ver… —dijo su tía empezando a cabrearse—. ¡Si no sabemos dónde murió él!

—Debéis encontrarle. Pero seguro que no está muy lejos de donde está ella —dijo la abuela—. Si yo quisiera quitarme la vida para unir mi alma a la suya lo haría donde murió él, ¿no?

—Pero si no se encontraron —dijo Betty mosqueadísima—. ¿Y si en su desesperación fue en dirección contraria huyendo del dolor?

Abuela y nieta se miraron antes de encogerse de hombros. —Yo no he sentido nada sobre eso, ¿y tú, abuela?

—No.

—¡Estupendo! ¿Sabes cuántas hectáreas tenemos? ¿Y si está en la tierra del vecino?

Se le cortó el aliento y entonces su tía se debió dar cuenta porque la miró con los ojos como platos. —Lo sabía —susurró—. Mike lo sabía.

—Y por eso hundió la mina, pero no pudo volver a tiempo por su accidente y por la muerte de su padre. Tu embarazo fue un pequeño milagro que te alejó de la mina.

—Compró las tierras y trasladó la empresa porque quiere buscarle.

—Para alejar la maldición de nosotros. —Sus nuevas amigas iban a decir algo. —Oye, majas, llamarlo como queráis, ¡pero esa chavala ha matado a casi toda mi familia! ¡Tengo derecho a llamarlo como quiera!

Ambas hicieron una mueca antes de que Melania dijera —Ella solo se está defendiendo.

—¿Y por qué a mí no me ha hecho nada?

—Porque tú solo cojes lo que necesitas. Confía en ti. Tiene la esperanza de que puedas ayudarla.

Apretó los labios mirando hacia la ventana y susurró —¿Cómo se llama?

—Aremi —dijo Melania—. ¿Sabes lo que significa?

—No.

—Significa mágico.

—¿Y él? —preguntó su tía.

—Él se llamaba Dainan y su significado es de buen corazón.

—Dios mío… —dijo su tía preocupada antes de mirarla—. Niña, ni se te ocurra.

—Tengo que ayudarla, confía en mí.

—¿Y si están equivocadas?

—Las dos hemos sentido lo mismo —protestó Melania—. Sé que mucha gente no cree en estas cosas, pero no me arriesgaría a enviarla ahí abajo si hay posibilidades de que pueda morir, no estoy loca.

—¡Tiene que pensar en su hijo!

—¿De verdad piensas dejar que siga sufriendo después de saber esto? —Melania se levantó. —Dime cómo se utiliza un pico y bajo yo.

—Bien dicho, niña.

—Ah, ¿que me dejas bajar?

—Claro. —La abuela miró a Opal a los ojos. —Ella bajará contigo. ¿Crees que enviaría a mi nieta si no estuviera segura de lo que digo?

Apretó los labios. —Muy bien, empezaré mañana mismo.

Abrió la puerta de la habitación del hospital y lo hizo muy lentamente para no molestarle si estaba descansando. —¿Dónde coño estabas?

Bufó abriendo la puerta del todo y al verle tumbado en la cama se llevó la mano al pecho porque de una de sus piernas por la parte de arriba del muslo salían dos hierros que impresionaban, la verdad. —Sí, pon esa cara. ¡Nena, no vuelvas a coger un arma!

—No. —Se acercó. —¿Estás bien?

—¿Tú qué crees?

Hizo una mueca mirando su otra pierna que estaba fuertemente vendada. —No tienes buena pinta.

—Vaya, gracias. ¿Dónde estabas? ¿No habrás bajado?

—¿Tenías que preguntar eso?

—Nena…

—Ya lo sé. —Se sentó a su lado.

La miró con desconfianza. —¿Qué sabes?

—Lo de esa mujer, la aborigen.

Separó los labios de la impresión. —¿La has visto?

—¿Tú la has visto? ¿Cómo es?

—Nena, ¿cómo lo sabes si no la has visto?

—Me lo ha contado una amiga. Venga, cuéntame… ¿La viste? ¿Por eso saliste por patas?

—No salí por patas.

—Ya, claro.

—Tenía obligaciones.

—¡No me cuentes rollos! ¿Te asustó?

—¡Joder, ver un fantasma asusta a cualquiera!

—A mí no me asustaría.

—Nena, ¿a ti te asusta algo?

—¡Pues sí, ayer me asustaste!

—¿Yo?

—¡Casi la cascas! —le gritó como si fuera el culpable de todo.

Mike sonrió. —Nena, me pondré bien.

—¿De veras? —Se tumbó sobre él sorprendiéndole y le abrazó con fuerza. —No podría vivir con tu cojera sobre mi conciencia.

Él acarició su espalda. —Me pondré bien.

Pasados unos minutos en los que disfrutó de su contacto, se apartó para mirar su rostro. —¿Me lo vas a contar?

Mike apartó un mechón de su cabello de la mejilla. —Antes bésame.

Los ojos de Opal bajaron hasta sus labios y susurró —No debería, porque estás en el hospital y… —Acarició sus labios suavemente. —Pero te he echado tanto de menos que no puedo resistirme. —Besó su labio inferior.

—Nena, como sigas así no respondo —dijo con voz ronca antes de entrar en su boca para besarla tan apasionadamente que sintió que se le detenía el corazón. Él la cogió por la nuca girando su rostro y profundizó el beso provocando un estremecimiento en su vientre. Asustada se apartó con los ojos como platos—. ¡Estás excitado!

—Estoy medicado, pero eso funciona perfectamente.

Intentó besarla de nuevo, pero Opal saltó de la cama. —¡Estabas casado!

—¿Ahora vamos a tener esa conversación?

—¡Sí!

Él suspiró dejando caer la cabeza sobre las almohadas. —Estábamos separados desde hace mucho. Si te has fijado en la fecha del divorcio…

—¡Tenías que habérmelo dicho! ¡En aquel momento aún estabas casado!

—¡No sabía que iba a enamorarme de ti! —dijo cortándole el aliento—. ¡Solo venía a revisar la mina para ver si me interesaba como me habían dicho y te encontré a ti! Preciosa, fuerte, valiente. ¡Después de conocerte, la mina me importaba una mierda más allá de poder impresionarte! Me tratabas como un idiota y…

—Qué va…

—Nena, ni sé las veces que te he oído llamarme novato.

Se puso como un tomate. —Porque lo eres o no hubieras destrozado aquel ópalo. ¿Lo recuerdas?

—Ya estás tú para recordármelo. ¿Continúo?

—Por favor… —dijo molesta. Ni que fuera un ogro. Vale que estaba en la cama del hospital por su culpa, pero había sido un impulso, la había sacado de quicio.

—Nena, ¿me estás escuchando?

Se sonrojó. —Pues no.

—Eso es evidente. —Mosqueado se sentó. —Oye, ¿continúo o no?

—¡No te pongas así después de todas las trolas que me has soltado! ¡Tu hijo no me ha dejado dormir en toda la noche y he tenido que conducir tres horas para llegar hasta aquí para verte!

—¿Qué le pasa?

—Gases.

—¿Y eso es grave? Nena, el médico está lejos y…

—Está bien. Le he dejado alimentado y durmiendo como un angelito. —Se sentó a su lado de nuevo. —¿Por dónde ibas?

—Podías haberlo traído contigo para que le revisaran.

—No pienso ir en el coche tres horas con un niño que se puede poner a berrear en cualquier momento. Con la tía está fresquito y mucho mejor sin tanto virus a su alrededor.

—Claro. —Se tumbó en la cama.

—Lo siento, pero…

—Tienes razón, le veré en casa.

Su corazón dio un vuelco. —¿Cómo que en casa?

—Nena, alguien tiene que ayudarme un poquito. Casi no puedo ni llegar al baño con este armatoste.

—Ah, que vuelves a casa.

La miró asombrado. —¡Pues sí!

—Uff, más trabajo.

Mike sonrió. —¿Estás protestando?

Se sonrojó. —No. Sigue. ¿Qué pasó ese día?

—Te fuiste de compras con tu tía y empecé a apuntalar la mina. Estaba golpeando uno de los tablones con el martillo cuando escuché un llanto. Joder, te aseguro que se me pusieron los pelos de punta y miré hacia atrás. Entonces vi una luz en el túnel de la derecha. La luz se acercaba y el llanto también. Fue cuando apareció. Era preciosa, nena, pero su rostro mostraba tal sufrimiento que te partía el corazón. Mostraba la sangre en sus manos y de repente esa sangre flotó hasta la pared que tenía al lado y se metió entre las grietas. Ayúdame, ayúdame, no dejaba de repetirlo. Entonces algo tras la pared brilló. Necesito su corazón. Fue cuando desapareció. Se me pusieron por corbata y me quité la cuerda de la cintura porque no llegaría al final del túnel de la derecha. Caminé por el túnel buscándola, pero estaba vacío. Intenté buscar una explicación lógica a lo que acababa de ocurrir y cuanto más pensaba en ello más me acojonaba. Las palabras necesito su corazón no

dejaban de repetirse en mi cabeza y entonces pensé en tu familia, en ti y creí…

—Que quería mi corazón.

Mike asintió. —Así que quité varios puntales y derruí la mina. Su grito de dolor se debió oír a kilómetros de distancia y supe que había cometido un error. Entonces me desmayé y les vi. —La miró a los ojos. —Jamás había sentido un amor tal entre dos personas. Eran tan dichosos… Vi la muerte de su amante y vi como ella moría, las palabras que pronunció. Entonces me di cuenta de lo que había hecho al derrumbar la mina y lo que pasaría cuando tú llegaras. Mejor quitarme del medio unos días hasta que se te pasara el cabreo, así que me largué aprovechando que tenía que firmar el divorcio. Al menos volvería con algo zanjado.

—Pero tuviste el accidente.

La miró sorprendido. —¿Cómo te has enterado?

—Se lo contaste al médico.

—¿De veras? —dijo confuso—. No lo recuerdo.

Acarició su mano y él la apretó como si no quisiera perderla jamás. —Cuando desperté en el hospital, quise llamarte.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Pensé que no me creerías. Estaba convencido de que pensabas que os había robado y no querrías ni escucharme.

—¿Por qué te llevaste el bote con los ópalos pequeños? —susurró.

—Para que no consiguieras dinero y contrataras a alguien para sacar las piedras, para despejar la mina. En aquel momento estaba tan desesperado porque no bajaras que hubiera hecho cualquier cosa. Luego me di cuenta de las implicaciones que tenía llevarme el bote y que pensarías que había conseguido algo grande en la mina antes de largarme. —Apretó su mano. —Tenía que haberte llamado, pero habían pasado meses y me dije a mí mismo que era mejor decirte lo que había ocurrido en persona. Pero mi padre enfermó.

—Lo siento mucho.

Él apretó los labios con la mirada perdida pensando en ello. —Hablé con mi madre de ti, de lo que sentía y me dijo que debía empezar a poner las cosas en orden para cuando mi padre se fuera. Que después no debía dilatarlo más. —Sonrió mirándola. —Sabía que no me darías ni la hora cuando habías estado casi un año sin verme, así que pensé en la compra.

—Para que fuera yo a Nueva York.

—No te dejarían pasar la escopeta por la aduana.

Se sonrojó de nuevo haciéndole reír. —Y así hablarías conmigo.

—Exacto, pero te negaste, así que no me quedó otro remedio que venir y enfrentarme a los tiros.

—Déjalo ya.

Riendo la cogió por la cintura para tumbarla a su lado y la miró con un amor que la enterneció. —Pero me dije no puedo ir con las manos vacías, tengo que demostrarle que soy un buen tío, así que te compré un regalito.

—Me encanta mi ópalo, gracias.

—De nada, nena. Sabía que si no venía con un ópalo en las manos que demostrara que no te había robado nada, me pegarías dos tiros antes de que me bajara del coche.

Hizo una mueca haciéndole reír con ganas. —Te bajaste del coche antes de que me lo mostraras.

—Sí, eso me sorprendió, la verdad. —Besó sus labios suavemente. —Ya hablaremos de lo de Luke.

—No hay mucho que decir. ¿Por qué compraste las tierras? ¿Por ella?

—No he dejado de soñar con ella y con lo que le pasó durante todo este último año. Tengo que hacer algo.

Se le cortó el aliento. —¿Sabes dónde está él?

—No, solo he visto una roca donde murió. Fue de donde salió la serpiente. Pero la orografía del terreno habrá cambiado en todos estos años. Puede que esa roca haya desaparecido hace mucho tiempo.

—¿Qué tamaño tiene? ¿Cómo es? Puede que la haya visto.

Él estiró la mano y abrió la mesilla del cajón. —He intentado dibujarla mil veces. La parte de arriba acaba en punta.

Miró el dibujo atentamente antes de echarse a reír y él gruñó. —El dibujo no es lo mío, ¿vale? Pero la parte de arriba es así. —Lo señaló con el dedo. —¿Ves esta curvatura antes de llegar a la punta? Y la otra parte es recta. ¿Has visto algo parecido?

—No, en mi finca no está.

—Mierda. En aquella época iban a pie a todos los sitios, no puede estar muy lejos de la mina.

Separó los labios de la impresión. —¿Crees que pasó mucho tiempo entre que murió él y murió ella?

—No estoy seguro. Vio su cadáver y gritó tirándose sobre él, pero en la siguiente imagen que apareció en mi cabeza la vi corriendo con el cuchillo en la mano.

—Corría, ¿a dónde?

—No lo sé. De repente se detuvo y rogó antes de rajarse la garganta. Joder nena, es lo más impactante que he visto nunca.

—Quería que sus corazones se unieran. —Pensó en ello. —Dios mío, se equivocó.

—¿A qué te refieres?

—Fue a su tumba para intentar unirse a él, regó la tierra con su sangre, pero él ya no estaba allí. Su sangre estaba en otro sitio.

—Donde murió.

—Exacto. Ella murió frente a nuestra casa, pero él murió donde está esa roca.

—Pues hay que encontrarla.

# Capítulo 13

Se bajó de la camioneta y sonrió a Melania que bebía limonada en el porche. —¿Cómo está tu chico?

Hizo una mueca cerrando la puerta del coche. —Hecho un guiñapo, el pobre.

—¿Qué es lo que sabe?

—Todo. La vio ahí abajo.

—¿Sabe algo más?

Metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó el dibujo. —¿Y mi tía?

—Está cambiándole el pañal al niño. Felicidades, es para comérselo.

Sonrió abriendo la mosquitera. —Voy a verle, tendrá hambre.

—Le he dado el biberón —dijo distraída—. Opal…

Se detuvo mirándola. —¿Qué?

—No está aquí.

—No me fastidies —dijo decepcionada.

—Siento que este no es el sitio.

Pensó en ello. —Pero la serpiente salió de ahí, Mike lo vio.

—¿Vio cómo le mordía?

—Sí.

—¿En cuanto salió de la roca?

—Eso no lo sé.

—Estoy convencida de que no está ahí.

—¿Y ahora qué?

—Menos mal que me tienes a mí. ¿Lista para una caminata?

Bufó agotada. —No fastidies.

—Tengo que palpar, sentir.

—En cuanto vea al niño nos vamos.

—Perfecto —dijo radiante su nueva amiga.

Cuando entró en la casa, su tía ya bajaba las escaleras con el capazo en la mano. —Tía, te dolía la rodilla…

—No me voy a caer. Me agarro a la barandilla. Además, tengo la rodilla mucho mejor.

Se acercó a ella y cogió el capazo. Su niño ya estaba dormido y sonrió. —¿Cómo ha comido?

—Como un bendito. Si le hubiera dado otro se lo hubiera tragado.

—Oh, ¿se ha quedado con hambre?

—Está dormido, ¿no? Deja de preocuparte.

Levantó una ceja enderezándose. —Ya te preocupas tú por las dos.

—Por favor, no bajes.

—Quiere, necesita nuestra ayuda. Mike la vio, ¿sabes?

—No fastidies —dijo acercándose asombrada—. ¿Y qué le dijo?

—Le rogó ayuda.

—Dios mío… —Se sentó a la mesa de la cocina realmente impresionada. —Mató a los nuestros.

—¡Se defendió! —dijo Melania desde fuera.

—¡Oh, cierra el pico! ¡Los mató! —Miró a Opal. —¡Tu padre está bajo tierra por su culpa!

Apretó los labios sentándose a su lado. —¿Nunca te dijeron que alguien había visto algo? Si la vio Mike…

Su tía se tensó, lo que le llamó la atención. —¿Tía?

Se levantó para ir hacia la nevera. —Mi padre vio algo.

—¿De veras?

—Creímos que estaba borracho. Eso fue un año antes de morir.

—Papá…

—Nunca me dijo nada. —Sacó el redondo de ternera para empezar a preparar la cena.

—¿Tía? —Se levantó y se acercó a ella. —Dime la verdad.

—Me dijo que nunca te contara nada.

—La vio, ¿verdad?

—La noche antes de que muriera tu madre.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —No.

—No entendía lo que le quería decir. Ni mi padre tampoco.

—Eso es porque no me tenían a mí —dijo Melania entrando en la cocina—. ¿Nos vamos?

—¿A dónde vais?

—A dar una vuelta por la finca a ver si siento algo. —Melania dejó el dibujo sobre la encimera al lado del vaso.

Betty cogió el dibujo a toda prisa. —¿Qué es esto?

—¿Sabes dónde está? —preguntó Opal.

—Mi novio del instituto me llevaba allí cuando era joven. Estaba cerca de casa y no nos veía nadie para besuquearnos a gusto.

—¿Dices que está cerca de aquí?

—Está pasando la vieja carretera. En el desvío que lleva a las tierras del viejo.

Gimió llevándose la mano a la frente. —¿Qué? —preguntó Melania—. A lo mejor murió cerca de allí, es una buena noticia.

—Es una noticia pésima. Son las tierras del viejo. Las únicas que Mike no ha comprado y sé exactamente la razón. Nadie le sacará de sus tierras hasta que no tenga los pies por delante.

—Pero solo tenemos que entrar en sus tierras para comprobar que está por allí. Si no es así no habrá problema.

Asintió. —Sí, primero comprobémoslo.

Detuvo la camioneta donde le había dicho su tía, pero ella no veía ninguna piedra.

—¿Es aquí? —preguntó Melania abriendo la puerta.

—Creo que sí. Ahí está el desvío. —Miró a su alrededor. —¿La ves?

Su amiga miró hacia unos setos que estaban a varios metros. —Veamos que hay detrás.

Rodearon los setos. —Ten cuidado —dijo Opal—. Puede haber algún animal escondido.

—Tranquila.

Cuando llegaron al otro lado parpadeó viendo la roca. No le llegaba ni a las rodillas. —¿Cómo mi tía la vio siquiera?

—¿Porque estaba tumbada a su lado?

—Jo, qué asco. —Melania se echó a reír. —Y luego cuidaba mi virginidad como oro en paño.

—Así son las tías. Las tías, las madres, las abuelas…

—¿Cómo es?

—¿El qué?

—Tener una familia tan grande.

Forzó una sonrisa. —Es genial.

—Sí, debe serlo. —Emocionada miró a su alrededor. —¿Palpas o paseas?

Melania la cogió por el brazo para volverla. —Sé que has perdido mucho por esto, por eso que lo hagas es todavía más increíble. Ella te lo agradecerá.

—No es necesario. Solo quiero que mi hijo esté seguro.

—¿Crees que será minero?

—¿Con los padres que tiene? ¿Y dueño de casi todo lo que alcanza a la vista? Es carne de cañón.

—Seguro que alguno te saldrá médico.

—¿Cómo que alguno?

—Tendrás seis. No, siete.

—Anda ya.

Soltó una risita. —Yo tendré cinco.

—¿Tienes novio?

—No, pero estoy a punto de conocerle. —Miró hacia el suelo. —Mi abuela me lo ha dicho y en cuestión de amores nunca falla.

Se escuchó un frenazo y ambas estiraron el cuello por encima del seto para ver que Luke se bajaba de la camioneta. —¿Pero qué haces aquí, Opal?

Melania dejó caer la mandíbula del asombro mientras él se acercaba.

—Íbamos a ver al viejo y a mi amiga le entraron las ganas, no sé si me entiendes.

—Te entraron las ganas a ti —dijo ella entre dientes.

—Oh… —dijo Luke deteniéndose en seco—. ¿Ya habéis acabado o…?

—¿Qué haces por aquí?

—Winston me ha llamado.

—¿De veras?

—Le duele el estómago y quiere que le lleve al médico.

—Que amable, ¿no? —preguntó su amiga antes de sonreír de oreja a oreja.

—¿Y tú eres…?

—Oh, es Melania —dijo como si no tuviera importancia. Su amiga le dio un fuerte codazo—. Ay…—La miró y su amiga con los

ojos como platos hizo un gesto con la cabeza hacia Luke. Sin comprender negó con la cabeza.

—Es él —dijo entre dientes antes de sonreír como una loca.

—¿Él?

—Mi futuro, tonta.

Miró hacia Luke con el ceño fruncido y de repente lo entendió. —¡No fastidies!

—¿Qué pasa? —dijo Luke dando un paso hacia ella.

—Eso, ¿qué pasa? —Melania puso los brazos en jarras. —¿Te molesta?

—¡No! Pero está enamorado de mí, lleva años dándome la plasta.

Luke se sonrojó. —Eso no ha sido muy amable.

—Bah, era un espejismo —dijo Melania como si nada antes de sonreír de nuevo a su futuro marido—. ¿A que sí?

—¿A que sí qué?

—Que se te ha pasado la tontuna por Opal.

Él carraspeó incómodo. —Si te refieres a que ya he abierto los ojos, la respuesta es sí.

La cara de Melania expresaba tal felicidad que parecía que le había tocado la lotería. —Lo sabía.

—¿De veras?

—Luke, ¿no tienes que ir a ver al viejo?

—Ah, ¿no venís?

—Se encuentra mal, lo dejaremos para otro día.

—De acuerdo. —Miró a Melania y esta le guiñó un ojo mientras él abría la puerta de su camioneta. Luke parpadeó como si no se lo esperara.

—¿Todo bien? —preguntó Opal impaciente porque se fuera.

—Sí, claro. —Se subió al vehículo y preguntó a través de la ventanilla abierta —¿Mike está bien?

—Se recuperará.

Luke sonrió arrancando. —Me cae bien. Es un digno rival.

—Tú también le caes bien.

Asintió antes de mirar a Melania de reojo y aceleró poco a poco. Cuando desapareció su amiga chilló antes de abrazarla. —Qué guapo, qué guapo.

—Te deseo suerte.

Se apartó para gritar en su cara. —¡Qué guapo!

Rio. —Felicidades, parece que le has impresionado.

—¿Verdad que sí? Ese ya está en el bote. ¿Me das su teléfono?

—Claro. ¿Pero no preferirías que organizara una cena para que no fuera tan violento?

—Tienes razón, que no crea que soy una descarada.

—¿Buscamos el corazón?

—Tienes ganas de acabar con esto, ¿no?

—¿Tú qué crees?

—Lo entiendo, lo entiendo.

—Date prisa. Luke no tardará en regresar.

—Aquí no siento nada. —Se alejó un poco adentrándose en las tierras de Winston, pero regresó frunciendo el ceño. —Siento menos todavía. —Rodeó los setos y se detuvo en el centro de la carretera a unos cuarenta metros de donde habían aparcado. Cuando miró el asfalto hizo una mueca.

—No fastidies.

—¿Por qué esta carretera está asfaltada?

—Porque el viejo tiene enchufe, es el hermano del alcalde.

—Pues está por aquí abajo.

—Cuando dices por aquí…

Movió las manos a su alrededor. —Por aquí.

—Ella está a trece metros. Supongo que la sangre de él también. Mierda.

—Se complica, ¿no?

—¿Cómo voy a hacer un boquete de trece metros aquí y que Harry no se entere?

Su amiga apretó los labios. —Creo que habrá que esperar un par de meses.

—¿Un par de meses?

—A que le operen.

Se llevó la mano al pecho. —¿Es grave?

—No, una úlcera. Bebe demasiado.

Suspiró. Dos meses. Mientras tanto podía ir sacando a Aremi. —Está bien. Esperaremos.

Entró en la habitación y sonrió a Mike. —Hola cielo, ¿qué tal ayer?

—Una mierda. —Alargó la mano. —Esto es muy aburrido.

—Lo sé. —Se sentó a su lado y le besó en los labios. —Ya sabemos dónde está Dainan.

—No jodas, ¿tan rápido?

—Mi amiga Melania es increíble. ¿Y adivina? Será la esposa de Luke.

—Esa sí que es una buena noticia. ¿Seguro que sabe lo que dice?

—Eso espero. Cuando salgas tendremos mucho trabajo.

Él asintió. —Voy a pedir el alta.

—Ni de broma.

—Nena, puedo estar en casa. Para lo que me hacen aquí… Y no conducirías tantas horas. —Acarició su cuello. —Es lo mejor.

—Si te pasara algo en la pierna…

—Está el helicóptero, no te preocupes. Quiero irme, me muero por ver al niño.

Sabía que debía estar impaciente y era de lo más lógico dadas las circunstancias. —Muy bien, hablaré con el médico. Siento todo

esto.

—Shusss… —Cogió su mano. —Cuando te conocí sabía que no me pondrías las cosas fáciles.

Agachó la mirada porque era cierto que no le había puesto las cosas fáciles precisamente. Mike elevó su barbilla para que le mirara a los ojos. —Y me vuelve loco que seas así.

—¿Incluso con tiros?

Mike sonrió. —Incluso con tiros, porque sé que lo que vendrá merecerá la pena.

Le abrazó. —Todo lo que está pasando es una locura. Mi vida es una locura, todavía puedes salir corriendo.

Él se echó a reír a carcajadas y Opal sonrió apartándose. —Era un decir.

—Prefiero arriesgarme. —Besó suavemente sus labios. —Vamos nena, vayamos a casa.

Cuando la camioneta se detuvo ante la casa su tía salió al porche con el niño en brazos. —¡Será una broma!

Mike abrió su puerta. —Yo también me alegro de verte, Betty.

Opal se bajó a toda prisa y rodeó la camioneta para coger la silla de ruedas de la parte de atrás.

—¿Y cómo le vas a subir por los escalones del porche?

—Lo he pensado por el camino, pondré una rampa. —Abrió la silla y la acercó a la camioneta donde Mike estaba sacando la pierna operada con mucho esfuerzo. Estaba pálido. —Cielo, si quieres volvemos.

—No, puedo hacerlo.

No sabía cómo iba ayudarle a bajar de la camioneta cuando tres hombres le ayudaron a subir cuando salió del hospital. —No te muevas.

—Nena…

—Tengo que llamar a los chicos.

En ese momento vieron que se acercaba el coche de Melania y detrás venía Luke. Asombrada dio un paso hacia la carretera. —¿Cómo lo hace?

—¿Tu nueva amiga, nena? Es muy útil.

—Y que lo digas.

Melania frenó y sacó la cabeza por la ventanilla. —Mira con quien me he encontrado de la que venía.

—Ya veo que no pierdes el tiempo, amiga.

—Le he dicho que estabas a punto de llegar con Mike y que necesitaría ayuda.

Luke se puso a su lado y al ver el estado de Mike levantó una ceja. —¿Seguro que quieres volver? Ya te ha demostrado que tiene mala leche cuando se cabrea, amigo.

—Pues no la cambiaría por nada. —Le guiñó un ojo a Opal sonrojándola de gusto antes de decir —Ven aquí, tío, necesito ayuda.

—Pues para eso estamos. —Se acercó a él y se puso de espaldas. —¿Listo?

Se abrazó a su cuello. —Listo.

Luke se inclinó hacia adelante y lo sacó de la camioneta girando lentamente para agacharse y que Mike pudiera apoyar la pierna menos herida antes de sentarse. —Gracias, tío —dijo sin aliento.

—Un placer. —Miró hacia los escalones. —¿Tenemos algo para solucionarlo?

—Hay varios tablones en el antiguo pajar.

—Perfecto.

—Te ayudo —dijo Melania casi corriendo tras él.

Mike miró hacia Betty, al bulto que tenía entre los brazos. —¿Me lo enseñas?

Lo dijo con tantas ansias que Opal se emocionó y fue hasta su tía para extender los brazos. Esta se lo tendió y se acercó a él con su niño en brazos. —Él es Clark. —Se agachó para que lo cogiera, pero parecía indeciso mirando la carita de su hijo. —Cógelo, cielo. Vas a tener que cogerlo mucho, así que más vale que empieces cuanto antes.

Mike sonrió y ella se lo puso en el regazo con cuidado de que no tocara los hierros de su herida que mostraban los pantalones cortos de deporte que le había comprado. Fue tal la fascinación en su mirada que Opal reprimió un sollozo.

—Se parece a mí, ¿verdad?

—Sí. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin poder evitarlo. —Es tu viva imagen.

Cogiéndolo con un brazo acarició su pelito negro. Se echó a reír. —Mi madre se va a morir de la impresión cuando le vea.

—Me lo imagino.

—¿Por qué Clark, nena?

—Era el nombre de mi bisabuelo. Mi padre siempre decía que si hubiera tenido un hijo le hubiera llamado así. Así que decidí cumplir su sueño en su nieto.

—Bien hecho, nena. —Acarició la mejilla de su bebé. —Le queda perfecto. Clark Parsons. Suena a tipo importante.

Su tía carraspeó. —Se apellida Flaherty.

A toda prisa Opal se limpió las lágrimas mientras él se tensaba. —Lo arreglaremos.

—Claro, nena. Todo a su tiempo. Cógelo, le está dando el sol.

Se lo llevó a su tía. —Enseguida entramos. Se despertará antes de que nos demos cuenta y tendrá hambre.

Luke llegó en ese momento con un tablón sobre el hombro mientras Melania sudando a mares arrastraba el suyo por un extremo. Opal corrió hacia ella cogiendo el otro extremo. —¿Qué haces?

—Es un minero, quiero que sepa que tendrá una mujer a su altura —susurró—. Como tú.

Se detuvo en seco. —No tienes que ser como yo, tienes que ser tú y le encantará como eres.

Sonrió. —¿Eso crees?

—Eres increíble y única tal cual. Así que déjate de tonterías, dile cuatro cosas de esas que te dejan con la boca abierta y caerá rendido a tus pies.

Dejó caer el tablón. —Tienes razón.

—Eh, pero ahora no, que mi hombre se está achicharrando.

—Uy, perdón —dijo agachándose—. La emoción, ya sabes.

Caminando hacia la casa Opal susurró —Que no te vea impaciente. Hazte un poco la dura.

—¿Pero no tenía que ser como soy?

—¿Eres fácil?

—Oye maja, que soy virgen. Mi abuela me mataría si me entregara al que no es. —Sonrió radiante. —Y es él. Al fin puedo desquitarme. —Se lo comió con los ojos. —Y me voy a desquitar, vaya que sí.

—No le espantes.

—Me estás poniendo nerviosa, ¿tengo que ser yo o no?

—Tú, tú.

—Pues eso.

Luke fue hasta ellas y dijo —No cojáis pesos, podéis haceros daño. —Agarró el tablón como si no pesara nada y se lo cargó al

hombro.

—Uy, qué fuerte —dijo su amiga antes de seguirle dorándole la píldora.

Opal miró a Mike que divertido levantó una ceja. Se acercó a él y dijo por lo bajo —¿Crees que va bien?

—¿No ves cómo quiere lucirse? Está encantado de tener su atención. —Opal miró hacia ellos y vio como Luke hacía bola con el brazo para que su amiga se lo tocara. —Increíble. —Mike se echó a reír. —No sabe ligar.

—¿Cómo tú?

—Nena, puedo tener mil defectos, pero no saber ligar no es uno de ellos.

Gruñó porque no lo dudaba en absoluto. Ella había caído incluso antes de saber su nombre.

Mike la cogió por la cintura acercándola a la silla. —Y te conseguí a ti.

Sonrió acariciando sus hombros. —Sí, pero yo te enamoré primero.

—¡Qué va!

—¿No? —Se agachó apoyando las manos en los reposabrazos de la silla. —Cielo, todo lo que has hecho desde el principio lo demuestra. Seguías picando en esa mina porque estabas loquito por mí, cuando sabías desde el principio que ese agujero merecía la pena. Y por eso derrumbaste la mina, porque no querías perderme.

—Tú te enamoraste primero —dijo comiéndosela con los ojos.

Acercó sus labios hasta que sus corazones se aceleraron. —¿Quedamos en empate? —dijo con voz ronca.

—Si eso significa que me amas desde que me viste por primera vez estamos empatados. —Rozó sus labios. —Me muero por tocarte.

—Y yo —dijo sin aliento.

Alguien carraspeó y Opal se volvió de golpe para ver a Luke tras ella de brazos cruzados. —Ya está la rampa.

Estiró el cuello para ver tres tablones haciendo de rampa. —Genial.

—¿Lo subo?

—Sí, gracias.

Él gruñó antes de rodear a Mike, que agarró las ruedas evitando que le moviera. —Ahora somos amigos, ¿no?

—Claro que sí, amigo —dijo entre dientes.

—Tienes cuatro hermanos, ¿verdad?

Luke asombrado miró a Melania. —¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros. —Intuición.

—Melania es muy intuitiva.

—¿De veras? —Empujó a Mike hasta la rampa. —Dame otro ejemplo de esa intuición tuya.

—Uy, me está probando… —Soltó una risita.

—Demuéstrale de la pasta que estás hecha, amiga.

Melania levantó la barbilla con descaro. —Perdiste la virginidad con quince años con tu tía.

Mike se echó a reír a carcajadas volviéndose para mirarle —¿De veras, tío?

—Segunda, tía segunda —dijo asombrado. Detuvo a Mike en el porche y se giró hacia Melania—. ¿Cómo te has enterado?

—¿Intuición?

—Eso es más que tener intuición. ¿Eres bruja?

—Uy, qué más quisiera. Eso de volar en una escoba debe ser la leche.

—¿Y cómo fue? —preguntó Opal con curiosidad.

—Le enseñó muchas cosas —dijo seductora.

Opal le dio un codazo para que no se le notara tanto.

—Joder, eres mi héroe —dijo Mike.

—No me extraña porque él se acostó con la primera con diecisiete y ninguno de los dos sabía lo que hacían.

—¿No me digas? —dijo Opal de lo más interesada.

—Nena, todo lo que te gusta lo aprendí después.

Opal se acercó dándole un beso y empujó la silla. —Y estoy deseando repetir.

—Venga ya —protestó Luke abriéndole la puerta—. ¿Tenéis que hablar de eso?

—¿Cómo crees que hicimos a mi hijo?

—Y bien guapo que les ha salido. A ver como sale el tuyo. —Melania le guiñó un ojo entrando tras ellos.

Gruñó. —Le superará con creces.

—A ver si es verdad —dijo mirando sus labios.

—¿Os quedáis a cenar? —preguntó Opal desde la cocina.

—¡Sí! —contestaron a la vez comiéndose con la mirada.

Opal estiró el cuello para verles acaramelados en la puerta hablando en voz baja. —Esto está hecho.

—Estupendo. ¿Lo celebramos con una cervecita?

—Casi cuela, amigo. Voy a por la medicación, aún está en la camioneta.

—Sí, nena. Esto empieza a doler un huevo.

Le besó en la mejilla. —Pobrecito.

Para no molestarles salió por la puerta de la cocina y rodeó la casa para ir hasta la pick-up. Se estaba acercando cuando la escuchó. Se le cortó el aliento mirando hacia la mina. El llanto cada vez era más desgarrador y sin poder evitarlo se acercó al agujero.

Mike desde la cocina vio como iba hacia la mina y se tensó. —No, nena, ¿qué haces?

Su tía miró hacia allí justo cuando entraba Melania. —Está sufriendo, la siento. Opal también lo está sintiendo.

—Joder.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que ayudarla. —Melania cogió a Luke de la mano y le llevó hasta la ventana. —Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Hazlo, por favor. Ciérralos, así podrás oírla. —Luke entrecerró los ojos antes de cerrarlos del todo. —Respira hondo, abre tu mente.

Entonces los llantos llegaron a ellos alterando su corazón. —¿La oís? Cada hora que pasa sin estar a su lado es un sufrimiento. Está desesperada por sentirle, por unir su alma a la suya.

Luke se tensó con fuerza abriendo los ojos de golpe. —¿Pero qué coño…?

—¿La has oído?

—¿Pero qué has hecho conmigo? ¿Hipnosis o algo así? —preguntó espantado.

—Cielo, si hiciera hipnosis contigo ya estarías en la cama. —Parpadeó. —Eso ha sonado algo pervertido, ¿no?

—Sí —contestaron los demás.

Mike no dejaba de mirar a Opal. —Vamos nena, entra en la casa. Cuando bajemos, lo haremos juntos.

La tía Betty levantó una ceja. —Estás tú como para bajar ahí abajo.

—¡Pues habrá que esperar!

—Ahora que sabe que la oímos será más insistente. —Melania fue hasta la nevera. —¿Puedo coger algo de beber?

—Cerveza —dijeron los hombres sin dejar de observar a Opal que se había agachado al lado del agujero.

—¿Alguien puede explicarme qué coño está pasando? —preguntó Luke.

Entonces vieron que Opal decía algo. —Está hablando con ella. —Melania se acercó a la ventana. —Le dice que pronto hará que estén juntos. Que hará todo lo que esté en su mano para ayudarla, que no se preocupe. —Miró hacia el techo. —El llanto ha cesado. La ha creído. —Opal se volvió y fue hacia la casa. Su cara mostraba que estaba decidida. —Esa es mi amiga.

Mike apretó los labios. —Dime que no le va a pasar nada.

Le dio unas palmaditas en el hombro. —Tranquilo, amigo. Por muchas dificultades que afrontéis, tenéis un futuro muy dichoso por delante.

Le dio su cerveza y se volvió hacia la puerta donde su amiga entraba de nuevo en casa deteniéndose en seco cuando vio a Mike. —Mierda, la medicación.

—Nena…

—Todo controlado.

—Más nos vale —dijo la tía.

—¿Alguien va a explicarme algo? —preguntó Luke frustrado.

Melania le acarició el hombro. —Claro, cielo. Mejor te sientas.

# Capítulo 14

—Hostia —dijo Luke aún sin salir de su asombro—. Es increíble.

—Y que lo digas. —Opal se sentó a la mesa con el niño en brazos. —Siempre sentí que la mina no me haría nada y era por algo.

—Porque ella sabía que tú no eras un peligro para su corazón. —Todos asintieron. —¿Y cuándo vas a bajar?

—Mañana mismo. La sacaré a ella primero.

—No bajarás sin mí —dijo Mike muy serio.

—Ni de coña. No puedo hacerla esperar más y no me hará daño.

—Nena, es peligroso. ¿Y si se cabrea?

—Sabe que somos su única esperanza —dijo Melania—. Lleva siglos esperando.

—Por mucho que digáis yo no termino de fiarme de ella. —Su tía puso el asado en la mesa. —Ha matado a mi familia.

—No tienes que pensar en eso ahora. —Opal acarició la mejilla de su hijo con el índice. —Solo debemos pensar en el futuro. Y si para que mi hijo esté seguro tengo que dejarme la piel, lo haré.

—Nena, el niño no es lo que me preocupa en este momento, tú sí.

Le miró a los ojos. —¿Si yo necesitara ayuda para llegar a ti, no te gustaría que alguien me echara una mano?

—Estamos hablando de fantasmas, joder —dijo Luke—. ¿No deberíamos llamar a un exorcista o algo así?

—Cielo, déjate llevar —dijo Melania.

—No sé por qué se lo has contado —dijo Opal molesta.

—Porque le necesitas como cuando se fue Mike y te ayudará como hizo entonces. Debía saber los detalles.

—¿Qué? ¿En qué te ayudó? —Mike entrecerró los ojos cuando se hizo el silencio. —¿Nena?

—Le di algo de dinero cuando dio a luz. Lo necesitaba, llevaba meses sin trabajar y el dinero del ganado se había esfumado.

—Joder nena, lo siento.

Forzó una sonrisa. —Eso ya pasó. —Se acercó para besar sus labios. —Tú también lo pasaste mal, cielo.

—Te devolveré el dinero de inmediato, tío. Gracias por ayudarla.

—No fue nada, lo hice encantado. Pero es como para que te des cuenta de que no puedes dejar a tu mujer sin dar explicaciones, ¿no?

Mike apretó los labios. —Lo he pillado.

—Hazle daño de nuevo y te mato.

—Uy, uy… qué intensos nos estamos poniendo cuando todos somos amigos —dijo Melania intentando disipar la tensión—. Estábamos hablando de nuestros fantasmas. Yo ayudaré a Opal mientras Mike está imposibilitado y Luke nos ayudará a excavar en la carretera del viejo cuando llegue el momento.

—¿De qué viejo hablas? —Luke se adelantó. —Hostia, ¿hablas de Harry Winston? Nos matará como entremos en sus tierras.

—Tranquilo, ya está todo arreglado.

Después de que entre todos le bajaran una cama al salón, los chicos decidieron irse. Mike tiró de su silla hasta allí y observó a Opal que estaba terminando de estirar las sábanas. Ella le sonrió. —Aquí estarás muy cómodo. ¿Te duele mucho? ¿Necesitas…?

—No, no voy a tomar más medicación. En el ejército nos enseñaron a soportar el dolor.

Observó cómo se quitaba la camiseta y se elevaba apoyándose en la pierna sin hierros para sentarse en la cama. Cuando se tumbó estaba pálido. —Cielo, deberíamos volver al hospital.

—Irás a verme todos los días y son demasiadas horas en coche para que estemos juntos apenas dos horas. Estoy mejor aquí.

Se sentó en la cama a su lado y él sonrió acariciando su sien. —¿Dormirás conmigo?

—Más quisieras, amigo.

Mike rio por lo bajo. —¿Eso es que no?

—No estás bien, me preocupa que te excedas y si duermes conmigo te excederás porque soy irresistible.

—Tú lo has dicho, preciosa. —Besó sus labios antes de mostrar su ansiedad entrando en su boca.

El bebé se puso a llorar y Opal se apartó suspirando. —El niño quiere comer.

—¿Otra vez? —preguntó sorprendido—. Pero si es pequeñísimo para comer tanto.

—Oye, que es muy grande para su edad.

Salió corriendo del salón y él suspiró apoyando la cabeza sobre la almohada antes de mirar sus piernas. —Mierda. En el peor momento. —Escuchó un ruido en la entrada y vio en la puerta a la tía Betty con una botella de agua.

—Para que no tengas que levantarte si no es necesario. También pondré un ventilador.

—Gracias.

Algo incómoda se apretó las manos mirando los hierros. —Esto también es culpa mía, creí que nos habías engañado y dije cosas a mi niña que…

—No tienes que disculparte. Es lógico que pensarais mal.

—No le harás daño, ¿verdad? No nos sigues mintiendo.

—Después de Clark y de lo que nos ha pasado a todos ni se me ocurriría.

Betty asintió. —Buenas noches.

—La quiero. —Betty se detuvo en la puerta. —Sé que os he fallado, que confiasteis en mí, pero no pienso dejarla de nuevo. Te aseguro que durante estos meses solo pensaba en volver y ahora que estoy aquí nada me separará de su lado.

Betty se volvió mostrando sus ojos llenos de lágrimas. —Pues convéncela para que se vaya contigo.

Sonrió. —Opal jamás sería feliz en otro sitio, Betty. Es hora de que lo aceptes.

—Esa mujer que hay ahí abajo no solo derramó su sangre. Mucha de los míos la acompaña y me asusta que nos esté engañando a todos. —Dio un paso hacia él rogándole con la mirada. —Por favor, convéncela para que no baje.

—Yo también la he visto y estoy de acuerdo con ayudarla. Necesita descansar en paz y así todo se solucionará.

—¡Derribaste la mina por algo!

—Para que no bajara sin mí.

—¿Por qué?

—¡Porque no sabía si la mataría por atreverse a molestarla! ¡Pero se ha demostrado que confía en ella más que en nadie, porque jamás le ha hecho daño!

—Pero aun así quieres que baje contigo.

—Y hará lo que le venga en gana. Lo ha dejado bien claro.

—¿No tienes miedo?

—¡Joder, estoy aterrorizado! ¡Pero si queremos que esto acabe, hay que hacer algo!

—Tienes toda la razón —dijo Opal desde la puerta con el niño en brazos—. Tía, ¿no estás cansada?

—¡Sí! ¡Estoy muy cansada de tener miedo!

Se fue furiosa y Opal apretó los labios mirando a su hijo que ya estaba mamando. Se acercó a él y se sentó a su lado en silencio. Mike le acarició la espalda acercándose para ver cómo lo hacía. Él sonrió. —Está ansioso.

—Es un tragón.

—No podría soportar perderte, lo sabes, ¿no?

Se le cortó el aliento y le miró a los ojos. —Y yo no soportaría perderos a vosotros.

—Si quieres podemos irnos, regresar a Nueva York. Te compraré una mina donde tú quieras y en cuanto haya arreglado lo del negocio, nos trasladaremos allí para que puedas picar a gusto. México, Brasil… Por el precio adecuado hay muchas minas disponibles.

Su mirada demostró todo el amor que llevaba dentro. —Tenemos muchas minas por aquí como para irnos a ningún sitio. Este es nuestro hogar y será el hogar de nuestros hijos. Has trasladado la empresa aquí con un propósito, cielo.

Bufó. —Porque sabía que sería imposible hacerte entrar en razón.

Se echó a reír. —¿Y por qué insistes?

—¿Esperanza?

—En cuanto solucionemos el problemilla que tenemos entre manos, todos podremos relajarnos. Unos meses y se habrá acabado.

Mike asintió. —Muy bien, pero júrame que seguirás tus propias reglas y tendrás cuidado. —Besó sus labios. —Júramelo, nena.

—Te lo juro. Iré muy despacio y seré precavida. —Acarició su mejilla para susurrar a su oído —Ella quiere luchar por su amor, pero

yo también haré lo que sea para estar junto a ti y demostrar que lo nuestro también es único, mi vida. Te lo juro, te lo juro por el futuro que nadie nos quitará.

Desde el porche Mike observaba impotente como Melania tiraba de la roca agarrada a la polea hidráulica para poder descolgarla sobre la tierra. Opal estaba abajo enganchando la siguiente para que su amiga la subiera en cuanto terminara. Su mujer debía estar pasando un calor espantoso porque ese día estaban a más de cuarenta grados.

El niño gorgoteó en la cuna que tenía al lado y lo cogió en brazos con habilidad para comprobar si tenía limpio el pañal. Lo apartó por el culito e hizo una mueca. —Hijo, esto podría usarse como arma química.

—Déjame a mí —dijo Betty acercándose.

—Gracias.

Oyeron el motor de un coche y vieron que Luke se acercaba. —Estupendo. No ha fallado ni un solo día en dos semanas.

—No viene a verla a ella.

—Más le vale o cuando me levante de aquí le dejaré las cosas muy claritas.

Betty riendo por lo bajo entró en la casa. Luke frenó ante él y salió de la ranchera saludando con la mano a Melania, pero en lugar de ir hasta allí se acercó a él. —¿Cómo te va, amigo?

—Tirando.

—¿Te duele mucho?

—Cada vez menos. —Entrecerró los ojos mientras subía los escalones. Algo le olía mal en su actitud, normalmente no era tan amable. —¿Qué ocurre?

Echó un vistazo al hall y susurró —¿Betty?

—Cambiando al niño, así que lo que tengas que contar cuéntalo rápido.

—Hoy he estado en el pueblo.

—¿Y?

—Había dos tipos con pinta de matones preguntando por ti.

Levantó una ceja. —¿Con pinta de matones?

—Y son enormes. Llevan pantalones de vestir negros, zapatos italianos y camisetas de marca. Además, están en forma. No tanto como yo, pero casi.

El sonido del motor les hizo mirar hacia la carretera y Luke juró por lo bajo. —Al parecer ya han encontrado el desvío.

—Tranquilo —dijo fríamente—. No será nada. No he dejado temas sin cerrar.

—¿Seguro? No me han gustado y a Clay tampoco.

Cuando se aproximaron vio las caras y sonrió. —Sí que son algo matones, pero nada que no pueda controlar.

La lujosa ranchera se detuvo ante ellos y las puertas se abrieron de inmediato. El conductor que debía tener como cuarenta años dijo —Joder jefe, esto está en el culo del mundo.

—¡Eh! —protestó Luke.

—Amigo, discúlpate con el lugareño.

—Hace un calor de la hostia. —Se acercó a él y vio su silla de ruedas. —Me cago en la puta, ¿a quién tengo que matar?

Luke se tensó. —¿Qué has dicho?

Le ignoró como si fuera un mosquito molesto. —¿Quién te ha hecho eso? Espero que esté en el hospital o bajo tierra.

—Bajo tierra, amigo, pero sale enseguida. Mi mujer tiene mal carácter cuando se cabrea.

—¿Eso te lo ha hecho tu mujer? —preguntó el otro asombrado.

—Luke, te presento a mis mejores hombres. John Parker y Esteban Platt.

—¡Eh! ¡Qué hacen en mis tierras!

Todos volvieron la vista hacia Opal que sudando a mares se acercaba con cara de malas pulgas. —Ahora entiendo por qué te has mudado —dijo John divertido.

—Nena, son John y Esteban.

Se le cambió la cara totalmente y sonrió dejándoles pasmados por su belleza. —Qué alegría. —Alargó la mano. —Es un gusto conoceros. Mike me ha hablado mil cosas sobre vosotros.

Atontado por su sonrisa miró a Mike. —Totalmente comprensible, amigo.

—Te lo dije.

Opal se sonrojó. —¿De qué habláis?

—De lo bonita que eres —dijo su hombre sonrojándola hasta la raíz del pelo.

—¡Para ya! —Los hombres se echaron a reír, todos excepto Luke que parecía que lo que veía no le gustaba nada.

—Es un gusto conocerte —dijo Esteban dándole la mano.

—Leche, son enormes. —Melania se acercó. —Y qué músculos. ¿Os es difícil encontrar camisetas?

—¿Qué has dicho? —El tono de Luke indicaba que su comentario no le gustaba nada.

—Era una broma —dijo como si nada —. Soy Melania. No le hagáis caso a Luke, antes era el macho alfa del lugar y no le gusta la competencia.

—¡Melania!

Soltó una risita. —¿Qué?

Luke la miró sin saber qué decir y su amiga chasqueó la lengua. —Eso pensaba.

—Por favor, pasar a la casa a tomar una cerveza —dijo Opal.

En ese momento salió Betty con el niño en brazos y los dos recién llegados la saludaron con la cabeza. —Es mi tía y él es nuestro hijo, Clark.

John miró a Mike sorprendido. —¿Ha tenido un hijo con este? —Subió un escalón mirando a Luke. —¿Cómo se te ocurre tocar a la mujer de mi amigo? Tío, vas a morir.

Se echaron a reír por la confusión, aunque a Luke no le hizo mucha gracia. —Es mío, John. —Alargó los brazos y Betty se lo dio. —Es mi hijo.

—No, jodas.

—¡Eh, ese lenguaje! —protestó su tía—. ¡Y menos ante el niño!

John se sonrojó. —Perdón.

—Mineros…

—Pasemos dentro, seguro que tenéis mil cosas que contarme.

—Y tú no te quedas corto. —John se puso tras su amigo para empujar la silla mirando al niño. —Es más guapo que tú.

—Y tiene el carácter de su madre.

Melania sonrió a Esteban, pero Luke la cogió de la mano tirando de ella al interior de la casa. Esteban asintió. —Lo he pillado, amigo.

—Más te vale.

Su amiga soltó una risita y preguntó haciéndose la tonta —¿De qué habláis?

—Cosas nuestras.

Cuando entraron todos en la cocina, Opal fue directamente a la nevera y sacó una botella de agua grande. Bebió sedienta y Esteban preguntó —¿A qué temperatura estás ahí abajo?

—Cuarenta y ocho —respondió antes de seguir bebiendo.

—Hostia. —Al ver que Betty le fulminaba con la mirada dijo a toda prisa —Perdón.

—Nena, ¿no tenías agua abajo?

—La he terminado.

—¿Qué? —preguntó tenso—. ¡Siempre debes tener agua abajo por si hay un derrumbe! ¡Son tus reglas!

—Estoy aquí, ¿no?

Mosqueadísimo miró a Betty que apretó los labios antes de empezar a sacar cervezas de la nevera. —Aquí tenéis, bien fresquitas.

—Gracias. —John miró de reojo a su amigo. —¿Por qué ha empezado sola?

—Porque es una cabezota y no ha querido esperar.

—¿Lo saben? —preguntó asombrada acercándose—. ¿Se lo has contado?

—Claro que se lo he contado, son mis amigos y había visto un fantasma. Tenía que hablarlo con alguien. Además, me pasé demasiadas horas en el hospital como para que no se me soltara la lengua.

Luke aún desconfiando de ellos dijo —No tenéis pinta de mineros.

—¿Y de qué tenemos pinta? —preguntó Esteban mosqueándose por su actitud.

—De matones de la mafia.

John y Esteban se miraron antes de echarse a reír a carcajadas y Luke gruñó. —No entiendo qué os hace tanta gracia.

—Disculpa que vayamos vestidos así, pero es que salimos de Nueva York después de una reunión y no nos hemos cambiado —dijo Esteban.

—Pues que bien visten en Nueva York —dijo Melania.

—Gracias bonita.

Luke dio un paso hacia él. —Oye…

—¿Acaso no es bonita?

Melania se cruzó de brazos esperando su respuesta. —¡Claro que lo es! ¡Lo eres!

—Y no se lo puedo decir.

—¡Pues no!

—¿Se lo dices tú?

—¡Claro que no! ¡La respeto mucho!

Opal chasqueó la lengua. —Es que eso de ligar no es lo que mejor se le da a Luke.

—¡Se me da de perlas! —dijo asombrado. Miró a Melania cabreadísimo—. ¿Quieres salir a cenar?

—Pues no.

—¿Cómo que no? —Eso sí que no se lo esperaba.

—Llevo esperando dos semanas a que me lo pidieras y lo haces porque ese te ha provocado, ¡así que no! —Furiosa salió de la casa cerrando la puerta de la cocina de un portazo.

—Ahora sí que la has cabreado —dijo Opal.

—¿Pero qué he hecho?

—¿Ves como no se te da bien? ¡No entiendes a las mujeres! ¡Discúlpate con mi amiga!

—¿Por qué?

—¡Por ser un insensible!

Luke gruñó antes de salir de la casa y Opal suspiró. —Disculpad, pero por aquí la gente es algo desconfiada hasta que te conocen.

—No pasa nada, nos ocurre siempre. —John sonrió a Mike. —Al parecer tienes mucho que contar, amigo. Es obvio que ella lo sabe ya todo y que la has reconquistado. ¿Qué más nos hemos perdido?

Media hora después Opal les dejó hablando de la empresa, porque las cifras que manejaban la mareaban y todo. No se podía creer todo lo que había conseguido después de salir del ejército y por como hablaban sus amigos era evidente que el trabajo no le asustaba. Cuando salió, se encontró a su amiga y a Luke dándose el lote al lado del agujero. Y por cómo se besaban estaban a punto de largarse de allí para ir a la primera cama que encontraran. —¡Eh! ¡Las manos quietas hasta la boda!

Luke se apartó algo sonrojado, pero al ver su sonrisa se relajó y le dijo a su novia —Te iré a buscar esta noche, tengo que ir a trabajar.

Melania que aún no se había recuperado de sus besos solo suspiró y él muy satisfecho fue hasta su ranchera. —¡De todas maneras no les quites ojo! ¡Son novatos, se ve a la legua!

—Tranquilo, amigo. Solo usaré sus músculos.

Luke sonrió malicioso subiéndose al vehículo y Opal miró a su amiga poniendo los brazos en jarras. —Te veo muy satisfecha.

—¡Qué bien besa, qué bien! —chilló emocionada antes de abrazarla—. Es una maravilla.

—¿De veras? —Pues ella no sintió que fuera para tanto. Estaba claro que tenía que ser la persona correcta. —Me alegro por ti.

—Gracias. ¿Vas a bajar? —Al ver que tenía las manos vacías dijo —¿Y el agua? Abajo no tienes agua.

—Rayos.

—Voy a por ella. —Corrió hacia la casa y cuando regresó con dos botellas grandes de agua su amiga ya había desaparecido. Se acercó al pozo y gritó —¡Eres una inconsciente!

—Melania baja.

Sin dudarlo dejó las botellas de agua en el suelo y empezó a bajar. Al llegar al último escalón miró hacia atrás y se quedó sin

aliento porque algo brillaba entre las rocas. —¿Qué es eso?

—Antes no estaba. La luz viene del otro lado del desprendimiento. Aunque no escucho el llanto, creo que es la luz que dijo Mike. —Intentó estirar el cuello para mirar por encima de un hueco. —Ayúdame a subir.

—No es seguro, Opal.

—¿Y si la luz se va? Vamos, date prisa. —Su amiga no se movía. —¿Qué te pasa?

—Creo que es una indicación.

—¿Como una señal del punto donde está su corazón?

—Eso creo.

—Estupendo, así sabré donde tengo que picar. Venga, ayúdame.

Se acercó a toda prisa. Cuando Opal se subió a una roca y alargó una pierna para apoyarse en otra roca más arriba, Melania la empujó por el trasero para que se agarrara a lo menos posible. —¿La ves? —dijo con esfuerzo.

—La luz proviene del túnel de la derecha. No veo la zona exacta. Mierda. —Suspiró decepcionada. —Ya puedes bajarme.

Dejó de empujar y un segundo después Opal ya estaba a su lado. —Al menos tenemos claro que hay que picar hacia la derecha.

—Si la luz desaparece, en cuanto pueda pasar, veré si puedo decirte más o menos donde está como hice con él.

—Genial.

Melania entrecerró los ojos. —Algo no va bien.

—¿A qué te refieres?

—Algo no le gusta. —Elevó la vista hacia el techo. —Desconfía.

—Son amigos de Mike, John salvó la vida de mi hombre y sé que no se fallarán el uno al otro. Mike dice que Esteban es un gran tipo y está aquí para ayudar.

—No se fía de tu tía.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

—La teme y ya sabes lo que pasa cuando teme algo. Suele morir gente.

Palideció. —A mi tía que ni la toque.

—Pues aléjala de la mina, hablo en serio.

Tensa asintió. —Como digas.

—¡Nena, el agua!

Gruñó acercándose al agujero para ver la cara de Mike al otro lado. —¿Qué haces ahí al sol?

—¡El agua! ¡No te lo digo más!

Agarró la bolsa que tenía allí de las botellas anteriores y empezó a subir. —Eres un pesado.

—Nena, son tus reglas.

Sacó la cabeza por el agujero y le tendió la bolsa. Entonces vio como su tía caminaba hacia el establo y entrecerró los ojos al ver que llevaba unos alicates en la mano. —¿Cariño?

—Dime, preciosa.

—Vigila a mi tía, ¿quieres? Algo no va bien.

Él enderezó la espalda. —Tranquila, déjalo en mis manos.

En ese momento los chicos se acercaron al agujero ya vestidos con ropa de trabajo y les dijo sorprendida —¿Empezáis ya?

—Cuanto antes mejor.

—Cariño, ¿necesitan saber las reglas?

—Sí, nena.

Gruñó antes de decir por lo bajo —Novatos.

# Capítulo 15

John y Esteban totalmente deslomados y cubiertos de polvo se dejaron caer en las sillas de la cocina. —La hostia, tu mujer es una dictadora. —Esteban gimió moviendo el brazo. —Me duele todo.

—Vaya buena pieza que te has buscado, amigo. Se nota que sabe de lo que habla.

Opal entró en la cocina como si nada y al verles se detuvo en seco. —¿Qué os pasa?

Se enderezaron a toda prisa. —Nada —respondió John.

—¿No estaréis cansados? Apenas habéis trabajado cuatro horas.

—¿Cansados? No, qué va —respondieron los dos a la vez.

—Americanos —murmuró antes de coger a su hijo en brazos —. ¿Tienes hambre, mi amor?

Mike rio por lo bajo mientras se alejaba. —Me estáis dejando mal, amigos.

—Es como el conejito ese de Duracell, no se cansa nunca —dijo Esteban haciéndole reír.

—Mi niña es dura, no como esas chavalas de la ciudad —dijo su tía orgullosa—. Sí, señor. El día después de parir ya estaba trabajando con la excavadora.

Mike frunció el ceño. —¿Con la excavadora?

—Claro, sacando los trece metros de tierra para hacer la mina abierta.

—¿Había empezado con la mina abierta? Con qué dinero compró… —Separó los labios. —El dinero de Luke.

—Y el chico se lo dio con gusto porque así se arriesgaba menos, solo quería lo mejor para ella. Incluso teniendo un hijo con otro. Ha demostrado que es un buen chico —dijo como si nada colocando las empanadas que acababa de sacar del horno.

Mike apretó los labios antes de mirar a John, que negó con la cabeza para que no le diera importancia.

—Cielo, ¿has cogido la medicación para la cena? ¡Tienes que tomarte las pastillas! —gritó desde el salón.

—¡Sí, las tengo aquí!

—¿Cuándo te quitan eso? —preguntó Esteban.

—En tres semanas más o menos —dijo como si le diera una rabia enorme.

—Estarás libre antes de que te des cuenta.

Vio la mina a través de la ventana. —Eso espero. Tengo mil cosas que hacer.

Tumbado en la cama observaba como Opal se cepillaba el cabello mientras le hablaba de todo lo que habían hecho en la mina. —Son de mucha ayuda, cielo. Gracias por hacerles venir.

Como no contestaba Opal le miró sobre el hombro. —Cariño, ¿estás bien?

—¿Una mina abierta?

—¿Qué?

—¿Empezaste con la mina abierta?

—Apenas he hecho nada.

—Conociéndote lo dudo mucho —dijo molesto—. Joder, y yo que creía que estabas a salvo arreando ganado.

—Por aquí no hay nada seguro, no sé si te has dado cuenta.

—¡Y Luke te dio el dinero!

—Pero bueno, ¿por qué estás enfadado?

—¡No me lo dijiste!

—Ya te conté lo del dinero. Tenía que pagar unas deudas y me ofreció lo que necesitara. Entonces le hablé de la mina abierta y me apoyó.

—Mientras yo estaba en Nueva York —dijo entre dientes.

Opal sonrió. —Sí, mientras tú estabas de hospital en hospital y apoyando a tu madre en uno de los momentos más duros de vuestras vidas. —Cogió su mano. —¿Qué te pasa?

Bufó dejándose caer en la cama. —Joder, no lo sé.

—Estás cansado de esa silla, eres un hombre de acción. —Se tumbó a su lado abrazándole por la cintura. —¿O es que no te gusta vivir aquí?

—Me da igual donde viva mientras sea contigo.

Se emocionó por sus palabras. —Soy muy egoísta, ¿verdad? Podríamos vivir en Nueva York como reyes y te hago estar aquí en

medio de la nada.

—No, nena. Es tu hogar, yo nunca he tenido uno.

Sorprendida le miró. —¿De veras?

—Mi padre era un hombre del ejército y nos íbamos de un lugar a otro continuamente.

—Por eso entraste en el cuerpo.

Asintió. —No pienso hacer que renuncies a lo que amas por mí. Tu vida es esta, la mina, tus tierras y tu tía.

—Y ahora el niño y tú.

—Estamos aquí contigo.

Le abrazó de nuevo apoyando la mejilla sobre su pecho. —Tengo miedo de perderte otra vez.

—Y yo a ti, mi amor. Por eso te ruego que seas prudente. Lo del agua…

—Lo siento.

Mike suspiró. —Tu tía oculta algo. No he podido verlo, pero hoy al entrar en la cocina he visto que ocultaba algo en uno de los cajones.

Se le cortó el aliento —¿Se lo llevó después?

—Sí, porque cuando no estaba, abrí el cajón y no había nada raro, pero su comportamiento sí lo es. Oculta algo.

—No dejo de darle vueltas a eso que dijo de volar la mina.

—Yo tampoco, por eso he dejado la puerta abierta, para verla si baja.

—Melania teme por ella.

—He avisado a los chicos, no le quitarán ojo cuando se aleje de la casa. —La besó en la coronilla. —Nena, estás agotada vete a la cama.

—No, me quedo a vigilar contigo.

—De eso nada, no quiero que cometas un error por el agotamiento. A la cama.

Suspiró sentándose. Le daba mucha rabia tener que apartarse de él. —Tres semanas, tres semanas…

Mike sonrió. —¿Impaciente?

—Casi tanto como tú. —Le besó suavemente en los labios y Mike tomó el control del beso. Opal sintió que su mano bajaba por su espalda hasta su trasero y lo amasaba con ganas cuando escucharon un ruido en la escalera. Ambos se separaron de golpe y mirándose a los ojos retuvieron el aliento. Mike apagó la luz de la

lamparilla a toda prisa y esperaron. Al ver que un trasero desnudo pasaba por el hall Opal dejó caer la mandíbula del asombro y Mike juró por lo bajo. —Mierda.

—¿Cielo? John no lleva ropa —susurró—. Como le vea mi tía.

—Hablaré con él.

Escucharon que hacía ruido en la cocina. —Está asaltando la nevera. —Opal soltó una risita. Mike se sentó y ella le agarró por el brazo. —¿A dónde te crees que vas?

—A decirle algo.

—Ni hablar, le avergonzarás.

—Está en bolas en la cocina, como baje tu tía le va a dar algo.

En ese momento John apareció en el hall con un pedazo de pastel en la mano comiendo con ganas. La verdad que a pesar de tener más de cuarenta años estaba de muy buen ver. —Tengo que presentarle a la tía de Melania, al parecer enviudó el año pasado. —Soltó una risita. —Le encantará y menuda herramienta se gasta…

Mike la cogió por la cintura tumbándola. —Así que tiene buena herramienta.

—Casi tanto como la tuya. —Acarició su cuello mirándole enamorada. —Aunque igual la tuya hay que engrasarla.

—Te aseguro que funciona perfectamente.

—A ver… —Pasó la mano por su pecho hasta llegar a su entrepierna y cuando tocó su dureza de arriba abajo Mike gimió cerrando los ojos. —¿Me echas de menos, amor? —Besó su mandíbula. —He pensado que igual podemos hacer algo para evitar que se oxide.

—Joder nena, no pares —dijo sin aliento.

—No pienso parar. —Metió la mano por la goma de su pantalón corto y acarició su sexo fascinada por el placer que mostraba su rostro, pero Mike no se quedó ahí porque metió la mano por la cinturilla de su pantalón para acariciar el suyo por debajo de sus braguitas. Sentir el roce de la yema de sus dedos sobre su clítoris la hizo gemir de placer, y cuando la rozó de nuevo Mike atrapó sus labios amortiguando el grito que salía de su boca. Se acariciaron con pasión y cuando él dejó de besarla, Opal abrió los ojos encontrándose con los suyos apenas a unos centímetros. Sus alientos se unieron mientras sentían que llegaban al límite y de pronto, tomándoles por sorpresa todo explotó a su alrededor llenándoles de un placer que solo encontrarían el uno con el otro.

Agotada vio el túnel despejado y John se colocó a su lado. —Jefa, todavía queda mucho por hacer. —Miró el techo. —¿Aguantará?

Revisó los puntales. —Sí. Gracias a vuestros músculos los hemos colocado de manera resistente.

—¿Aguantará si ella…?

—¿Se enfada?

—Sí.

—Me he asegurado de ello —dijo sin tenerlas todas consigo a pesar de lo que decía Melania.

—¡Eh, chicos! —gritó su amiga desde arriba—. ¡La cena está lista!

John fue hasta la escalera, pero se dio cuenta de que Opal no le seguía. Ella caminó hacia el túnel de la derecha y encendió el foco que habían colocado allí. No hizo falta que Melania les dijera donde estaba porque la dueña del corazón se encargó de mostrárselo con una luz que salía del interior de la pared. Ambos lo miraron. —¿A cuánto crees que está?

—Unos metros.

—¿Días de trabajo?

—A buen ritmo y sin problemas, una semana más o menos.

—No jodas.

—No queremos romper las otras piezas, solo se tocarán cuando ella se una a su hombre, si es que siguen aquí cuando nos la llevemos porque todo esto tiene algo de magia y nunca se sabe cuánto ópalo quedará cuando acabe todo. No quiero que se ofenda porque lo toquemos antes.

Preocupado asintió. —Comprendo. Mañana le quitan los hierros a Mike. ¿Irás con él?

—Por supuesto, así que quedas al cargo. Que nadie toque nada.

—¿Nos das un descanso? ¿Dónde puede uno pasárselo bien por aquí? —Ella levantó una ceja. —Ah, descanso sin salir de la finca.

—Alguien tiene que vigilar, amigo.

—Rayos.

—Es lo que hay.

Fue hasta la escalera y cuando cogió uno de los barrotes le escuchó decir —Espero que aprecies todo lo que ha sacrificado por

ti.

Se le cortó el aliento mirándole sobre su hombro. —Sé que ha renunciado a muchas cosas por estar conmigo.

—Ha renunciado a su vida, no le defraudes.

—No pienso hacerlo. —Empezó a subir las escaleras.

—Y deja de pegarle tiros.

—Eh, ¿es que me lo vais a recordar siempre?

John rio tras ella. —Hasta que la casques.

Sonrió saliendo al exterior y la brisa rozó su piel húmeda. Sorprendida miró al cielo. —Viene una tormenta.

Melania asintió. —Y de las gordas.

—Menos mal que ya no tengo ganado.

—¿Hacemos algo con la mina? ¿Cubrimos el agujero?

—Sí, será lo mejor. —Señaló la chapa. —¿Usas la excavadora?

—¿Que si la uso? Espera y verás.

Las chicas fueron hasta la casa y Opal le guiñó un ojo a Mike que estaba en el porche. —Listos para picar.

—Mañana bajaré contigo.

—Mañana estarás hecho unos zorros. —Le dio un beso en los labios antes de besar la frente de su hijo que estaba en sus brazos. —¿Ha comido algo?

—Sí, hace media hora le di un biberón. Mañana tendrás que sacarte leche antes de irnos.

—No hay problema. —Se tocó los pechos. —Los tengo a tope.

—Preciosa, ¿me estás provocando?

Riendo entró en la casa. —Más quisieras. ¡Voy a ducharme!

—Me pido el baño de abajo —dijo Melania antes de ir hacia su habitación corriendo escaleras arriba—. Uy, no. Tengo que llamar a mi abuela. —Corrió escaleras abajo. —¿Por qué mi móvil no tiene cobertura aquí?

—Cambia de compañía.

—Ja, ja. —Fue hasta la cocina y cogió el teléfono del soporte. Frunció el ceño pulsando varias veces el botón. —¿Opal? ¡No hay señal! —gritó bien alto.

—¡Es por la tormenta que viene, ha debido tirar algún poste en algún sitio! ¡Usa mi móvil, debe estar en la cocina!

Melania lo vio sobre la mesa y lo cogió. Bufó cuando le pidió que lo desbloqueara. —¿Número pin?

—¡Cuatro ceros!

—Muy original.

Mike entró en la cocina empujando su silla mientras Esteban llevaba el niño en brazos. —Cómo se ha puesto a llover. Increíble.

Melania miró hacia la ventana y era cierto, llovía a cántaros. —Pues lloverá toda la noche. Eso me recuerda que tengo que llamar a Luke. ¿Abuela? Sí, estoy bien. No tengo cobertura, te lo dije ayer. Sí, hemos avanzado mucho desde que estoy aquí. —Le guiñó un ojo a los chicos que sonrieron. —¿Mi hombre? No, no ha venido todavía, aunque tenía que recogerme para dar una vuelta. Sí, no hay mucho que ver. —Hizo una mueca. —Nos miramos el uno al otro, a veces vamos al baile. No, lo de bailar no es lo suyo, pero tiene muchas otras virtudes. —Sonrió radiante. —Sí, abuela. Mucho. Te llamaré mañana, ¿vale? Llama a mamá para decirle que estoy bien y… —Escuchó lo que su abuela tenía que decirle. —¿Betty? —Miró a su alrededor. —Pues no sé dónde está, pero… —Se tensó y apartó el teléfono. —Buscad a Betty. ¡Ahora!

Esteban le dio el niño a Mike y salió corriendo escaleras arriba. —No abuela, no ha entrado en la mina, nos hemos asegurado de ello. ¡Mike sal de la casa, llévate al niño!

—¿Qué?

—¡Ahora!

Apoyó al bebé sobre sus rodillas como pudo y giró la silla para salir de la casa. Al llegar a la rampa la bajó con agilidad y le gritó a John —¡Ven a ayudarme!

Su amigo que estaba bajando de la excavadora pegó un salto y corrió hacia él. —¿Qué pasa?

La explosión les sobresaltó y John se tiró al suelo mientras Mike cubría al niño. Algo se le clavó en la espalda, pero ni se dio cuenta. Escuchó los gritos de Melania y levantó la vista lentamente hacia la casa que ya estaba ardiendo por la explosión. Había desaparecido parte del segundo piso.

John se levantó de golpe y entró en la vivienda.

—No, no… —Mike abrazó a su hijo. —¡Opal! —gritó desgarrado. Alargó la mano hacia atrás y se arrancó una estaca—. ¡Opal! —Entonces se dio cuenta de que el niño estaba llorando y le abrazó. —Estará bien, mamá es muy dura, estará bien —dijo muerto de miedo—. Shusss, saldrá enseguida y te cogerá. Te cantará esa nana que te gusta tanto, verás como sí. —Con la mano intentó impedir que la lluvia le diera en la cara mientras sus ojos se llenaban

de lágrimas. —Vamos nena… —Sintiendo que cada segundo que pasaba le desgarraba por dentro siseó —Vamos, vamos.

John salió en ese momento con alguien en brazos. —¿Opal?

Su amigo la dejó en el suelo y al ver a su mujer sin sentido gritó —¡Nena!

Melania salió corriendo cubriéndose la nariz y la boca con la mano. Saltó los escalones del porche y respiró hondo apoyando las manos en las rodillas.

—¿Esteban y Betty?

—Están muertos. —Sollozó. —Y no he podido impedirlo. —Se echó a llorar dejándose caer de rodillas en el suelo y se tapó la cara con las manos.

Mike apretó las mandíbulas volviendo la vista hacia Opal y sin saber cómo se estiró lo suficiente para tocar su cuello. Sentir su pulso fue tal alivio que casi se cae de la silla, pero John le agarró del hombro. —Hay que alejaros, la casa se derrumbará en cualquier momento.

Sentía un fuerte dolor de cabeza y se llevó la mano la sien. El ruido era ensordecedor y le hacía daño. —No se toque. —Llegó a oír a través del sonido.

Abrió apenas los ojos y un hombre con cascos estaba a su lado. —¿Mike?

—¿Es el de la silla o el otro?

—El de la silla.

El hombre sonrió. —Está bien, y el niño también.

Opal suspiró del alivio cerrando los ojos. —¿Qué ha pasado?

—Lo siento señorita Flaherty, pero no lo sé. Solo la hemos sacado de allí. Su familia irá en el coche, no debe preocuparse.

—Mi tía.

—Se la han debido llevar en otro helicóptero. Han venido tres que yo sepa.

Eso significaba que había muchos heridos. —Dios mío… —susurró antes de perder el sentido.

—Enseguida llegamos, manténgase despierta. ¿Señorita? ¡Vamos Opal, abre los ojos! —Le dio un par de palmaditas en la mejilla, pero no respondía. —¡Apura, Mathew!

Sintió que alguien cogía su mano y abrió los ojos para ver a Mike sentado a su lado. Sonrió agotada. —Hola, cielo.

Levantó la vista hacia ella y se acercó de inmediato poniéndose de pie, lo que la sorprendió. —¿Ya te los han quitado?

—Sí, nena. ¿Cómo estás?

—¿Te duele?

—Esto es una tontería. —Acarició su sien apartando su cabello. —¿Te duele la cabeza?

—Un poquito. —Intentó levantarse, pero se mareaba, así que se dejó caer de nuevo en las almohadas. —¿Y mi tía? ¿Dónde está? ¿Se ha quedado con el niño? —Mike apretó los labios cortándole el aliento. —No. —Opal sintió que algo se rompía en su interior. —¡No!

—Nena, según dijo el sheriff debió manipular la bomba de manera equivocada y lo pagó con su vida.

—¡No! —Desgarrada intentó sentarse. —¡No, ella no! ¡Dime que es mentira, no me dejaría! —Mike la abrazó. —Ve a buscarla, por favor. Por favor… No puede haber muerto, necesitará ayuda.

—Lo siento, nena.

El grito de dolor de Opal se escuchó en toda la planta y las enfermeras corrieron hacia la habitación para encontrarse a su paciente desmayada entre los brazos de su novio. Mike las miró con los ojos llenos de lágrimas. —¿Pueden ayudar a mi mujer, por favor? Sufre. —Desesperado la besó en la coronilla. —Y ya ha sufrido mucho, tienen que ayudarla.

Sentada en la cama esperaba que el doctor regresara para darle el alta porque al parecer la conmoción que había sufrido con el golpe no había sido para tanto. No, lo malo venía ahora. No se sentía capaz de volver a casa. No dejaba de pensar una y otra vez que sucedería algo malo que le arrebatase a Mike o al niño y estaba de los nervios. Ni la medicación le funcionaba. Habían intentado que se calmara al tener a su hijo, pero había sido peor porque se había puesto a gritar que se lo arrebatarían. Mike tuvo que suplicarle que se lo devolviera para que Melania se lo llevara a toda prisa. Así que le daban el alta con la condición de que fuera a terapia cuanto antes. Qué sabrán esos. No habían perdido a casi toda su familia por esa maldita mina.

La puerta se abrió mostrando a Mike, que cojeó ayudado de una muleta para llegar hasta ella.

—¿Te duele la pierna?

—El doctor dice que es normal, no te preocupes.

—Quiero irme de aquí.

A Mike se le cortó el aliento. —Enseguida nos vamos, nena, en cuanto te den el alta…

—No te hagas el tonto, me has entendido perfectamente. Quiero irme. Nos iremos a los Estados Unidos.

—No.

Incrédula preguntó —¿Por qué no?

—Porque sé que no serías feliz allí.

—¡Déjate de cuentos! ¿Quieres que muramos todos? ¿Eso quieres?

—En cuanto saquemos el corazón…

—¡Quién nos garantiza eso! ¡No pienso arriesgarme a perderte a ti o a Clark! ¡Nos vamos!

—Melania dice que entonces estaremos seguros.

—¿Lo dice quién? ¿Esa que no vio venir la muerte de mi tía?

—A nosotros nos salvó, ¿te recuerdo que el piso se derrumbó sobre la cocina? ¡Tu hijo está vivo gracias a ella!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Por qué quieres quedarte?

Se tensó. —Lo que no entiendo es por qué no quieres quedarte tú. Toda tu familia luchó por esa mina y tú quieres abandonarla.

—Murió por cumplir la promesa que le hizo a mi padre. ¡Se rindieron! ¿Por qué no iba a rendirme yo?

—¡Porque es tuyo! ¡Todo lo que abarca a la vista es tuyo y como bien me dijiste esa mina nunca te haría daño! ¡Se asustaron, sí, pero tú tienes que demostrar que eres especial, que eres la Flaherty que romperá la maldición!

Se echó a llorar tapándose el rostro. —Esto es culpa mía.

—No, nena. —La abrazó. —Tú no hiciste esa bomba, tú nunca has querido hacer daño a nadie y por eso sigues viva, porque Aremi lo sabe. En cuanto termines tu misión seremos libres y nuestros hijos crecerán orgullosos de la madre que tienen. La mujer que ha luchado por sus tierras, por sacar ópalo de ellas. —Acarició su nuca

haciendo que le mirara. —La sangre de los tuyos también está ahí abajo, ¿piensas abandonarles?

Su corazón se retorció de dolor. —Sí, la sangre de los míos también está ahí abajo y no quiero que esté la de mis hijos. O nos vamos de mis tierras o me largo con el niño.

Mike se tensó dando un paso atrás. —Muy bien, Luke nos ha ofrecido su casa durante un tiempo. No nos iremos de Australia, he invertido muchísimo dinero en este traslado y no pienso trasladar la empresa de nuevo.

—Tenemos el ópalo en el banco, dijiste que podíamos irnos, que me comprarías una mina donde yo quisiera, ¿recuerdas esa conversación o también era otra mentira?

—¡La recuerdo perfectamente! Y también recuerdo perfectamente cómo me dijiste que no, por lo que di orden a mis abogados de comprar más tierras por aquí y ya se han llegado a ciertos compromisos legales que ahora no puedo eludir. Así que ya no es posible ese traslado, lo siento mucho. ¿No quieres pisar tus tierras? Pues muy bien, pero no pienso arriesgar también mi empresa, ¡me he dejado la sangre para conseguirla! ¡Haremos una casa y ya veremos lo que hacemos más adelante, pero de momento nos quedamos aquí! ¡Tengo muchas minas que puedo explotar!

Apretó los labios porque tampoco quería presionarle demasiado. —Muy bien.

Mike se relajó un poco. —¿Es un trato?

Asintió. —Es un trato.

# Capítulo 16

Siete meses después

Dejó a Clark sentado en el corralito del porche con sus juguetes y miró al horizonte. Casi podía sentir su llanto desde allí. Cerró los ojos sintiéndose impotente y miró hacia su cuatro por cuatro. —¿Sibyl?

Su suegra sacó la cabeza por la ventana de la cocina. —¿Sí?

—Tengo que ir a la planta, ¿te importa quedarte con el peque?

—Claro que no. Ve y haz lo que debas. Y si tienes tiempo de ir a la peluquería, ya estás tardando.

—¿A la peluquería?

—¡Niña, tienes una pinta horrible!

Parpadeó mirándose. —¿De veras?

—¡Esos vaqueros se van a desintegrar de viejos y hace cuánto que no te cortas el cabello, te va a llegar al suelo!

—Oye, no seas exagerada. —Se agarró la trenza que ya le llegaba al trasero. —¡A mi marido le gusta así!

—Mi hijo no tiene gusto.

Jadeó indignada. —¿Estás insinuando que no estoy a la altura?

—¿Yo? Yo no, lo dicen otras.

Abrió la boca de la impresión. —¿Qué otras?

—Ándate con ojo, que con lo guapo que es te lo quitan. Hay mucha lista suelta, maja.

—¡Ni se les ocurriría! Todavía oyen mi nombre y se ponen a temblar. ¡Soy Opal Flaherty!

—¿Y el apellido de mi hijo?

—¡Seré Flaherty hasta que me muera!

Su suegra casi salta por la ventana. —Espera que te pille.

—¡Cuida al niño! —Se subió al coche y rio por lo bajo. —Chúpate esa. —Girando el volante vio cómo se acercaba al corralito. —Será bruja, mira que decir que no estoy a la altura. —Frunció el

ceño. —Porque estoy a la altura, ¿no? —Entonces empezó a pensar que cuando la había conocido ella era ranchera y minera. La admiraba. Ahora era un ama de casa regañona. Gimió recordando la bronca que le había echado esa mañana porque había dejado los vaqueros tirados en el baño. —Estupendo Opal. —Además no dejaba de quejarse porque nunca estaba en casa. Pues no, muy bien no iba. Apretó el volante sin darse cuenta de que pasaba la empresa de su marido a toda velocidad. ¿Cuándo se había convertido en eso? Bueno, algo regañona siempre había sido, pero últimamente se subía por las paredes. Bufó. Pero es que ella no era ama de casa, era minera, por el amor de Dios. Igual debería meterse en alguna de sus minas y picar un poco. De repente sonrió. Sí, para quitar un poco el gusanillo. Le faltaba adrenalina y estaba pasando un mono de la leche. Claro que sí, era eso. Era eso y que su suegra la volvía loca. Cuando había llegado a la casa de Luke había tomado el mando y no había quien la aguantara. Estaba segura de que si Luke se había casado con Melania tan rápido había sido para que su amiga recuperara su casa. Y vaya si la había recuperado. Les había echado. Rio por lo bajo recordando como la había llevado al porche y le había dicho —Mira, te quiero mucho, eres mi amiga del alma, pero te vas de mi casa o me cargo a tu suegra, tú decides.

Menos mal que su nueva casa estaba casi terminada y habían podido mudarse apenas dos meses después de que Luke y Melania se casaran. Llegar a la casa nueva no había sido tan divertido como pensaba. Todo le parecía ajeno y no la sentía su hogar. Mike se había dado cuenta y una noche en la cama la había abrazado. —Has de darte tiempo. Han sido muchos cambios en poco tiempo, cielo.

Creyó que tenía razón, pero después de esos meses la cosa no mejoraba. Creyó que organizando la boda aquella angustia que sentía en su interior mejoraría, pero después de lo de su tía no había querido una boda a lo grande, así que solo asistieron los amigos más cercanos con Clay de padrino. Fue algo triste, la verdad, porque jamás pensó que su boda sería así. En realidad nunca pensó que su vida sería así. Apretó los labios girando a la izquierda para entrar en el camino y de repente frenó en seco. Sin aliento se dio cuenta de que por instinto había ido a su antigua casa que estaba quemada casi hasta los cimientos. Sus ojos se llenaron de lágrimas recordando el funeral de su tía y lo duro que había sido. También había sido muy duro quedarse sola en casa de Luke los días siguientes porque Mike y John llevaron a Esteban a su casa de Texas para ser enterrado. Ella no había tenido fuerzas para ir y lo entendieron. Ninguno se lo recriminó, lo que fue un alivio. No se sentía capaz de pasar otro

funeral en la misma semana. Una imagen de Esteban y su tía pasó por su memoria. Se reían porque el niño había vomitado encima de él y en ningún momento puso mala cara por ello. Había sido un buen hombre y sentía muchísimo que su tía se lo hubiera llevado por delante. —¿En qué diablos estabas pensando? Podrías habernos matado a todos, tía —dijo entre dientes. Aceleró poco a poco hasta llegar a la casa y frenó ante ella. Sintiendo un nudo en la garganta se bajó y escuchó el llanto, el maldito llanto que no se le iba de la cabeza. Otra razón por la que sentirse culpable, porque la había abandonado. —Sí, te oigo. No he podido dejar de escucharte. —Se volvió y miró hacia la mina. Aún seguía allí el tractor y la plancha sobre el agujero. Caminó hacia la mina y susurró —No dejo de soñar contigo y no es justo, ¿vale? —Se dejó caer de rodillas sobre la plancha. —No es justo. ¡Tengo derecho a seguir mi vida! ¡Tú te quitaste la tuya! ¡Y mataste a los míos, no tienes derecho a pedirme nada! —gritó tan alto como podía. No dejó de oír el llanto. —Te he fallado, ¿no? Lo siento, tenía miedo. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? Habrías hecho lo que fuera para mantenerle vivo, lo sé. ¡Eso he hecho yo! —Pensando en ello agarró algo de tierra rojiza entre sus manos. —Pero ellos ya están a salvo, ¿no es cierto? No les harás nada y te lo prometí.

—¿Nena?

Sorprendida miró hacia atrás para ver que Mike estaba tras ella. —¿Qué haces aquí? —preguntó Opal levantándose a toda prisa.

—Te vi pasar —dijo preocupado—. Nena, conducías como una loca.

Se sonrojó. —Lo siento.

Él levantó una ceja. —¿Desahogándote?

—Un poco.

—¿Y funciona?

—No.

—Me lo imaginaba. Te he traído algo.

—¿De veras? —preguntó sorprendida—. Cielo, dámelo en casa.

—Es que lo vas a necesitar aquí.

—¿Aquí?

Fue a la parte de atrás de su camioneta y levantó algo. Cuando vio el pico sonrió emocionada porque ese regalo demostraba todo lo que le importaba. Demostraba que solo quería hacerla feliz y sobre todo le decía que la entendía. —¿Te gusta? Lleva tu nombre.

—Le mostró el mango y en letras grabadas ponía Opal. —Lo he tallado yo.

—Es muy bonito. —Sus ojos se llenaron de lágrimas cogiéndolo de sus manos. —¿Desde hace cuánto lo tienes?

—Desde hace seis meses.

Hizo una mueca. —¿He tardado mucho en darme cuenta de que no puedo vivir sin esto?

—Hubiera esperado lo que fuera necesario, cielo.

—¿Estabas tan seguro?

—¿De qué volverías a sacar a Aremi? No lo dudé ni por un minuto, por eso no quería que nos fuéramos, regresar desde América hubiera sido algo más complicado.

Se sonrojó. —Siento ser un incordio.

—Eh… —La cogió por la cintura pegándola a él. —Me encanta como eres, ¿recuerdas? Fuerte, valiente y la mejor minera de toda Australia. —Besó sus labios. —¿Lista para trabajar de nuevo y liberar tus tierras de tanto dolor?

Asintió. —Lista para todo.

Con el pico ante la pared dijo —Cielo, gira un poco el foco. No quiero dañar su corazón por no ver bien.

—Sí, nena. No dañes nada que se puede cabrear.

Le miró sorprendida. —Oye, ¿no confías en mí?

—En ti sí… —dijo como si no se fiara de Aremi y lo entendía, porque ella no se fiaba del todo.

—¿Hola? —Ambos miraron hacia arriba. —Hola, ¿estáis abajo?

—Increíble —dijo Mike antes de ir hacia la salida—. Melania, ¿qué haces aquí?

—Vengo a ayudar.

—¿Preñada de cuatro meses?

—Algo podré hacer.

—¡Ni hablar! ¡Luke me mata!

—Está aquí.

Opal se acercó al agujero como su marido y vio la cara de los dos. De repente apareció la cara de John que sonrió. —Jefe, ¿necesitáis ayuda?

—Increíble.

Opal sonrió. —Así iremos más rápido.

—Nena, tu amiga no puede trabajar aquí.

—Melania se encargará de vigilar.

—¿Vigilar el qué?

—Que no pase nada, tonto —dijo su amiga desde arriba—. Si noto algo raro os lo digo por radio y subís a toda leche.

Luke la besó en la sien. —Espera a la sombra.

—Tranquilo. ¡Cuando tengáis hambre subid, que he traído comida y agua!

Luke empezó a bajar y Mike gruñó. —Demasiada gente que no puede picar.

—Luke sí puede.

—¿Cómo has dicho?

—Tiene mucha experiencia.

Luke sonrió cogiendo el pico de la mano de Mike. —Gracias, amigo.

—¿Él sí puede y yo no?

—Cielo, el otro día rompiste uno, que me enteré en el pueblo.

—Joder, son muy delicados.

—Qué va. Lo que pasa es que eres muy impaciente y en la cama eso va bien, pero sacando ópalos no.

John llegó a su lado. —¿Eres impaciente en la cama? Pues por mucho que diga eso tampoco está bien.

—Cierra la boca —siseó mientras Luke reía por lo bajo.

Llegaron a la pared y Luke que había tirado la herramienta al suelo se quedó mirando fijamente la roca. Sacó una tiza del bolsillo trasero del pantalón y rodeó la zona con un metro de diámetro. —Muy bien, ¿queréis ayudar? Picar alrededor. Nosotros nos encargaremos del trabajo más delicado.

—Eso podemos hacerlo —dijo John cogiendo un pico que había en el suelo—. Yo a la derecha.

Mike asintió cogiendo otro pico y se puso al otro lado. —Nena, aparta.

—Con cuidado, por favor —dijo preocupada.

—Tranquila, nos alternaremos. —John clavó primero y después lo hizo Mike haciendo caer varias rocas.

Luke asintió cruzándose de brazos observando cómo lo hacían. Las rocas fueron cayendo a sus pies, pero no se detuvieron hasta que el círculo era bien visible a su alrededor pues debía medir

ya como veinte centímetros de profundidad. —Deteneos. —Luke se acercó cogiendo el pico de Mike y ella hizo lo mismo. —¿Qué opinas?

Opal miró bien la roca. —Todo esto sobra, no veo nada de ópalo. La grieta por la que se coló la sangre debe estar más atrás.

—Para asegurarnos vayamos poco a poco.

—Entendido.

Cada uno por un lado empezaron a picar, pero lo hacían tan diestramente sabiendo donde golpear que las pequeñas piedras no dejaban de caer. Los chicos se miraron. —¿Cómo lo hacen? —preguntó John.

—Práctica, eso es evidente, saben cuál es la parte débil de la piedra.

—Exacto, cielo. No podría haberlo expresado mejor.

Después de un rato Luke dijo —No, aquí no hay nada. Dio un golpe y media piedra cayó al suelo haciendo que las otras cayeran también lo que provocó que llegaran a la misma profundidad a la que habían llegado los chicos que era apenas nada. —Vuestro turno.

Se apartó para que trabajaran los chicos y unas tres horas después habían avanzado unos cincuenta centímetros.

—Eso nos llevará días —dijo Luke sudando a mares sin dejar de picar—. Cada vez hay que ir más despacio.

—¡Espera! —Su amigo se detuvo en seco y todas las linternas de los cascos iluminaron su zona de trabajo. Vieron la ligera línea negra. —Ahí está, como la vena que alimenta el corazón.

—Ya vamos aproximándonos.

Sonrió encantada mirando a su marido. —Esta viene de allí.

—¿La que encontramos la primera vez que estuve aquí?

—Es la misma, estoy segura.

John se secó el sudor de la frente. —Oye, ¿no os habéis preguntado porque si esta mujer es capaz de mover la tierra para provocar derrumbamientos, no puede facilitarnos un poco la vida y dejar su corazón al descubierto?

—Claro —respondió ella sin dejar de mirar el ópalo.

—¿De veras? —Luke puso cara de que eso ni se le había pasado por la cabeza.

—Pues sí, pero nos está probando a ver si vamos en serio, ¿verdad Aremi? No se fía del todo de nosotros. Y es lógico, yo tampoco lo haría. Todo el tiempo que lleva aquí han intentado robarle lo que es suyo.

—¿Y qué vais a hacer cuando lo encontremos? —preguntó John haciendo que los unos se miraran a los otros—. ¿Vais a enterrarla con él?

—Hablas de su corazón, ¿no? —preguntó Luke—. Porque yo no pienso tocar un cuerpo. Eso es pecado.

—¿Nena?

Se mordió el labio inferior. —Pues no lo había pensado, la verdad. Siempre he tenido la idea de sacarla a ella y luego a él, pero nunca he pensado dónde les voy a dejar después.

—Muy bien, hora de parar, hay que idear un plan para cuando la encontremos.

Una hora después sentados a la mesa de la cocina se miraban los unos a los otros. —Tiene que ser un lugar donde nadie les moleste jamás —dijo Melania.

—Un lugar seguro para toda la eternidad —susurró ella preocupada porque no se le ocurría ningún sitio. Ahora podía encontrar un sitio seguro, ¿pero sería seguro dentro de cien años?

John apoyó los codos sobre la mesa. —¿Habéis pensado si él estará allí?

—Está allí —dijo Melania convencida.

—No me refiero a eso. ¿La estará esperando? —Se quedaron en silencio sin saber qué responder. —Porque a ver si después de sacarla, picamos y allí solo hay un ópalo muerto, no sé si me entendéis. ¿Y si él no la quería igual?

—Por Dios, no digas eso —dijo Melania impresionada.

—¿Mel?

—No puedo contestar a eso. Solo sé que su sangre está allí, no sé si ese corazón late, ya me entendéis.

—Entonces hay que averiguar si él vive. —Mike bebió de su cerveza.

—¿Y después? —preguntó su madre.

—Si es que vive pues seguimos adelante, pero si no es así…

—Pobrecita —susurró Melania—. Sola el resto de la eternidad. —Luke la abrazó por los hombros como si quisiera protegerla.

—No adelantemos los acontecimientos —dijo Mike—. Me extrañaría que esté ella aquí y él no. Sería raro. Seguro que está ahí abajo.

Opal entrecerró los ojos. —Cierto. Tiene que estar esperando como ella.

—Pues si tiene mala leche, estaremos en problemas cuando intentemos sacarle —dijo John—. Igual deberíamos llevarla a ella y dejarla con él bajo la carretera.

Separó los labios de la impresión. —Bien visto. Nadie querrá la mina de Harry cuando falte, no nos será difícil comprarla y mientras esa carretera forme parte de la familia no se tocará.

—El viejo no dejará que toquemos esa carretera —dijo Luke.

—Pues habrá que sacarle de sus tierras para que no se entere.

—Se dará cuenta si levantamos el asfalto.

—Pues habrá que dejarlo intacto. —Mike sonrió. —Se nos dan estupendamente los túneles.

—¿Entonces decidido? —preguntó Melania.

—Decidido —dijeron todos a la vez antes de brindar.

—Cuidado… Cuidado.

—Nena, vamos tan despacio que me haré viejo.

—¿Ves como no tienes paciencia?

—La noche pasada te demostré que eso no es cierto.

Se puso como un tomate mientras sus amigos se reían. —Ya hablaremos de eso esta noche.

—Uy, alguien va a quedarse en dique seco —dijo Luke sin perder la piedra de vista.

—Por como vomitaba tu mujer esta mañana en la carretera de Harry, el que se quedará en dique seco serás tú.

—Shusss… —dijo John antes de mirar hacia el techo—. ¿Lo habéis sentido?

—¿El qué? —Se quedaron en silencio. —Amigo, ¿estás paranoico?

—No, no… He sentido que la tierra temblaba, lo juro.

Luke cogió la radio. —Preciosa, ¿has sentido algo?

Escucharon que alguien vomitaba y todos pusieron cara de asco. —¿Amor? —dijo su amiga sin aliento.

—Se acabó, nos vamos al médico.

—Creo que él lo sabe.

—¿Qué?

—Siento que sabe que Aremi está aquí.

Entonces la tierra empezó a temblar de veras y Mike gritó —¡Salid!

Corrieron hacia la salida y empezaron a subir las escaleras lo más rápido como podían. Luke fue el primero en salir y tiró de los brazos de los demás para sacarles del agujero. Opal se apartó. —¡Mike rápido!

La tierra tembló aún más y Luke agarró el brazo de Mike para que no cayera. De repente todo se detuvo. Sin aliento Opal miró el agujero. —¿Cielo?

Mike terminó de salir. —Estoy bien, nena. No te preocupes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó John asombrado.

—Hemos hecho algo que le ha alertado —dijo Mike—. ¡Joder! —Furioso se levantó mirando el agujero. —Espero que no se haya derrumbado.

—¿Pero qué hemos hecho? —preguntó Melania—. Solo hemos revisado la zona mientras mi marido hablaba con Harry de esas vacaciones que le tocaron en la feria.

Opal miró a su amiga. —Hablamos de ella. De como meterla con él. Nos ha oído.

—Mierda —dijo John pasándose la mano por la nuca.

—Así que nos entiende, pues tendrá que entender que solo queremos ayudarles, ¿no? —preguntó Mike molesto.

Melania asintió. —Necesitamos a la abuela.

Todos observaron como Rosaura se acercaba a la carretera y se sentaba sobre una roca observando el suelo. Se quedó así varios minutos y Opal dio un paso hacia ella, pero Mike la agarró por el brazo. —No, nena. —En ese momento varias serpientes se acercaron a la carretera rodeando a la anciana.

—Dios mío —dijo Melania asustada.

—Preciosa sube al coche —dijo su marido.

—¡Yo no me muevo de aquí! ¡Abuela!

Esta levantó la mano acallándola y no se movió mientras las serpientes se acercaban. —Ella pidió nuestra ayuda —les dijo a las serpientes—. Ella rogó nuestra ayuda. Quiere unirse a ti, guerrero. Encontrarse contigo de nuevo. Nosotros podemos ayudaros, déjanos ayudaros.

Las serpientes se detuvieron ante ella. Opal muy asustada porque le pasara algo cogió la mano de su marido.

De repente Rosaura sonrió. —Sé que me has comprendido, Dainan. Sé que quieres mi ayuda, la de todos nosotros. Llegaremos a ti y la llevaremos contigo. Unidos para toda la eternidad.

Las serpientes desaparecieron ante sus ojos como por arte de magia. —¿Habéis visto eso? —preguntó John sin poder creérselo.

Rosaura se levantó para volverse. —Debéis daros prisa, está impaciente por tenerla. Ahora que sabe que algo de ella aún vive, no puede esperar.

—Estupendo —dijo Mike entre dientes.

Sintiendo que estaba poniendo a todos en riesgo susurró —¿Cielo?

—Lo haremos, trabajaremos día y noche para conseguirlo.

Así decidieron turnarse y Luke con John trabajaban de día y ellos de noche. Lo que era mucho más llevadero porque la temperatura bajaba unos grados, pero apenas ninguno de los dos

pegaba ojo durante el día, pues estaban preocupados por lo que pasaba en la mina.

—Nena, estás agotada.

—Así dormiré mejor cuando llegue el momento, a ver si me quedo en coma y no escucho a tu madre.

Mike rio por lo bajo picando la pared. —Si te adora.

—Ya, ¿sabes la última que me ha soltado? —Ni le dio tiempo a contestar —Que algunas dicen por ahí que no estoy a tu altura.

—Es algo celosa, se le pasará cuando pasen un par de años.

—¿Un par de años? —preguntó con los ojos como platos.

—¿Qué puedo decir? Soy hijo único. Nena, en cuanto podamos a por el siguiente. —Dejó de picar. —¿Preciosa?

Se acercó a él y se le cortó el aliento por el color negro que había tras una delgada lasca.

—Joder, ahora sí que me he puesto nervioso.

El ópalo de repente brilló mostrándoles su contorno. —Eso es Aremi, eso es lo que necesitamos. —Levantó su pico. —Intentaré no hacerte daño, ¿de acuerdo? —Se pasó la mano por la frente. —Cielo, el foco.

Mike lo colocó para que la iluminara lo máximo posible —Iré a por el otro.

—Con este será suficiente. —Levantó el pico y dio un golpe muy cerca del corazón. Con cada golpe las lascas delanteras fueron cayendo y una hora después todo el contorno del corazón estaba a la vista. Ambos sonrieron. —Es enorme.

—Eso es porque está henchido de amor, preciosa. Como el mío por lo que siento por ti.

Emocionada le miró a los ojos. —Te amo.

Él la cogió por la nuca besándola con ansias y Opal le respondió con toda la intensidad de la que fue capaz, demostrándole que a ellos nada les separaría. Cuando se apartaron con las respiraciones agitadas se miraron a los ojos. —Vamos nena, sácala de ahí para que pueda hacerte el amor día y noche durante una semana.

—Promesas, promesas. —Se volvió con el pico. —Cielo, hay que ir pensando en enviar a tu madre de vacaciones.

—¿Un crucero?

—Se lo pasará genial.

—En cuanto llegue a casa compro el billete.

—Bendito internet. Mi amor, quítate la camiseta.

Él lo hizo sin dudar y se la tendió. Opal rodeó el corazón con ella para que las lascas no lo dañaran. —Sujeta. —Mike lo hizo y entonces ella empezó a golpear la piedra que lo rodeaba. —Ya queda poco, Aremi. Muy poco. —Hizo un boquete a su lado para averiguar su profundidad y cuando estuvo segura de donde acababa dio un golpe seco justo detrás. Ambos se miraron con los ojos como platos. —¿Se ha soltado?

—Creo que sí.

Sonrió emocionada.

—Cógela, nena.

Alargó las manos para agarrar el ópalo y lo cogió con cuidado. —Late, noto como late.

—Vamos, preciosa. Se me acaba de ocurrir algo.

—¿El qué?

Cogió la bolsa de tela llena de algodón que tenían preparada para el corazón. —Ponlo ahí. Subamos.

—¿Qué se te ha ocurrido? —Lo metió con cuidado y le siguió viendo cómo se ponía la bolsa en bandolera. —¿Mike?

—Vamos a llevarla con él. Ahora. Ya ha esperado bastante.

—Pero…

Mike empezó a subir las escaleras y no tuvo más remedio que seguirle. Cuando se subió al coche él ya había arrancado. —Cielo, pero no hemos hecho el agujero todavía.

—¿Recuerdas cuando John preguntó por qué ella no nos ayudaba y nos mostraba su corazón?

—Sí, porque desconfiaba de nosotros.

—Cuando él la sienta hará lo que sea por recuperarla. ¡Abrirá la tierra si es necesario!

Se le cortó el aliento. —¡Eres un genio!

Mike aceleró golpeando el volante. —No sé por qué no se nos ocurrió antes. Cuando vi esas serpientes pensé que nos iba a poner las cosas difíciles, pero todo lo contrario. ¿Qué no haría yo por recuperarte, nena? Él hará lo mismo. En cuanto la sienta, el mismo Dainan hará lo que sea por llevársela con él.

Agarró su mano. —Yo también haría lo que fuera.

Mike sonrió. —Te quiero, nena.

—Te quiero tanto que te esperaría siempre —susurró emocionada.

—Lo sé. —Llegaron a la carretera general y él dijo —Tienes que hacerlo tú, preciosa. Sabrá que ella confía en ti y no me sentirá como una amenaza.

—De acuerdo.

Mike giró el volante y recorrieron la carretera que llevaba a las tierras del viejo. Cuando llegaron al lugar, su marido frenó poco a poco hasta que los focos iluminaron el punto exacto.

—Despacio nena. Que no te sienta una amenaza. —Le entregó la bolsa y ella sacó el ópalo con mucho cuidado.

—¿Listo?

—Si ves algo raro…

—Lo mismo digo.

—¡Si no me has dejado terminar! —Mike puso los ojos en blanco cuando salió. Jurando por lo bajo salió a toda prisa. —Opal, despacio.

Con el ópalo en la mano se agachó muy lentamente. —Aquí la tienes Dainan. Lleva esperándote mucho tiempo.

No pasó nada y confundida miró a su marido que levantó la mano para que tuviera paciencia. Entonces el suelo empezó a temblar y fascinada vio la grieta que se abría en el asfalto frente a

ella. Su cuerpo empezó a temblar con fuerza sobre el pavimento, pero ella ni se dio cuenta viendo como la grieta se abría yendo hacia el ópalo. Cuando la abertura se hizo tan gruesa que el ópalo cayó en su interior, Mike la cogió por la cintura apartándola. Entonces una luz salió de la grieta iluminando el cielo, cortándoles el aliento y dos siluetas abrazadas se elevaron girando entre sí. Opal ni se dio cuenta de que lloraba sintiendo su amor. Un amor tan intenso que les envolvía. Las siluetas de luz les miraron y Mike la abrazó pegándola a su torso temiendo por ella. Aremi sonrió y alargó la mano. Entonces todo empezó a temblar con más fuerza y Mike gritó —¡Sube al coche!

—¡No, no!

Su marido tiró de ella hacia el vehículo, pero Opal se resistió soltándose y alargó la mano hacia ella. Aremi la tocó y vio su historia, sus risas, sus besos escondidos, todo por lo que merecía la pena vivir. Las lágrimas cayeron por sus mejillas y escuchó en su mente como le daban las gracias. Las siluetas se miraron y ante sus ojos se fundieron hasta ser solo luz, una luz que de repente desapareció dejando tras ella la estela de su amor.

Mike la abrazó a él. —Nena, no vuelvas a darme un susto igual.

—Lo he visto.

—¿El qué?

—Su amor. —Se volvió para mirarle. —¿Y sabes qué? No es más fuerte que el que yo siento por ti.

Mike la cogió por las mejillas y besó sus labios. —Lo sé.

Se volvieron cogiéndose por la cintura. —Así que quieres más hijos, ¿no?

—Cinco por lo menos.

—Esos van a ser pocos. De momento tendremos otro. Presiento que será niña.

—Me pondré a ello de inmediato.

—Cielo, calculo que ya estoy de mes y medio más o menos, pero si quieres pasarlo bien yo no pienso protestar.

La miró sorprendido. —¡Y tú picando minas!

Le guiñó un ojo. —¿Discutimos esto en casa?

Mike sonrió. —Sí, volvamos a casa.

# Epílogo

—¡Hostia, nena! —gritó Mike impresionado al ver la sangre entre sus piernas.

—¡No pongas esa cara! ¡Será la primera que vea nuestra niña y la vas a asustar! ¿Y quieres dejar de gritar? ¡Estamos en la mina!

—Es que ni sé cómo se te ha ocurrido bajar aquí estando de parto.

—¿Pero tú has visto todo el ópalo que hay en esa pared?

—¡Estás loca!

—Deja de gritar.

—¿Hola? ¿Estáis ahí abajo?

—¡Melania! —gritó Mike antes de correr hasta la entrada—. ¡Opal está de parto!

—Ya baja mi abuela. Menos mal que estoy en todo.

—¿Cómo que ya baja tu abuela? ¡Baja tú!

—A mí no se me dan bien estas cosas. A ver si me desmayo y la liamos.

—¡Yo sí que estoy a punto de desmayarme! ¡Aremi está a punto de salir!

—Uy abuela, date prisa.

—¡No la apures a ver si se descalabra!

—¿Mike?

Miró hacia el túnel. —¿Qué?

—¿Me la coges?

Corrió hacia ella de los nervios. —¿Que te coja el qué?

—La niña, ¿qué va a ser?

—¿Cómo que la niña? ¡No!

—¡Mike!

Corrió hacia el agujero —¿Y tu abuela?

Chasqueó la lengua. —Que no baja, ¿para qué?

—¿Cómo que para qué? —gritó de los nervios.

—Ya está aquí.

—¿Ya está aquí?

—¡Eso es lo que te estaba diciendo! —gritó su mujer.

—Deja de gritar, al final se va a derrumbar la mina.

—Ven aquí a coger a tu hija, tengo que empujar.

Pálido corrió hacia ella sudando la gota gorda y se arrodilló entre sus piernas. —Muy bien, estoy preparado.

Opal se sentó de golpe y le besó en los labios. —Cielo, disfruta. Esta vez serás tú quien le traiga al mundo.

—¿Lo has hecho a propósito? —No salía de su asombro.

—Una nueva vida. La siguiente generación. Quiero que los míos vean nacer a nuestros hijos y que tú los traigas al mundo.

De repente Mike sonrió cortándole el aliento. —Eres increíble.

Se emocionó. —¿Me entiendes? Sí que debes amarme mucho para entender mis locuras.

—Tus antepasados son testigos de que mi amor por ti no tiene fin.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco

6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.